UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/ellibrodalasentr00hern

F. HERNÁNDEZ DE LEÓN.

EL LIBRO DE LAS ENTREVISTAS

20.9728
H43l

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

APR 6 1981

JAN 0 2 1981

L161—O-1096

F. HERNANDEZ DE LEON

EL LIBRO DE LAS ENTREVISTAS

En nuestro recuerdo, la verdad de ayer revienta de pronto como una fruta madura.

PAUL REVOUX.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE SANCHEZ & DE GUISE

GUATEMALA

1922

320.97281
H43l

UN MARGINAL
A LAS ENTREVISTAS

UN MARGINAL A LAS ENTREVISTAS

El movimiento "unionista," iniciado en las postrimerías del año 1919 y cuya tendencia suprema se dirigía al derrocamiento del gobierno presidido durante veintidós años por el licenciado don Manuel Estrada Cabrera, hizo que las voluntades nacionales, en una mayoría abrumadora, uniera sus fuerzas y, al cabo de cien días de lucha, diera por tierra con el despotismo. El desenvolvimiento de la acción salvadora, entraña una hermosa gesta de nuestra vida, alcanza una significación docente y es como un caso perdurable, que mantendrá las esperanzas en los pueblos oprimidos.

El "Partido Unionista" nació a la vida política, por el esfuerzo de unos pocos hombres. En el correr de los días, el conglomerado tomó proporciones gigantescas; todos los abrumados por el peso del oprobio, nos alistamos bajo las nuevas banderas y, de esa suerte, el "partido," por antonomasia, encarnó la voluntad popular.

Un sentimiento de conservación ligó las conciencias. No eran los momentos que corrían, propicios a las consideraciones aisladas, a las clasificaciones históricas, al encasillamiento del pensar y del sentir individual. Bajo capa de Unión centroamericana, se marchaba derechamente a destruir una tiranía senil. Hubo como un general presentimiento que el camino adoptado era obvio y, tras los yerros y tanteos de última hora, consumados por el autócrata, la obra culminó con el encarcelamiento y el proceso del causante de tantos infortunios.

Colocado por la Asamblea Nacional Legislativa, el señor don Carlos Herrera, en la presidencia de la República, como resultante de las gestiones "unionistas," se inició un período de vida política que todos vimos—o casi todos—como un anuncio de paz, de renovación y de bienestar. Quiso el nuevo gobernante hacer un "gobierno nacional," en tanto que se definían los partidos y los criterios tomaban los cauces a que los inducía su propia naturaleza.

Su intento, sano y bien intencionado, fracasó ruidosamente. Desde que se conjurara el daño común, aquel "partido" enorme que sintetizara el sentimiento público, dividióse, en una obligada ley social. Surgió el Partido Democrático, con las unidades del histó-

rico partido liberal, y quedaron en el Partido Unionista, muchos elementos de tendencias liberales, algunos de simpatía conservadora y el saldo reducido de filiación clerical, inconfundible.

Puestos los dos partidos frente a frente, empeñose la batalla por llegar al poder. Positivamente en el gobierno herrerista, se mantuvieron representativos de los dos partidos. Hojeando los periódicos de la época, se verá el proferir de inculpaciones y la perenne amenaza para el poder público por ambas agrupaciones. Y si alguien, ignorante de los sucesos desarrollados, pretendiese reconstruir los hechos por lo que dijo la prensa de esos días, habría de convenir en que Guatemala fué, durante los veinte meses de "gobierno nacional," una torre de Babel...

Y en esta época—yo dirigía el "Diario de Centro América"—entrevisté a los liders militantes. ¿Qué mejor relación que la que ellos mismos vertieran, para formar concepto, a través de los años, y poner puntales a la verdad histórica?

¿Cabía mejor procedimiento, dentro de las lindes del periodismo, que plasmar con sus propias confesiones, sus tendencias, sus aptitudes, sus anhelos y sus previsiones? Pero mis entrevistas, escritas bajo el imperio febril de la hora y consignadas en la

hoja volandera, de efímera vida, desaparecerían, sin dejar más que el rastro de un lejano recuerdo. Por esto, he recogido las que he considerado de mayor significación y las ofrezco al lector en un solo cuerpo.

A nadie se le ocurrirá que haya presunción literaria. Lo que sí hay, como único Norte, es el deseo de mantener de manera más viable, los pensamientos de los dirigentes de la política, en una etapa altamente significativa para Centro América. La técnica empleada, resultará machacona. Sin embargo, si se desprendiese alguna enseñanza, se colmará el objetivo buscado. Que mucho tenemos que aprender los guatemaltecos: a pesar de los cien años vividos sin tutelaje extraño, caminamos aún claudicantes y torpes.

F. Hernández de León.

SEÑOR DON

CARLOS HERRERA,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

SEÑOR DON CARLOS HERRERA,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Un periódico de lance que se publica en Escuintla, registra en su primera página esta interrogación:

"¿Qué color político es el del ciudadano Carlos Herrera?"

Esta frase encierra, en la sencillez de su expresión, puntos de la mayor trascendencia para los actuales momentos políticos. Recogí la pregunta y personándome con el señor Herrera, celebré una entrevista. El ciudadano presidente, después que inquirí sobre los negocios del momento, me dijo:

—Desde que se me anunció en la casa del señor licenciado don Mariano Cruz, por los elementos de la Asamblea Nacional Legislativa y por los liders del Partido Unionista, el propósito de elegirme para sustituir al señor licenciado Estrada Cabrera, mi respuesta fué negativa en lo absoluto y, únicamente me resolví a aceptar, cuando se me increpó en nombre de la regeneración polí-

tica y social de mi patria, y siempre bajo la creencia de que mi paso por el Gobierno, sería de pocos días. Después, cuando se inició la discusión electoral, los partidos políticos en que está fraccionada la opinión de la República, me ofrecieron la candidatura a la presidencia, y también entonces mi respuesta fué negativa. Esta actitud cedió ante la consideración que se me hizo de que mi persona fuese una prenda de seguridad y de concordia entre los partidos militantes en el momento actual. Yo, señor Director, no soy político de profesión. Consagrado a mis negocios particulares y obligado por las circunstancias especiales a manejar los intereses de mi familia, lejos de aproximarme particularmente a alguno de los partidos políticos, me alejé de toda participación directa, sin que esto se tome como merma a mi amor por Guatemala y a mi simpatía por las instituciones democráticas, que considero las más adecuadas en nuestro ambiente social. No podría yo, porque ni aún, los mismos partidos lo han hecho, establecer los linderos que los determinan entre sí; pero comprendo perfectamente que están unificados en el sentimiento patrio, que concuerdan en la aspiración del triunfo de los principios democráticos, en el sostenimiento de la autonomía e independencia

nacional, y en el resurgimiento de la antigua Nacionalidad, ideal saliente del patriotismo centroamericano. Desde este punto de vista no es, ni puede ser paradógico que yo haya aceptado la candidatura propuesta por los partidos militantes en el país, partidos que, por hoy, los considero en estado de reorganización, después de veintidós años de formar un conglomerado, confundidos y conminados a un silencio perpetuo. Y de tal manera considero en período de organización a esos partidos, que ellos mismos no tienen jefes reconocidos que los dirijan, como acontece en todos los países en que ya están formadas las agrupaciones y perfectamente definidas.

—¿Tiene el señor Presidente formulado su programa de gobierno?

—Respecto al programa político de mi gobierno, en el caso de ser favorecido por la mayoría de mis conciudadanos en la elección, a su tiempo formularé algunas bases generales, por más que estoy persuadido que es mejor obrar que ofrecer, cansados como estamos de largos programas políticos que únicamente quedan escritos... Sobre las bases primordiales de la honradez y el patriotismo, para el bienestar de los pueblos, se necesita de más administración y menos política. Cuando los partidos estén perfec-

tamente organizados y tengan, asimismo, definidos los pocos puntos de discrepancia, podrá un gobernante resolverse por uno o por el otro. Pero en épocas de transición, sin que preceda la organización que en otros países define a los partidos y a sus hombres, habrá que resolverse por gobernar, como lo haré yo, aprovechando las aptitudes de mis conciudadanos, donde quiera que las encuentre.

Esta declaración que con voz entera nos hace el señor Herrera, marca el Norte de su criterio político: no hay engaño en lo dicho. Estamos en una época en que, la fórmula gubernativa tiene que resolverse por las apreciaciones múltiples, antes que por la determinación de grupos. Pero como pudiera desprenderse que el señor Herrera, en ese eclecticismo expresado, tuviese un falso juicio de la variedad de los partidos, le insinúo esta pregunta:

—¿Cree, usted, señor, que los partidos sean necesarios para la mejor vida nacional?

—Es indudable—responde.—Ellos son un control necesario para el progreso y las actividades nacionales. Pero esto es bajo el concepto puramente de las ideas, de los principios y de las doctrinas; no para entrar en el terreno vedado de las personalidades.

Solo así se llega a comprender que, de los partidos antagónicos, puedan ser aceptados ambos, con el sentir de que tienen por norma y orientación nada más que el bienestar y felicidad de la patria; y a tal grado, que es principio inconcuso el decir que todo partido es bueno, si lo alientan la sinceridad y el patriotismo.

La oportunidad me viene de perlas, para recabar del alto funcionario, su opinión respecto a la vida de la prensa. Así, en un concepto generalizador, le pregunto:

—¿Qué opinión le merece a usted la prensa?

—La prensa se ha dicho con razón, que es un cuarto poder del Estado; pero es imposible que ese poder conviva bajo el imperio del despotismo. Los gobiernos que sostienen la libertad de la prensa, son las primeras víctimas que se inmolan en aras de esa institución, cuando los países son nuevos y desconocen el uso pertinente de tan preciado bien. Agregue usted a esta consideración, señor Director, la circunstancia de que en nuestra ley de imprenta al empleado público se le coloca en una situación desventajosa y queda sujeto a los avances de la pasión política. Solo inspirado en el bien público, al amparo de la honradez más absoluta y en el deseo del mejoramiento general, pueden los go-

biernos nacientes, someterse a lo que, más que libertad de la prensa, se convierte en libertinaje de la misma. Sobre esta consideración, estoy dispuesto a sostener la más amplia libertad de la prensa; cuento con que mis conciudadanos, pasados estos momentos de transición obligada, tendrán el más profundo respeto al derecho ajeno y a los dictados de la verdad y la justicia, cuando hagan el uso razonable de esa libertad. A usted, como periodista, se le alcanza que la oposición sistemática, las interpelaciones violentas, la diatriba, el sistema de verlo todo a través de lentes ahumados, antes que ser una labor de beneficio y orientación, ofusca y confunde a quienes van dirigidos. ¡Cuán valioso resulta el consejo atinado y qué mejor que las insinuaciones serenas, que aclaran y muestran los senderos libres de tropiezos y peligros!

Satisfecho con lo expresado, me refiero al instante actual en el seno de toda la República:

—¿Tiene el señor Presidente—interrogo—seguridad en que el orden público y la tranquilidad social estén restablecidos en el país?

—Después de un movimiento político de tanta trascendencia como el que acaba de operarse en Guatemala—responde,—no tie-

nen significación los pocos y aislados sucesos que han ocurrido. El pueblo de Guatemala al verificar lo que se ha llamado con justicia la *revolución blanca,* sin ejemplo en los países hispanoamericanos, dió inequívocas pruebas de su alta cultura moral y no cabe duda de que ésta es garantía segura de que se encauzará en lo futuro, por la vía de la libertad ejercida dentro de la ley y de la justicia, que deben ser inseparables para que puedan subsistir en la vida política de los pueblos. Tengo el gusto de asegurarle, que toda la República está tranquila, que las autoridades departamentales se han escogido con especial cuidado; que la administración pública se inicia sobre un pie de la más rígida honradez; que la ley será aplicada en todo su rigor y sin contemplaciones, para garantizar el orden público, sin el cual las sociedades perecen por descomposición de sus miembros; y, a la inversa, se mantendrá el amplio ejercicio de las libertades, se sostendrán los derechos y se amparará la inocencia; porque estoy persuadido que las libertades individuales, pueden subsistir únicamente, como la resultante del equilibrio necesario entre los derechos y las obligaciones de los ciudadanos. No olvidaré un

momento que a los pueblos se les debe dar a conocer sus derechos, pero también hay que educarlos en el cumplimiento de sus deberes...

—Señor Presidente ¿tiene usted fe en su labor futura?

—Completa. Espero obtener el más brillante resultado en mi gestión gubernativa, porque a mi lado están como colaboradores personas de reconocida competencia y patriotismo y, sobre estas calidades, cuento con la buena índole del pueblo de Guatemala, su amor al trabajo y a las libertades que debe conservar, arreglando su conducta a los dictados de la ley, al respeto a las autoridades y a ese fondo de moralidad que siempre lo ha distinguido y que es seguro respaldo para el afianzamiento de su bienestar y el estímulo de su progreso.

Con lo dicho, cortamos nuestra entrevista. La pregunta del periódico escuintleco, queda respondida de modo amplio y nuestros lectores pueden determinar la condición política del señor Herrera. ¡Quiera la cordura de nuestros conciudadanos completar la obra de reconstrucción social y política que se inicia, en una colaboración edificante, sana y alentadora!

SEÑOR DON

JULIO BIANCHI

SEÑOR DON JULIO BIANCHI

Inicio una serie de entrevistas con nuestros hombres públicos que, en el momento presente—el de mayor espectación en la historia nacional—preocupan el juicio de mis conciudadanos. Metidos en las luchas de doctrinas y principios, los órganos de la prensa se han empeñado en escarceos, de los cuales no siempre sale la figura apetecida y los lectores se desorientan casi siempre cuando hay que referirse a cada uno de nuestros liders. Cuánto mejor resulta recoger, aunque sea con la brevedad que impone el diarismo, los pensares de los directores de la política y así, en una simple frase, se vacía todo un pensamiento o se insinúa la tendencia personal.

El doctor don Julio Bianchi es una individualidad saliente. Puede jactarse de ser unidad entre los seis iniciadores del movimiento unionista. Su figura corpulenta da la sensación de confianza que inspiran los hombres gordos, aunque me esté mal el decirlo. Lo sano de su organismo hace presu-

mir un espíritu sano. Las palabras que ha vertido durante mi interrogatorio, llevaron a mi ánimo la certidumbre de que eran dichas con toda sinceridad, sin retiscencias, ni tapujos.

A mi llegada, el doctor trabaja en su clínica, una clínica que se ha hecho famosa por las hazañas científicas allí realizadas en beneficio de los dolientes. Al cabo de los preliminares, arremeto.

—Diga, usted, doctor ¿cuál es su credo político?

—Si antes hubiera tenido que contestar a esa pregunta—responde el eminente médico—cuando todavía las palabras tenían el valor que les asigna el Diccionario de la Lengua, no habría vacilado en decir que mi credo político era el liberal, amplísimo, pero moderado.

Le miro con sorpresa y, con su voz queda, explica su respuesta:

—Es decir, amplísimo en cuanto a principios; pero moderado en los procedimientos, huyendo del jacobinismo y del fanatismo liberal, tanto como de cualquier otro fanatismo. Hoy, decir tal cosa, es acercarse a un peligro, porque el que dice liberal, dice para muchos *cabrerista* y el que habla de credo, es tenido, de hecho, por *cachureco*...

Esta declaración me entristece; también el fuerte cerebro de mi interrogado ha caído en esta minucia de vocablos que sembrara tantas discordias. También esta alta mentalidad desciende a tales distingos, como si el nombre hiciera la cosa. Tuerzo el gesto, con algo de desencanto y dirijo otra pregunta:

—¿Cree usted compatibles los principios proclamados por la Revolución de 1871 con el sentimiento general que anima a los componentes del Partido Unionista?

—No solamente compatibles—responde de manera concluyente—sino que son esencialmente necesarios para su existencia. Si usted se refiere a los firmantes del Acta de Organización, entre nosotros se convino expresamente en mantenerlos incólumes, a iniciativa de los elementos que pudieran llamarse conservadores, con el fin de borrar la división existente entre los partidos históricos, cuya lucha encarnizada de cien años ha sido estéril para la patria.

—Muy bien, doctor, ¿y los de la actual Comisión Directiva?

—La actual Comisión Directiva del Partido, electa por el voto libre de los Delegados de la Convención del mismo Partido en junio último, ha aceptado y se ha comprometido a realizar las aspiraciones conte-

nidas en el programa del 4 de mayo, que es conocido del público y reconocido por todos como más liberal que el del 71.

Ya esto es decir algo. Los lectores pueden entrar en las comparaciones y decidir si lo dicho por mi entrevistado está puesto en razón. De todas maneras, aventuro una pregunta más sobre la misma cuestión.

—¿Podría usted referirse al conglomerado unionista, sobre el alcance de mi interrogación?

—Considero que todos los que militamos en las filas del Partido, que es la inmensa mayoría de los guatemaltecos, caminamos hacia la misma finalidad. No hay duda alguna que sus tendencias son las de nuestro programa, ya que es completamente inadmisible que el pueblo entero acepte uno que no esté de acuerdo con sus aspiraciones. A este respecto debo hacer una observación. Los *principios del 71* pueden dividirse en dos categorías: los referentes a la práctica efectiva y sincera de la democracia, que nunca fueron respetados por los que en su nombre nos han gobernado, y que de buena gana nos seguirían gobernando, y los referentes a libertad de conciencia y destrucción de la preeminencia que la Iglesia ejercía sobre el Estado, que fueron rigurosamente aplicados por todas las administraciones

liberales. Acerca de los primeros, la conciencia pública ha permanecido muda hasta que aparecieron los trabajos del Partido Unionista, y hoy el pueblo soberano, que en muchas cosas parece un niño, está haciendo un uso exagerado de su soberanía. Pero vendrá la reflexión en breve, y entonces aprenderá a usar cuerdamente de ese juguete peligroso, siempre que los directores de la opinión pública sepan mantenerla encauzada en una vida racional. En cuanto a los segundos principios a que he hecho mención, la misma conciencia pública ha evolucionado completamente, y hoy sería tan absurdo creer que un gobierno cualquiera pudiera reimplantar de la noche a la mañana aquél régimen muerto y sepultado en la batalla de San Lúcas, como creer que volviéramos con la misma facilidad a caer bajo la dominación española. Ni con una contra-revolución de cincuenta años se podría conseguir, porque el medio universal ya hoy no es el mismo de diez lustros atrás, y hasta la Iglesia Católica ha evolucionado, abandonando en gran parte sus aspiraciones de dominación temporal.

El lector dirá si el distinguido expositor habla claro. Para sesgar la cuestión aviento otra pregunta:

—¿Considera, usted, posible una reacción *cabrerista,* entendiéndose por cabrerista el sujeto avesado en el ejercicio de todos los vicios políticos?

El doctor se sonríe bonachonamente y me dice:

—Francamente, mis escasos conocimientos del idioma me impiden dilucidar si una "reacción" puede ser un "sujeto"...

Siento el alfilerazo y, rápidamente, rectifico:

—Me refiero a la nueva escuela del "cabrerismo" que nuestra desgracia política ha creado...

—En ese terreno le respondo categóricamente que sí creo posible una reacción cabrerista. Solamente tres medios conozco que puedan salvarnos de ella: la evolución de nuestro pueblo hacia un civismo verdadero y profundamente arraigado en la conciencia nacional; la imposición de la democracia por un gobierno extraño, y la unión de la América Central. El primero que es, sin duda alguna, el más eficaz y persistente, se conseguiría si lográsemos mantener en el Poder hombres buenos y patriotas durante un tiempo suficientemente largo, que estimo por lo menos, de treinta años, para que se pueda desarrollar una nueva generación en ese ambiente, y para

que la instrucción llegue a iluminar las conciencias. Pero todos los gobernantes son hombres, y si no temiera exhibirme como retrógrado en estos momentos tan delicados, citaría en latín aquél pensamiento de Suetonio, que usted debe conocer: *homo sum, et nihil humanum a me allienum puto.* El segundo irrita la sangre de todo patriota, y si lo cito, es únicamente para señalar el peligro que existe de que, al ver los países extraños que no podemos hacerlo solos, si por desgracia fracasáramos en nuestro ensayo actual, por insensatez de los dirigentes, nos quisieran *dar una manita*... El tercero está en la mente de todos los unionistas, y, sinceramente, creo que es la razón principal de que la unión no se haya realizado todavía...

Luego agrega con su dejo de amargura:

—A todos nuestros gobernantes les conviene y les ha convenido que la democracia no prospere en Centro América.

Esto es tan cierto, como el sol del medio día, y buenas experiencias tenemos por delante. La democracia ha sido una filfa para los centroamericanos, supeditados a monarcas disfrazados. Como una consecuencia, pregunto de nuevo:

—En los momentos actuales ¿quién sería para usted el hombre modelo preparado para servir a la patria y dirigir sus destinos?

—No encuentro ninguno.

¡Diablo! digo para mis adentros: éste es el nuevo Diógenes. Pero luego continúa el doctor:

—Don Carlos Herrera, candidato del Partido a que pertenezco, reune muchas condiciones. Sin embargo, a mi juicio tiene un inconveniente grave, y es que no ha definido con precisión sus tendencias políticas, y muy en particular, su modo de sentir respecto a la unión de Centro América. A este respecto no le conozco ejecutorias de ninguna clase y, por ahora, le tengo en calidad de *unionista pasivo.* Un unionista que no rechaza la idea, pero que no está inflamado de entusiasmo por hacerla triunfar.

Yo sé que don Carlos Herrera va a lanzar muy pronto su programa político; para entonces remito al doctor Bianchi y así podrá redondear mejor su concepto. Sigo con mi interrogatorio:

—¿Cree, usted, que pueda alterarse el orden por razón de elecciones?

—No lo creo. Los dos partidos importantes que existen son sinérgicos, y los otros son de tan escasa importancia, por el momento, que su antagonismo es de poco peligro. El único riesgo que a mi juicio existe, es el de que los muchos candidatos dividan la opinión al extremo de que ninguno obtenga

la mayoría absoluta, y que quede la decisión en manos de la Asamblea, lo que podría ocasionar algún disturbio, si no acatara los verdaderos intereses de la Nación al determinar su designio.

—¿Tiene, usted, fe en una pronta y eficaz regeneración política?

—Sí, la tengo. Para conseguirla, es indispensable que los dirigentes de los partidos hagan a un lado suspicacias infundadas, intereses personales, temores de persecuciones imaginarias y demás telarañas que enturbian el juicio sereno, y que todos se propongan hacer labor sincera de verdadero patriotismo. Sobre estas bases la regeneración de un pueblo que ha dado tan elevadas pruebas de cordura y sensatez, no debe ser difícil ni tardada.

—¿Cómo encontró usted, doctor, la opinión pública en los departamentos occidentales que acaba de recorrer?

—Puedo decir que optimista en extremo. Todos están gozosos de la libertad conquistada. Todos tienen fe en el actual gobierno y la inmensa mayoría la tiene, también, en el Partido Unionista, a pesar de la activa campaña emprendida por sus rivales.

A mí se me figura que el doctor respira por la herida. Y sigo en mi tarea:

—Como jefe de partido que es usted ¿qué opinión le merecen las huelgas? ¿Juzga usted que puedan mantenerse con resultados fructuosos para el obrero?

—Este asunto es demasiado importante para resolverse en una simple entrevista. Ahora estoy escribiendo un estudio acerca del particular, que pienso publicar pronto. Sin embargo, le diré que las huelgas equivalen, en cierto modo, a las guerras, y que no debe apelarse a ellas, sino en casos extremos: siempre son perjudiciales para ambos contendientes. En cuanto a las que hemos tenido en estos días, son el resultado natural de una situación violenta, sostenida artificialmente durante toda la administración pasada y, en cierto modo, un fenómeno parecido al que se observa en los niños que acaban de adquirir un cortaplumas, que sienten necesidad imperiosa de cortar algo, para darse cuenta cabal de que lo pueden hacer. En el caso actual, pienso que habrá de ser lo mismo, y que cuando hayan sacado punta varias veces a su lápiz, que hayan grabado varias veces su nombre en el tronco de un árbol o en la mesa del comedor y que se corten un dedo, guardarán la navaja para usarla solamente en casos de verdadera necesidad.

¡Dios oiga al doctor! Eso de la navaja no me ha hecho mucha gracia. Algunos estimuladores que tuercen las mejores de las intenciones, han dado en decir que yo ataco al obrero por sistema, cuando me he referido a las huelgas inconsultas y descaminadas. Pues como estos estimuladores convenzan a los huelguistas que la navaja corta también barrigas, ya puedo estar aliviado...

—Diga, usted, doctor, aquí en el seno de la confidencia ¿ha sido usted llevado a la política o se ha dejado llevar usted mismo?

—Ni he sido llevado, ni me he dejado llevar, que en resumidas cuentas, da lo mismo. Yo fuí el quinto o sexto de los iniciadores del Partido Unionista y, en tal concepto, me considero como voluntariamente mezclado en los sucesos del momento: la política nunca me ha llamado la atención. Si estoy involucrado en ella, es porque creí de mi deber hacerlo, cuando no había otros que quisiesen arriesgarse. A pesar de esto, mi mayor deseo es volver a la vida privada, tan pronto como tenga la seguridad de que mi presencia en ese terreno, sea innecesaria. En cuanto a mi candidatura presidencial, ni me desagradó cuando de ella se trataba, ni me hizo sentir el vértigo de la ambición, y la acepté en un principio, con la misma indiferencia con que la retiré después.

Cualquiera diría que la presidencia aquí, según habla el doctor, es algo como la Secretaría municipal de Mixco. Sin embargo, para terminar, vuelvo a la carga, y le espeto este escopetazo:

—Francamente, doctor ¿le gustaría a usted ser Presidente de la República; sí o nó?

Con todo el aplomo del sincero me responde:

—Sí, sí me gustaría. A ningún hombre le tengo más confianza que a mí mismo, para trabajar lealmente por la realización de mis ideales y, en particular, por la unión centroamericana. Pero viendo las cosas por el lado de las conveniencias, en mi profesión gano más que en la presidencia, con menos molestias y sobresaltos. Además, en estos puestos es muy fácil desprestigiarse y, casi siempre, pasa la del cohetero; de modo y manera que, por interés y por gloria, prefiero seguir siendo *el del gesto*...

Era el chiste final, del que de ningún modo podía prescindir el ciudadano entrevistado.

En aquel momento, entran en la sala en que departimos dos estudiantes engabachados y dos enfermeras, con alburas de paloma. Se acercan al médico y, tras breves palabras se meten por una puerta a la habitación inmediata, en donde un hombre, acostado

sobre una mesa de operaciones, muestra una pierna, atravesada por un tiro. Y el doctor que ha departido conmigo durante un rato largo sobre las miserias de la política, se inclina sobre el enfermo a escarbar entre las miserias de músculos y tejidos...

SEÑOR DON

RAFAEL D. PONCIANO

SEÑOR DON RAFAEL D. PONCIANO

Don Rafael D. Ponciano, que en otro tiempo dió en llamarse Poncéano, pasa por la calle vestido de hombre civil. Pero cualquiera que le ve, adivina la espada al cinto y los galones en las bocamangas de la americana. Y es que el señor Ponciano tiene corte marcial y deja entrever su condición de militar.

No solo es militar, con la alta jerarquía de Coronel del Ejército, sino que también es ingeniero y es abogado y es notario, y no sé si andando el tiempo, se haga médico y comadrón. Para amontonar merecimientos, ahora ha entrado de lleno en la política y es uno de los liders del partido democrático, en su condición de vice-presidente de la Junta Directiva.

Hacia él enfilé mi husmeo de periodista, hoy que los hombres del día son los hombres de la política militante, y solicité de él una entrevista, cuyo resultado verá el lector más adelante, si es que tiene arte y paciencia para tragarse estas columnas.

Don Rafael me recibió en el escritorio de su casa; una casa nuevecita, en la que se respira un ambiente de aseo y de orden. De uno de los lienzos, cuelgan con simetría de altar, un gran número de marcos, que exornan los consabidos títulos de las profesiones aprendidas y los ascensos escolares de la Politécnica. Un escritorio de notario, un escritorio de ingeniero, una librería, unas sillas tapizadas y una máquina "Underwood," acabadita de salir del almacén.

Empezamos nuestra charla. Todo gira alrededor de la política, de esta política que ya me va reblandeciendo el cerebro. Don Rafael se muestra puntilloso.

—El asunto es delicado—me dice—y debe tratarse con pinzas. Los momentos son de espectación y trascendencia, y solo se debe hablar lo necesario, siempre con sinceridad y sin irse fuera de las lindes prudenciales.

La voz de mi entrevistado sale reposada, sin altibajos ni vacilaciones; y yo que necesito armar pronto la interviú, para llevar a los lectores algo del pensar de nuestros prohombres, le suelto la siguiente pregunta:

—¿Cree, usted, don Rafael, que los dos partidos históricos, el conservador y el liberal, existen a la fecha?

—Sí—me responde;—para que tales partidos existan, no se necesita que los formen

las multitudes: basta que haya a su cabeza pequeñas agrupaciones de hombres bien definidos y resueltos, con esas convicciones, para que arrastren a las masas poco ilustradas en un sentido o en otro. Y es lo que pasa entre nosotros actualmente. Por supuesto que no creo que el conservatismo, ni el liberalismo de hoy, sean lo que fueron hace medio siglo, pues la inevitable evolución económica, los ha arrastrado hacia adelante, aunque dejando siempre entre ambos, la misma distancia.

—¿Cuántos partidos cuenta usted en la época y dígame si puede determinar en dónde están los liberales y en dónde los conservadores?

—Aunque sin un absoluto deslinde, pienso que, hoy por hoy, hay en el país dos partidos solamente: el conservador y el liberal. Creo que en el partido unionista hay elemento conservador influyente, aunque en minoría, y supongo que la mayoría liberal permanece allí por el engranaje natural de las agrupaciones políticas y por el temor de ser llamado *cabrerista.* El partido democrático, el republicano y el unionista constitucional, no son más que ramas del partido liberal.

De aquí saco en limpio que el señor Ponciano piensa como yo, al afirmar que Guate-

mala está formada, en su mayor parte, por el elemento liberal. Para cerrar esta cuestión de partidos, le interrogo:

—Los llamados *cabreristas* ¿pertenecen a alguno de los partidos históricos?

—Como ciudadanos guatemaltecos, pienso que la mayor parte de ellos han procurado abstenerse, no afiliándose ni al uno ni al otro, pero que algunos se han introducido ya en el unionista, ya en el liberal.

—¿Cómo ve usted la situación?

Mi entrevistado requiere de su bolsillo dos cigarrillos de los *de tusa,* enormes como trancas, y en los que sospecho la solicitud de manos amatitlanecas, y después de ofrecerme uno y de hacer gesto de reconcentración, me dice:

—La situación política es delicada, pero no desesperada. La libertad nos ha venido de golpe, y casi repentinamente, después de una agitación de poquísimos meses, en que hemos hablado mucho de nuestros derechos, como era lógico, y hoy, al tratar de ejercerlos, en la contienda eleccionaria, los queremos tan absolutos, que podremos caer fácilmente en el extremo opuesto de una indisciplina, y dejarnos llevar a la anarquía, si no tenemos la prudencia, el buen juicio y la energía necesarios para impedirlo a tiempo. Yo espero que esto lo conseguire-

mos, aunando nuestras fuerzas en ese sentido, con desinterés y patriotismo.

—¿Qué apreciación personal puede usted darme de las declaraciones del doctor Bianchi, que recogí y publiqué antes de ayer en el "Diario"?

—Me parece que, como uno de los directores de más importancia del partido unionista, demuestra gran amplitud de miras, cosa que no me sorprende, dada su edad y hasta su profesión; lógico es que sus sentimientos, su instrucción y sus convicciones lo inclinen más hacia el liberalismo sano y honrado, que hacia el reaccionismo intolerante. Por juzgarlo así, es por lo que no comprendo cómo él puede creer firmemente en una reacción cabrerista, cuando otro miembro importante de ese partido, o que al menos lo fué activamente, el señor don Emilio Escamilla, manifiesta creer en su reportaje publicado en "El Exodo," todo lo contrario.

El señor Ponciano hace hincapié en la edad de Bianchi, para filiarlo como liberal. Le parece como una consecuencia de la juventud, el ser liberal; porque las ideas de conservatismo que más se adaptan a los temperamentos de viejos y desilusionados, no medran en los espíritus preparados en la ciencia y en desarrollo de primavera.

Después de un largo parlamento, le dirijo la pregunta de más actualidad:

—¿Considera usted al señor Herrera, hombre suficiente para resolver la situación actual y salir airoso de la crisis política que se avecina?

—Todos sabemos que siempre ha tenido la reputación de un hábil administrador y, como político, hasta este momento, nadie puede negar que su trabajo de conciliación ha logrado evitar el choque violento de fuerzas antagónicas, de fatales resultados para el país, que podían haber surgido si su presencia no las contrarrestara en el poder. Y aprecio tanto más esta labor, cuanto que, salvando a su patria de una posible anarquía, puede él perder su reputación como hombre, si desgraciadamente se interpretara su actitud como falta de convicciones políticas arraigadas. De todos modos creo que, con la cooperación honrada de los guatemaltecos, sí puede salir airoso de esta crisis.

Este parecer del señor Ponciano se adapta perfectamente al criterio de los sensatos. El señor Herrera ha matado una reputación ruidosa que pudo alcanzar, en beneficio del país. De no haber aceptado la candidatura a la presidencia, su nombre se aparejara al Cincinato de América; pero es más de apreciar el hecho que, dándose cabal cuenta de

las circunstancias, prefirió sacrificar una fama y un bienestar seguros, a evitar con su actuación cualquier revuelta intestina que sumiera a la República en el más hondo de los infortunios.

—¿Qué medios deberían emplearse, don Rafael, para llegar a un estado en que, el desenvolvimiento de la vida política, agitada en los momentos presentes, pudiera traducirse en un bienestar general?

—El primero, a mi juicio, es tener serenidad y honradez con el pueblo, para no asustarse y volver grave lo que, en nuestras condiciones, puede ser natural, y para que tenga confianza en los que lo dirigen, por encontrar que las palabras de esto, están de acuerdo con sus obras. El segundo medio, no poner al pueblo diques para detener la ola de las nuevas ideas, sino, por el contrario, aceptarlas con valor y decisión, para encauzarlas, suavizándolas y aprovechando todo lo que en ellas hay de bueno y justo, descartando cuidadosamente lo que en ellas pudiera haber también, que no se acomodara a nuestro desarrollo intelectual, moral, económico y social, sino que pugnara tan abiertamente con esas condiciones que la experiencia nos demostrara que nos traía más males que bienes, para todos.

—¿Juzga usted posible la viabilidad de un partido netamente católico, capaz de llegar al poder?

—Tal vez me equivoque; pero mi creencia firme en estos tiempos es que la época propicia para ello, ha pasado para no volver jamás. En la modernidad solo se puede ir hacia adelante; el que quiera retroceder, se verá fatalmente arrollado por fuerzas tan incontrastables, que lo aniquilarán, tarde o temprano; de modo que pienso que a ninguno se le ocurriría hacer tan costoso como inútil ensayo.

Esta declaración del líder democrático, hace surgir vagamente en mi memoria, la figura gallarda de un varón de grandes bigotes enhiestos y larga perilla mosquetera; de camisa limpia y doblez señalado en los calzones; de aludo sombrero y andar ceremonioso; de alguien que, a pesar de vivir en el siglo XX, el gran siglo de las ideas y de las evoluciones, parece que se envolviera en el manto de don Fernando el Católico o se guareciera bajo el sayal de Loyola...

Me sacudo de la visión anacrónica y sigo mi interrogatorio:

—¿Desearía usted ser candidato a la presidencia de la República?

—Sí—me responde, como una pedrada. —Sí me gustaría, si considerara probabilidades de éxito.

¡Claro! digo para mis adentros. Así, y con todo mi anticlericalismo agudo, era capaz de lanzar mi candidatura para obispo, si tuviera probabilidades de éxito...

—En días pasados se lanzó su candidatura, don Rafael ¿fué con su anuencia?

—Antes de postular al señor Herrera, algunos amigos de Amatitlán me hablaron de *eso,* y les contesté que eran libres para obrar como quisieran, y de allí nació la primera hoja suelta. En cuanto a la que se fijó aquí, en algunos lugares de la ciudad, no lo supe sino hasta después, y se me informó que era obra de algunos artesanos, también amigos míos.

Para terminar esta conversación, hago a mi entrevistado una pregunta, que se relaciona con algo que más tarde tomará relieves importantes:

—¿Qué opinión le merece el voto femenino y si es posible implantarlo en los momentos presentes?

—El voto femenino debía de ser punto de programa de todo partido liberal, bien entendido. En los actuales momentos juzgo que solo se quiere emplear como recurso de partido, con un fin quizás temporal, porque la experiencia de otros pueblos, como Inglaterra y los Estados Unidos, nos están demostrando que la mujer misma, al hacer

uso de esa franquicia, no se muestran muy satisfechos de sus resultados. Sí creo, que siendo ese uno de los principios que la evolución moderna nos trae, debemos aceptarlo, después de un detenido examen que tome en cuenta la natural manera de ser de nuestra mujer, para no provocar con su intervención inmediata en la política, mayores trastornos de los que, sin eso, no pueden sobrevenir.

¡Muy bien! La tarde ha corrido y otras preocupaciones demandan mi presencia. No me queda, sino una súplica final.

—¿Sería usted tan amable, don Rafael, de darme en préstamo un retrato suyo, para poner su fotograbado como parte gráfica de la interviú que publicaré?

Don Rafael me mira con desconfianza y hasta con disgusto.

—Nunca me he retratado. ¡Ah, sí!—rectifica.—Tengo una fotografía vieja, que hice a instancias familiares. Se la voy a dar; pero haga usted constar, de manera expresa, que me disgusta ese exhibicionismo y que detesto ese afán de fotografiarse a troche y moche.

¡Me mató! A mí, que sufro de la retratomanía en manifestación aguda, las apre-

ciaciones de don Rafael, me han caído certeramente. Le arrebato el cartón, requiero mi sombrero, gano la puerta y, como un tiro, salgo a la calle dispuesto a escribir lo que el lector ha tenido la paciencia de sorberse.

SEÑOR DON

TÁCITO MOLINA IZQUIERDO

SEÑOR DON TACITO MOLINA IZQUIERDO

Para mí quisiera la fama que tiene Tácito Molina; Tácito Molina, a secas, sin el *don* y sin el *Izquierdo,* que echan a perder la eufonía del nombre. La gente le mira con beatitud, y la cabeza monda del ilustre letrado la consideran más grande que el volcán de Agua...

Y no es de ahora esa fama; viene de muy atrás. La figura de Tácito Molina ayuda poderosamente a este fetichismo de mis paisanos. Tiene una cara interesante. Y luego, la indumentaria, sella toda apreciación. Hay un delicioso descuido en el vestir. Se conoce que al ponerse las prendas del traje, lo hace porque sí y como caen; en veinte años que le trato, no le he visto un *terno* nuevo. Y ¡claro! un hombre que se viste tan descuidadamente, debe tener talento de manera indiscutible.

En Europa se le tomaría por entomólogo; solo le hiciera falta la caja de archivo. Hay un grupo de personas que le quiere con toda su alma y oye su palabra con la unción que

el campesino griego escuchaba a la pitonisa. Alguien me ha dicho:

—¿Cuándo va la entrevista con Tácito Molina?

—Pronto, pronto...

—Eso será de leerse; porque a listo, tú eres una cebolla.

Y ayer estuve en las oficinas de "El Unionista," periódico que está bajo su dirección. La oficina del notable hombre bate el record de la simplicidad. Un escritorio pequeño, una mesa, una silla, y sécate. Allí no hay máquinas de escribir, ni cosa que se les parezca.

—Vengo a entrevistarlo, don Tácito.

—A sus órdenes.

—Los lectores del "Diario" tienen vehementes deseos de conocer sus opiniones y yo me presto a ser vehículo...

Le hago saber el entusiasmo que despierta su nombre en la multitud y él se sonríe, con el cigarrillo entre los dientes, murmurando:

—Yo me conozco y sé que la gente me atribuye más de lo que valgo. Me conozco bien; mejor que nadie.

Rueda la conversación y, para empezar por el principio, le pregunto:

—¿De dónde nació su afición a la Ciencia y cómo es que siendo usted abogado, hace

sus escapatorias por los terrenos de las matemáticas y las ciencias naturales?

—Mi afición a las matemáticas es fácil de explicarse, porque mi padre, el mejor de mis maestros, doctor don Tácito Molina Guirola, fué muy dado a ellas, ya por inclinación natural, ya porque en El Salvador, en donde ganó los cursos de Ciencias y Letras, han hecho siempre ese estudio con especial dedicación. Además, yo las ví en el Instituto Nacional Central de Guatemala, en el tiempo de don Enrique C. López, en que todas las materias, pero señaladamente esa, se enseñaban a conciencia. Después, mi gusto por la Astronomía, que empecé a estudiar también con mi padre, me llevó a profundizarla. A la historia natural y más señaladamente a la botánica, me inclinó hace pocos años, un amigo íntimo y también maestro: el licenciado don Juan J. Rodríguez Luna. He escrito sobre esas ciencias algunas monografías, que se han publicado en el extranjero.

—¿Tiene usted afición a la política?

—La política no ha sido nunca para mí una tentación. Por cumplir un deber ciudadano, me veo enfrascado en ella desde noviembre del año próximo pasado, sin que antes me hubiera mezclado nunca, nunca.

No obstante esta circunstancia y siendo absolutamente ajeno a los sucesos, fuí preso en 1907, estuve incomunicado en una bartolina de la Penitenciaría dos meses y medio, y salí a pesar de la condena de cinco años que, como a jefe de sedición, se me impuso.

Esto no es de extrañarse. Eran las gracias de don Manuel: sin olerla, ni gustarla, ni tocarla, los ciudadanos se iban de cabeza en las bartolinas, y allí era de quitar, con la libertad, el aire, el agua, la luz, el movimiento, la ropa y hasta la vida. Yo no sé; pero cada vez que me acuerdo de don Manuel, se convulsiona todo mi organismo...

—¿Qué actuación tuvo usted, en la formación del partido unionista?

Mi entrevistado pone gesto de recogimiento y, deteniendo las frases, como si éstas fuesen potros, me cuenta:

—Don Manuel Cobos Batres, iniciador del movimiento contra Cabrera, don José Azmitia, el doctor don Julio Bianchi y, por último, don Eduardo Camacho, me invitaron con insistencia y en repetidas ocasiones para que tomara parte en lo que pensaban hacer. Yo me negué, porque había hecho promesa a mi padre de no mezclarme en política. Pero Camacho, compañero mío en el colegio de Esponda, y que es más terco

que el inglés del perico, logró que concurriera a una junta en Villa Antonia, en la Avenida del Hipódromo. Me encontré con los mencionados y con don Luis Pedro Aguirre y don Emilio Escamilla. El problema se me presentó crudo: "Somos siete; tenemos diez mil dólares y queremos salvar a la patria." Se habló de comprar una imprenta, de fundar un periódico y de dar el grito de libertad. La fe de Cobos Batres, que no desmiente su parentesco con don Miguel García Granados, paraba mis objeciones. Salí muy desilusionado; con remordimientos, porque había roto por primera vez la promesa aludida y con ánimo de no volver más. Esto ocurría el penúltimo domingo de noviembre de 1919. El sábado siguiente recibí nueva invitación de Camacho, acompañada de una cáfila de reproches por mi indiferencia; hablé con Manuel Valladares, que andaba tan frío como yo, y me fuí a mi casa, decidido a no pasar sobre mi promesa. Ya para acostarme, pensé que si mi primer paso en la política militante era noble, la memoria de mi padre me absolvería. El era salvadoreño y amigo de la unión de Centro América; nací yo en la ciudad de San Salvador y he vivido siempre en Guatemala. La idea grande de la unión se imponía. Tomé la pluma y redacté el borrador del Acta, hoy

famosa. Cesaron, en seguida, mi indecisión y mis remordimientos, y sabiendo que había pasado el Rubicón y que iba a sacrificar mi vida, y con ella el porvenir y la felicidad de los míos, dormí tranquilo, como aquél que siente que ha cumplido con su deber. Al día siguiente leí en la reunión mi proyecto y fué aprobado; y salvo ligeras modificaciones hechas de acuerdo con Cobos, a los puntos 2 y 3, es la misma Acta que todos conocen. A esta segunda junta asistió también don Salvador Matheu. Después, y ya en el local que hoy es Secretaría del partido, nos reunimos con Silverio Ortiz, Antonio López y Saturnino González, si mal no recuerdo, que representaban a los obreros, quienes se adhirieron al Acta. Mi ulterior actuación es de todos conocida y no aventaja a las de mis compañeros.

Esta relación tiene una importancia histórica. Quedan así consignados, en esencia, los preliminares del movimiento egregio, precursor al restablecimiento de las libertades. Al cabo de algunos comentarios sobre aquellos hechos famosos, le interrogo:

—¿Qué razones se le alcanzan para explicar la deserción de muchos elementos que formaron el conglomerado del partido unionista hasta el 8 de abril?

—Los que han desertado del partido unionista, no son muchos, como usted cree, sino muy pocos. Recuerdo a mi amigo don H. Abraham Cabrera, al licenciado don Buenaventura Echeverría y a Zachrisson, entre los conocidos. Los demás que forman el partido democrático, salvo alguna omisión involuntaria, nunca fueron unionistas antes del 8 de abril.

—¿Cuántos partidos políticos juzga usted que pueden determinarse en el actual momento?

—Si se atiende a los principios, no existe más que uno; porque en los puntos fundamentales o prácticos, casi coincidimos. Si nos guiamos por los candidatos que han aceptado, habrá tantos como éstos.

¿Se come, usted, lector, esta guayaba? Nos hemos unido por las doctrinas y nos hemos dividido por las personas. De modo y manera que no hay más que un solo aspecto de ver por los ciudadanos chapines. ¡Lástima grande, que no sea verdad tanta belleza!

Para completar el concepto, pregunto de nuevo:

—De los partidos históricos, llamados liberal y conservador ¿se considera que haya representativos en todos los partidos mili-

tantes, por causa de la división que usted establece?

—Si por conservadores se entienden los católicos, creo que los habrá en todos los partidos, por poco numerosos que éstos sean. Conservadores chafados a la antigua, como los de los treinta años, creo que no existirán en ninguno. Pero debo advertir a usted que no sé quiénes sean todos los afiliados al partido democrático y a los republicanos.

Yo me sonrío para adentro. Don Tácito empieza a buscar tangentes por donde escaparse. Vuelvo a la carga:

—Entre los directores del partido unionista ¿quiénes cree usted que prevalecen, los liberales o los conservadores?

—En la comisión directora del partido unionista, no hay liberales ni conservadores, en el sentido histórico de las palabras. Hemos tratado de crear algo nuevo, que no camine con cargas ajenas.

—Usted mismo, don Tácito, a pesar de la confesión que me hace y en su carácter meramente personal, ¿por cuál de los dos partidos históricos, liberal o conservador, tiene más simpatías?

—Por ninguno de los dos.

¡Monchis! Agradecidos quedarán nuestros políticos, desde don Pedro Molina, el

prócer, hasta don Manuel, el caído. Sin embargo, aventuro otra preguntilla:

—En el desenvolvimiento de la política guatemalteca, desde la independencia hasta el presente ¿qué partido juzga usted que ha procurado mayor progreso a la patria?

—Creo que el llamado liberal; pero sus culpas son grandes.

¡Gracias a Dios! Esto era lo que yo quería establecer. ¿Con cuál de las bolitas se quedaba don Tácito, con la blanca o con la negra? A regañadientes se ha quedado con la blanca; pero se ha quedado. Y así, don Tácito siente que, si entre todos nuestros fracasos, tanteos, desaciertos y torpezas, el partido liberal ha hecho mucho malo, ha puesto en contraposición mucho bueno. Y váyase lo uno por lo otro que, al cabo, los conservadores solo han hecho mucho malo, mucho malo.

—Pasando a otra cosa ¿podría decirme, don Tácito, como surgió la figura de don Carlos Herrera para que ocupara la vacante que iba a dejar Estrada Cabrera?

—Cuando empezamos a parlamentar con los diputados, éstos hablaban de cuatro hombres posibles para el interinato: el licenciado don Mariano Cruz, don Carlos Herrera, el General-licenciado don Francisco Fuentes y don Guillermo Aguirre. El último, indi-

cado para una transacción con Estrada Cabrera, no fué discutido, porque hizo saber rotundamente que no aceptaría. El General Fuentes, a quien yo estimo y respeto mucho, se le encontró el defecto de ser militar. Queríamos el gobierno de un civil. Don Mariano Cruz es abogado, y los abogados somos muy fáciles de caer en tiranos. Además, por su carácter se ha aislado mucho y nuestro ideal era un hombre amigo de estar en la sociedad. Don Carlos Herrera contaba con la simpatía de la Asamblea, puesto que había sido electo de manera unánime, para presidir varias comisiones; ha viajado; es muy sociable; su carácter no es irascible. Se ha dedicado toda su vida a la agricultura y la protegería; tiene don de mando; sabe administrar y, en medio de la suavidad de sus maneras, es enérgico. El crédito que tiene su casa en el extranjero, podía servir para el caso de que Estrada Cabrera presentara su renuncia, según lo había ofrecido. La Junta acogió, por estos motivos, al señor Herrera y lo mismo hicieron los obreros, que simpatizaban más con él que con los otros tres.

En presencia de estas declaraciones que patentizan el alto aprecio que una de las figuras más culminantes del partido unio-

nista hace del actual presidente, quise insistir en la cuestión e interrogué de nuevo:

—¿Qué concepto le merece a usted el señor Herrera como patriota y considera usted que, como político, pueda llevar a Guatemala hacia finalidades de paz, de trabajo, de orden y de bienestar?

—Tengo muy buena idea de él como patriota—respondió don Tácito, con sano convencimiento—pues estoy seguro de que, si no lo fuera bastante, no habría accedido a aceptar el arreglo del 7 de abril. Como político no ha habido ocasión de conocerlo. Pero no es hombre que desoiga un consejo bien intencionado, ni que se deje guiar por la pasión. Es indudable que tratará de conservar la paz; de fomentar el trabajo; de velar por el orden en todas sus manifestaciones y, por consiguiente, conseguirá el bienestar nacional, si le ayudamos con buena voluntad. Seguro estoy que no permitirá los desfalcos, ni los abusos.

—¿Cómo ve usted el porvenir de la política?

—La mayoría del pueblo está satisfecha y quiere un gobierno honrado y de gente honorable. Los cargos justos que se han hecho al actual gobierno, han sido atendidos en su mayor parte. Los errores cometidos,

más por falta de práctica que de buen deseo, se han reconocido y remediado con lealtad. Estando la Nación convencida de que el Gobierno es justo y es bueno, el porvenir se muestra claro. Hay, desgraciadamente, individuos que, bajo el régimen anterior, se enriquecieron a costa del pueblo, por medio de los cargos públicos que desempeñaban indignamente. Esos no se encontrarán a gusto; pero si los buenos, que son los más, como en otras ocasiones he dicho, no se entregan otra vez a la indiferencia política, si no caen de nuevo en el marasmo, los malos no prevalecerán y el horizonte de la patria permanecerá limpio.

Estas palabras llevan una suave consolación al espíritu, sacudido por las zozobras y las desconfianzas. Tales frases, de un hombre metido de lleno en la política, provocan un bienestar y un optimismo saludable.

—¿Juzga usted que el pueblo de Guatemala esté preparado para recibir el ejercicio de las libertades de una manera amplia?

—El pueblo de Guatemala se ha dado a conocer durante la Evolución de los cien días y, después, como merecedor de las más amplias libertades. Un pueblo que, con solo tres meses de educación, supo respetar el derecho cuando tenía todo el poder en sus

manos, no abusará de la libertad. Los pocos actos censurables, no se le pueden atribuir a él, sino a ciertos alborotadores. Un pueblo valiente en la lucha y noble en la victoria, no merece que se le recorten sus libertades. Debe regularse, sin embargo, a los individuos mal intencionados que tratan de deshacer con miras aviesas, o de entorpecer la tarea sociológica que el partido unionista está llevando a cabo en toda la República; debe vigilarse a los engañadores; a los que quieren levantar sus ambiciones sobre la ruina de los demás.

—Esas ideas de usted, don Tácito, concuerdan con las mías y siento una fruición ante esta semejanza. ¿Querría usted decirme qué puntos de discrepancia, efectivos y radicales, encuentra entre el programa que lanzó el partido unionista y el que lanzó el partido democrático?

—No tengo a la vista el programa del partido democrático; pero, por lo que recuerdo, la más grave, es la relativa a la soberanía del Estado, de que ya se ha tratado en la prensa. Y no siendo una sola la definición de *Estado,* que es una noción más o menos nebulosa, la diferencia es elástica y más a propósito para discutirse en una cátedra universitaria, que en los periódicos dedicados a los profanos.

—Vamos al asunto de trascendencia centroamericana, el asunto magno, por antonomasia: ¿Cómo resumiría usted, en pocas frases, los medios de llegar a la unión de Centro América?

—Los pueblos quieren la unión, y los gobiernos tendrán que obedecerlos. Las dificultades actuales estriban en las deudas, que no son proporcionales y en la condición de Nicaragua, motivada por la intervención y por el tratado Chamorro-Bryan, en lo relativo al Golfo de Fonseca. La intervención sería fácil de retirar por medio de gestiones diplomáticas. Quizás, aunque con mayor dificultad, podría llegarse a un acuerdo respecto a dicho golfo. Lo relativo a las deudas es más grave, si no se logra que se sigan reconociendo en la República Federal sólo por el Estado que las contrajo. Todo se salvaría principiando por una confederación, aunque ésta tenga algunos inconvenientes. Arreglados los obstáculos apuntados, deberíamos llegar a formar una Federación, no de cinco Estados, sino de varios más: quince, por ejemplo, con la precisa condición de borrar las lindes divisorias actuales y sustituirlas por otras, para concluir con los sentimientos de localismo. He defendido tal idea desde hace mucho tiempo y tuve el gusto de oír en San Felipe,

en la gira de la delegación unionista, que un correligionario, cuyo nombre no recuerdo, expresó opinión semejante.

—¿Es una necesidad de vida nacional la unión de Centro América y será factible en un lapso más o menos breve?

—Si no es por ahora, lo será. La confederación es factible antes del 15 de septiembre de 1921.

En don Tácito se ve a las claras, al unionista convencido. Ese ideal es para él un culto y, en la manera de exponer sus esperanzas, se nota al centroamericano capaz de llegar a la finalidad, a golpe de idea. La entrevista se prolonga demasiado y quiero cortarla con algo que sea indicador del temperamento ambicioso de mi entrevistado. Le interrogo:

—¿Trabajaría usted por llegar a la presidencia de Guatemala o preferiría guardar sus energías para lanzar su candidatura y llegar a la presidencia de Centro América?

Don Tácito me dispara un NO, que parece un tiro. Luego, agrega:

—Yo no nací para presidente de Guatemala, ni de Centro América, ni de otra parte. Ni lo deseo, ni siquiera me he imaginado que pueda serlo. Y me desagradaría altamente, de suerte que no solo me abstendría

yo de esos trabajos, sino que evitaría que otros los hicieran. Mis ambiciones andan por muy otro camino.

Hay lealtad absoluta en esta declaración. Así se explica porqué en los días de preparación de candidaturas y, cuando se habló, como cosa hecha, la de formular la de don Tácito, tales proyectos se deshicieron, como una nube. Quiero terminar:

—¿Cree usted que la religión pueda y deba inmiscuirse en las cuestiones de la política?

—Creo que la religión, cualquiera que sea, y la política, no deben mezclarse; y cuando un creyente y un ateo no pueden trabajar en el mismo partido, es porque éste no está científicamente organizado. Hay fanatismos clericales y anticlericales, y yo me río de ambos, y compadezco a quienes los abrigan, porque son víctimas de lo que hoy es ya una vergüenza. La libertad de conciencia será un mito, mientras la política y la religión anden confundidas.

Ni el agua es más clara que esta declaración, y de todas las respuestas recogidas, hechas sobre preguntas llegadas atropelladamente, puede el lector discreto, perfilar la figura moral y política de mi entrevistado.

Así, me recojo en estas líneas, tal vez abundantes para las dimensiones de un diario; pero, al fin y al cabo, logré lo que me propuse, y es, llevar al ánimo nacional, puntos que puedan determinar las condiciones de nuestros "hombres del día."

SEÑOR DON

JOSÉ AZMITIA

SEÑOR DON JOSE AZMITIA

Se me ocurrió contar ante un grupo de amigos, que pensaba entrevistar a don José Azmitia y, todo fué decirlo, como poner cara de espanto mis asustadizos oyentes. Uno dijo:

—Si te acercas, ten cuidado porque te muerde.

Y otro, más prudente, me aconsejó:

—Lleva una pistola a la mano, por lo que pueda suceder.

Y es que don José tiene la fama de ser el hombre más bravo, más intransijente y más endiablado que vive sobre el haz de la tierra. A esto hay que agregar que yo he entretenido mis ocios de escritor, tirando a su tejado político, algunas chinitas...

En los cien días del unionismo, se le llamó "El rey del Valor." A las once, a las doce de la noche, salía de la *Casa del Partido,* solo, sin más armas que sus puños, y atravesaba la ciudad, con la cabeza erguida y braceando, como si lo hiciera por un parque de Nueva

York. En cierta ocasión un individuo solícito se prestó a acompañarle hasta su casa, por lo avanzado de la hora, y nuestro hombre, airado por la propuesta, exclamó:

—¡No le temo a nada ni a nadie! Me escuda mi conciencia honrada.

Recuerdo que, cuando yo era muchacho, por la calle de mi casa se oía en las altas horas de la noche, el patear acompasado de una bestia. Y las madres decían a los niños, remisos al sueño:

—¿Oyes?... Es el cuco; si no te duermes, entrará por tí.

Era don José el que pasaba, a lomos de un soberbio caballo nevado.

Don José entró al servicio de la "Cervecería Centroamericana;" la empresa caminó durante veinte años, como un Omega. Todos sus engranajes, así animales como inertes, recibieron el soplo del administrador. De pronto, como era uso y costumbre en los días lóbregos de Cabrera, don José cayó de cabeza en una bartolina; le llovieron los martirios; el palo desgarró sus carnes; supo de la incomunicación dolorosa y presenció los actos vandálicos, que eran la comidilla del centro penitenciario.

Al cabo de los once meses de purgatorio, se le abrieron las puertas.

—A mi salida—me cuenta—juré no descansar un minuto hasta lograr la caída del tirano, o encontrar mi muerte.

Y este varón se dió a desacreditar, sin remilgos ni temores, la tarea de Cabrera. Era tal el desparpajo con que se expresaba, que hubo malicioso que calificó de valor entendido lo que decía, y se le clasificó en la categoría de los *orejas* que sueltan cinco, para sacar seis.

A pesar de estas apreciaciones, siguió su labor.

—Verá— usted—me decía.—Después de lo que se hizo conmigo en la Penitenciaría y después de presenciar los horrores cometidos con tantos infelices, no era posible que un corazón honrado viviera en la indiferencia. Apelé a todos los medios para llegar al codiciado término y sería la de nunca acabar, si entrara en los detalles. Vinieron los terremotos y, mientras todos se acongojaban, yo daba gracias a Dios por todos aquellos desastres, que pudieran abrir los ojos de mis paisanos. Ya habíamos sufrido el terremoto moral, el terremoto social, que matara tantas conciencias: ¿qué significaba, entonces, como pérdida, la caída de nuestros templos y de nuestras casas? Derrumbado el edificio de la conciencia ¿para qué que-

ríamos casas y templos? ¿Eh, tengo razón?...

—Sí, señor.

—Bueno; pues al cabo de mucho andar, llegaron los discursos del Obispo. En mi propaganda siempre encontré, entre los elementos pensantes, una conformidad absoluta con la abyección; nadie quería meterse en una empresa, que calificaban de antemano, de fracasada.—"Es inútil hacer algo," era la respuesta más suave que recibía. Todos me hablaban de la incapacidad del pueblo, de su desidia, de su inconciencia y de su temperamento servil. Pero a pesar de estas apreciaciones—precisamente de los elementos más salientes—comprendí que había una enorme injusticia al juzgar al pueblo guatemalteco como esclavo e incapaz, en vista de lo que ocurrió con los discursos del Obispo. Todas las clases sociales se congregaron a oír la palabra del inspirado; cada día, la concurrencia era mayor. Cuando la policía comenzó a apuntar los nombres de los asistentes, hubo muchos que se acercaran a los apuntadores, en ademán de reto, diciendo:—"Me llamo Fulano de Tal; apúnteme." Al presenciar ésto, tomó mayor cuerpo la esperanza en mi corazón y redoblé mis trabajos. Mi propósito me llevaba a buscar los números *unos* en todas las activi-

dades, para que colaboraran conmigo en la tarea libertadora. Hubo persona que se me ofreciera; pero cuando yo juzgaba que no era número uno, la apartaba. Ahora bien; leí lo que dijo Tácito Molina en la entrevista que tuvo con usted y, dicho sea sin ofender, debo advertir que Tácito no se ciñó a la verdad.

Mi entrevistado me hace una larga relación, tan larga, que todo se confunde en mi memoria, ahora que reconstruyo los hechos. Suenan nombres, acontecimientos, incidentes, reproches, anhelos, cobardías, desfallecimientos, expuesto todo con calor oratorio y palpitando sobre todas las frases, el estribillo: *el honor está sobre todo, y la patria merece todos los sacrificios...*

—Cuando usted haga la relación—me dice—omita lo que pueda lastimar a las personas, sin necesidad. No quiero molestar a nadie.

Pero esto sería imposible. Mi deponente, en medio de su ardor reconstructivo, no deja títere con cabeza; y al par que cita los nombres, apunta los defectos de manera implacable. Hay en sus oraciones una preponderancia de su voluntad, un gesto despótico que me hace temblar. Este hombre es, de modo indudable, un intransigente, un intransigente de las causas de honor y patrio-

tismo. Ha hecho su hermenéutica personal sobre esos dos grandes principios, base de la moral política y, autoritariamente, impone su criterio, anatematizando a los que no le siguen con la ceguedad del sacristán...

Al hablar, sus ojos miran con insistencia escrutadora; los grandes bigotes—bigotes que, al correr de los tiempos, se harán legendarios,—se mueven como dos enormes tentáculos; los brazos se agitan con desesperación de aspas y toda su persona adquiere una movilidad nerviosa y alucinante.

Y yo pienso, mientras él perora:—"Este hombre es Don Quijote, vestido a la moderna, carilleno y con lentes. Tiene todo el ardor sectario de la virtud; pero raspando muy poco, se encuentra el hombre extraviado..."

De cuando en cuando suelta, salteados, los principios de su credo; y dice:

—No hay más que dos partidos políticos: el de los buenos y el de los malos. El Partido Unionista es el de los buenos... Primero están los deberes, después están los derechos... Yo no soy un hombre político, yo soy un hombre de doctrina... A los obreros los adula el llamado Partido Liberal, por ver qué saca de ellos; yo jamás los adulo; pero estoy y estaré siempre con ellos, cuando les toque la desgracia...

Habla, habla sin descansar. Parece que se moviera en otro mundo. Yo siento que mis sesos se estrellan unos contra otros, dentro de su cárcel craneana y no atino con el hilo de la conversación. De pronto, meto baza, y le digo:

—Oiga, don José: sobre usted pesan tres responsabilidades, por tres hechos recientes. Quisiera aclarar esas tres responsabilidades. Primera: a usted se le hace responsable de la manifestación del domingo 4 y se cuenta que usted tuvo frases impertinentes, recordando la jornada del 11 de marzo.

—Yo no he organizado esa manifestación —me responde.—Cuando los manifestantes se pusieron en marcha, por celar el orden, me puse a la cola, hasta que llegaron al Ministerio de Gobernación. Después, cuando el incidente de la Casa Presidencial, interpuse mi valer, para evitar lances desagradables y les grité: "Orden, señores; acuérdense que somos los hombres del 11 de marzo, que todo lo supeditábamos al orden. Sigamos siendo los mismos." No sé que responsabilidad me pueda alcanzar.

—Bueno. Segunda; se dice que usted ha estimulado la huelga de los panaderos.

—¡Cómo voy a estimular una huelga, si soy enemigo de las huelgas! Sé muy bien que la huelga no tiene razón de ser en países

como el nuestro. El trabajador que no quiera trabajar que se retire, que para eso hay libertad de trabajo. Las manifestaciones agresivas de comunidades obreras, las rechazo con toda mi alma...

—Muy bien. Tercera: se dice que usted estimuló la publicación de una hoja descaminada y disolvente, en que se pedía el desconocimiento de la candidatura de don Carlos.

—Falso, absolutamente falso. No he tenido nada que ver con ella. Y el hecho que la hayan repartido en la Casa del Partido, pasó sin mi noticia.

Se defiende de las tres imputaciones y aduce argumentos y circunstancias que lo salvan de responsabilidad. Hastiado de las relaciones, quiero entrar en las interioridades de mi entrevistado e interrogo de nuevo:

—Usted, don José ¿es conservador?

Violentamente me responde:

—No.

—¿No es usted conservador?—insisto con asombro.

—No, le he dicho.

—Entonces...¿es usted liberal?

Me mira un momento con fijeza; luego abre los brazos y perora:

—Pero ¿qué otra cosa puede ser un hombre, que ama la libertad como yo la amo?

¡Zambomba! Don José Azmitia, liberal. Me aprieto la cabeza con las manos, como si adentro tuviese algo que se burlara de lo que oigo y pugnara por salir. No puede ser, y vuelvo a la carga:

—Entonces ¿se afilia usted al Partido Liberal?

—Entendámonos. Ya le he dicho que, en Guatemala, no existen más partidos que dos: el de los buenos y el de los malos. Eso de liberales y conservadores en nuestra tierra, no me resulta.

Ahora sí me lo explico. Don José es de los que se salen por la tangente. Veamos si tocando otro punto, venimos a caer por donde deseo:

—¿Cree usted posible la creación del Partido Católico, del que se dice será usted el jefe?

—Eso sería antipatriótico. Tal partido vendría a meter la división y se lograría la segregación del Partido Unionista. Yo de ninguna manera, lo digo terminantemente, aceptaría semejante jefatura. Considero con toda honradez que la Religión no tiene nada que ver con la política. La Religión es algo del hogar, que no debe mezclarse con las pasiones políticas.

El lector puede ir echando pan en su bolso. Ya tiene trabajo para deslindar las creen-

cias y pensamientos de este varón raro, capaz de las grandes proezas y de los grandes extravíos.

—¿Tuvo conocimiento, usted, don José, de la hoja en que se proponía su candidatura, para la presidencia de la República?

—Sí, tuve conocimiento de la publicación de esa hoja; pero yo no intervine para nada y dejé obrar a mis amigos.

—Y usted ¿querría ser Presidente de la República?

¡Aquí te quiero ver escopeta! dije para mis adentros. La pregunta se la solté a boca de jarro y no había más que responder a ella. Me vió, y al cabo de un breve reconcentramiento, como buscando una salida airosa, me dijo:

—Yo creo que, para ser Presidente, se necesita ser la quinta esencia del patriotismo o un perfecto imbécil. Hasta ahora no se me ha ocurrido que pudiera ser Presidente; pero si llegara el caso...aceptaría.

¡Ecce homo! Aquí venimos a parar. La presidencia es, en los actuales momentos, el racimo de las uvas verdes que cuenta la fábula y que todos quisiéramos comérnoslo...

Le hablo por fin de la personalidad de don Carlos Herrera:

—¿Qué le parece a usted don Carlos para Presidente?

—Le encuentro un inconveniente. Que su política es vacilante y no se define por el Partido Unionista.

—Pero ¿no ve usted, don José, que ese es el mérito saliente, en los momentos presentes? El no ser de ninguno de los partidos, garantiza su espíritu conciliador y nos deja pasar este período de preparación para que, en la próxima lucha electoral, los partidos estén determinados y así se libre la campaña con amplitud y conocimiento de causa...

Don José se arrebata y clama:

—¡Don Carlos es mi pariente, pero yo proclamo los defectos en donde los encuentro! ¡Don Carlos debiera ser unionista; haber firmado con los unionistas; haber aceptado el programa unionista y haberse comprometido a gobernar con nuestro programa, que es el programa del partido de los buenos! ¡Todo el que esté contra el Partido Unionista está contra la patria; el Partido Unionista está sobre todas las cosas!

Crece la exaltación y don José se me presenta con su sectarismo intransigente. Tiene metido en la cabeza, a macha martillo, la grandeza de su partido, y no cede, así lo empalen. Yo admiro con todo mi corazón este entusiasmo; pero, a la vez, me horroriza pensar que un hombre de esta contextura psíquica pudiese algún día llegar a jefe que,

entonces, con su nobleza de alma, con su honradez indiscutible, con su afán tesonero por el trabajo, con todas las grandes virtudes que le dominan, haría sembrar el espanto y, los que estuvieran bajo su mando, se convertirían en borregos, en esclavos infelices....

Le he oído por espacio de dos horas y casi solo él ha hablado. Y me ha atendido con cariño, como si todas las puyas que le he soltado en días recientes, no le importaran, o las hubiese olvidado. Así, saco mi conclusión y hago el análisis de esta figura política:

Es un gran patriota, a su manera. Un hombre honrado, en la acepción del honor. Un trabajador enérgico, constante y tenaz. Un valiente, con alardes de su propio valor. Un intransigente de sus convicciones. En una palabra: el Don Quijote del Unionismo.

SEÑOR DON

ADRIAN RECINOS

SEÑOR DON ADRIAN RECINOS

Usted, lector, ya debe estar de política, hasta la coronilla. Todo el mundo ha sido arrollado por la ola y así, las cocineras y las damas empingorotadas, los núbiles estudiantes del Instituto y los vejetes machuchos y reservados, el comerciante y el agricultor, cuantos componentes se agitan en nuestra sociedad, hablan de política, con un ardor, que no parece sino que en ella estuviese la salvación de sus almas.

Y yo que, por mal de mis pecados, me he metido de firme por los senderos del periodismo, tengo que mangonear en los rechazos de la cosa pública que, al fin y al cabo, la política y el periódico, son como dos primos carnales.

Felizmente puede asegurarse que, dentro de mes y medio, las cosas cambiarán de rumbo; que el juguete que entretiene ahora nuestros ocios le dejaremos de lado y, curados de la politiquería aguda, vayamos a nuestros trabajos, ahitos de partidos, de candidatos y de liders. Y, entre tanto, man-

tengamos el entretenimiento con pachorra y regocijo, y saquemos todo el producto bueno que dé de sí. Es posible que, en medio de este brincar y correr, logremos echar las bases de una segura democracia y afirmemos la educación cívica de nuestro pueblo, capaz de ejercer en los sucesos del futuro, una influencia de mejoramiento y renovación.

Porque indudablemente estamos en una época de preparación, y los esfuerzos deben converger a fabricar los cimientos de un edificio que se perfila en lo porvenir. Por el momento, la desconfianza es recurso puesto a la disposición de comentaristas y desocupados. Se hace recelar a los unos de los otros. En la actitud de conciliación adoptada por los dos grandes partidos militantes, se insinúa la falta de franqueza y aún, entre las mismas unidades de ambos conglomerados, hay quienes dudan de sus propios correligionarios, en el manejo de sus tendencias.

Tal desconfianza debe ser combatida. Que sea la lealtad una de las características de la obra política. A nuestros conciudadanos debe entrarles de recio que, la traición y el maquiavelismo lugareño, son plantas venenosas. Hay quien cubre con capa de astucia y listura, lo que lisa y llanamente se llama deslealtad. Pero también deben rechazarse

de golpe las bolas que tienden a un desprestigio inmotivado y, en este bregar de pasiones, bien vendría una gimnasia de serenidad.

Y vea, usted, lector, los casos concretos. Se dijo en días recientes que la comisión que fuera por las comarcas occidentales, salida del Partido Unionista, caminaba por veredas y atajos, y que su propaganda, en vez de dirigirse al afianzamiento de la candidatura del señor Herrera, se torcía en favor de uno de los miembros de la misma comisión. ¡Mentira! Para desbaratar esos comentarios, se ratificaron los propósitos publicados con antelación y se hicieron declaraciones terminantes. La confianza entró de nuevo y los unionistas pueden tener la certidumbre de que no hay en el presente quien les moteje por falta de sinceridad.

Ahora la pedrada cayó en cabeza de demócratas. El hecho de ser liberales los del Partido Democrático y de ser liberales los del Partido Republicano, hizo cundir la desconfianza entre los ciudadanos observadores y unionistas. Había ciertos secreteos, que daba en las narices olores de traición. Para mayor abundamiento, dos liders del Partido Democrático, los licenciados Ponciano y Recinos, emprendieron la jornada a Quezaltenango, para entrevistarse con el señor General Fuentes, y el comentario callejero,

subió a un fa sostenido la gama de su resquemor. Si allí no había engaño, que bajara Cristo y lo dijera...

En cuanto me enteré de la vuelta de los liders nombrados, me aboqué con el señor licenciado Recinos e hice girar la entrevista alredor del asunto comentado. Y le solté el escopetazo, sin más ni menos:

—Se dice por esos corros que ustedes han ido a Quezaltenango a entendérselas con el señor Fuentes, no obstante que han proclamado y que han defendido la candidatura de don Carlos Herrera; ¿son ciertos tales cabildeos?

—Lo del viaje, sí; lo de los cabildeos maliciosos, no. El lunes último salimos para Quezaltenango el señor licenciado Ponciano y yo; pero en una misión muy diversa de la que se nos atribuye. Deseábamos recoger impresiones de un trabajo altamente patriótico y grato, prosiguiendo la tarea de paz y concordia que, desde un principio, emprendió nuestro partido.

—Pero ustedes ¿visitaron al General Fuentes?

—Sí, como que era el objetivo de nuestro viaje. Contando con la aquiescencia de don José León Castillo y de don Carlos Herrera fuimos a proponer al General don Francisco Fuentes algo que nos parece que se impone

en las actuales circunstancias y que, al lograrse, será el digno complemento de la marcha que hasta ahora han seguido los asuntos públicos. La lucha electoral se aproxima; el pueblo de Guatemala se encuentra ante tres candidaturas, sostenidas por grupos importantes y convencidos; es necesario, a todo trance, que el problema se resuelva sin derramamiento de sangre y que, el candidato que triunfe legalmente en los comicios, cuente con que los demás acepten y acaten la voluntad de la mayoría. En ese sentido hablamos en la capital con los señores Herrera y Castillo y, como el General Fuentes tiene su residencia en Quezaltenango, fuimos a hacerle idéntica proposición.

Yo creo que esta actitud es noble y si sus resultados se mantienen, habremos llegado a una obra de perfecto civismo. La gente asustadiza teme la revuelta y los encontronazos. Si los candidatos y jefes de partido llevan una norma de prudencia y discreción, Guatemala irá afianzando el alto concepto que, en pocos días, se ha formado ante los demás países.

—Diga, don Adrián ¿en qué disposición encontraron al General Fuentes?

—El candidato del Partido Republicano de Occidente, está animado de los mismos

patrióticos anhelos. Nos manifestó que ha aceptado su candidatura, sobre la base del orden y de la legalidad, y que su ardiente deseo es que el problema electoral se resuelva pacíficamente y que el país entre de lleno en una era de tranquilidad y de reconstrucción y que, en consecuencia, está completamente de acuerdo en la proposición y que aceptará y acatará lo que resuelva la voluntad nacional, legalmente manifestada.

Así, sí. Bien venga la lucha; pero la lucha racional y encajada en las prácticas de la democracia pura. Vamos al combate de las doctrinas, sin las violencias pasionales y sin el desbordarse de ambiciones y de odios, cuyos alcances perjudican un radio inmenso.

—¿Qué opinión se formó usted del General Fuentes?

—Me parece un hombre de relevantes cualidades cívicas. Es hoy, por hoy, una de las figuras salientes del Partido Liberal. Su honorabilidad, universalmente reconocida, su falta de ambiciones y su bondad de carácter, le hacen acreedor a la consideración y al aprecio de cuantos le han tratado. Me consta que, en el departamento de Huehuetenango, se conserva su nombre unido a importantes obras de progreso, emprendidas por su iniciativa cuando fué Jefe Político de aquella región, durante el gobierno del

General Barillas. Aunque ocupa alta jerarquía en el Ejército, lo encuentro más hombre civil que militar, por su propio temperamento, hecho para las tranquilas labores de la paz.

Don Adrián hace el elogio con palabra reposada, como si lo que fuese soltando, saliera de sus labios, después de una larga observación. Acepto sus frases; pero me asalta el recuerdo de algo que oí, en alguien que padece de supersticiones políticas y hacía observar que el señor General Fuentes reunía en sí los tres inconvenientes más graves para llegar a la presidencia, por las duras experiencias adquiridas: ser hombre de espada, capaz del caudillaje; ser hombre de códigos, capaz de creer que lo sabe todo; ser amigo de don Manuel, capaz de tomarle por modelo. Pero estas tres apreciaciones me las espanto, como si fuesen moscas impertinentes, y continúo con mi entrevista.

—¿Cómo encontró usted la opinión en Occidente?

—No puedo hablar de Occidente en general, ni siquiera de Quezaltenango, por haber estado apenas un día en aquella metrópoli. Me consta, sin embargo, que los pueblos de Occidente, como los de la gran mayoría de los de la República, profesan los principios liberales, y no verían con agrado que se estable-

ciera en Guatemala, un gobierno conservador. De varias personas importantes pude oír que hay cierta desconfianza en aquellos lugares, porque se cree que el señor Herrera no puede sustraerse a la influencia del partido conservador. La celebración del 30 de junio fué la piedra de toque allá, como en todo el país; el presidente Herrera intervino todavía a tiempo para impedir la protesta del pueblo y pude enterarme de que, particularmente en Quezaltenango, produjo malestar la abstención del gobierno en la celebración del aniversario de una revolución libertadora.

—Bueno, señor; voy a soltarle la preguntita de cajón: ¿usted cree que tenemos todavía los partidos liberal y conservador?

—Desde luego, aunque evolucionados. Los conservadores de los *30 años,* los encuentra usted en la calle, aunque encaramados en un automóvil: ahí está su evolución. Los liberales subsisten, descamisados o no, pero persiguiendo el triunfo de sus altos principios que caminan con el siglo.

—¿Considera usted viable un gobierno conservador?

—De ningún modo. A mi juicio, los que manden en Guatemala, deberán tener presente que la inmensa mayoría de los guatemaltecos han sido educados en principios

democráticos y en escuelas laicas, y que comprenden que el progreso y bienestar del país y sus habitantes, depende de que, se mantenga un régimen de igualdad y de libertad en el pensamiento y en la acción. En los departamentos suele verse con más claridad que en la propia capital, en lo que respecta a los negocios públicos. Se equivocaría grandemente el que creyera que la opinión predominante en la capital, refleja la opinión total del país. En Oriente y en los Altos se piensa también y, tal vez, con mayor independencia, y la opinión general es adversa a la restauración de un gobierno aristocrático y con vinculaciones con el clero.

Esto que los curas vuelvan a meter los hocicos en la cuestión política, de manera eficaz y decisiva, me parece a mí tan fácil, como que resucite mi abuela. Ellos hacen sus intentos de intromisiones, y más de una solterona, beata y camandulera, sale por los cuatro vientos, en forma de Eco, a propagar lo que dijera el señor cura. Pero ya no cuela en la efectividad. "El Unionista" en su edición de ayer, arremete determinadamente contra ciertos clérigos y considero que no habría periódico honrado, que no protestara contra un avance clerical. Lo del obispo Piñol, juzgado de diversas maneras

y de diversas formas, resulta harina de otro costal.

—¿Qué opinión le merece, en lo particular, en su manera de ver personalmente de usted, el señor don Carlos Herrera?

Don Adrián se reconcentra, repite la pregunta y responde con acento de cabal honradez:

—¿Mi opinión sobre don Carlos Herrera? Tengo hoy de nuestro candidato, la misma opinión que tenía del hombre privado. Me parece un excelente administrador, un temperamento muy a propósito para iniciar la obra de reorganización económica del país. Hombre honrado, trabajador, culto y familiarizado con los negocios y con el engranaje de la vida moderna. Conoce por experiencia de muchos años de trabajo, las condiciones de nuestra agricultura, y sabe lo que necesita nuestro agricultor y cuáles son los males que más le perjudican. Entiendo que su posición holgada y su falta de ambiciones ha contribuído mucho a hacerlo popular, especialmente entre el elemento agricultor y comerciante. La difícil posición en que se halla colocado, entre los dos partidos históricos, haría vacilar al más experto en cuestiones políticas. Pero yo creo que, si al inaugurar su gobierno y salir de los tanteos de este período de transición, se apoya en

el pueblo y da participación en el movimiento administrativo a todos los ciudadanos, según sus aptitudes y honradez, sin exclusivismos de ningún género, manteniendo, además, la libertad en todas las manifestaciones de la vida colectiva, logrará sostener la paz y desarrollar a su sombra un programa de efectivo progreso y de reparación nacional.

¡Dios lo haga así! Tal es el cuadro que presumimos los que conocemos de cerca la condición moral y mental del señor Herrera. Indudablemente la opinión se ha dividido en estos instantes por razones de carácter transitorio. No hay duda que al redor de estas elecciones, revuelan muchas ambiciones que han encontrado el instante propicio para su expansión. Luego, la desconfianza de que hablaba en los comienzos, ha hecho cundir las disolvencias y obligar a muchos a tirar de su lado. Yo le preguntaba al señor Recinos:

—¿Qué opinión le merece el señor don José León Castillo?

—Ninguna; no le conozco. Quiero decir, le he visto por la calle, me han dicho aquél es Castillo y nada más.

Y ya tiene usted, lector, un líder de partido, que no conoce al colega del otro partido, aquí entre nosotros, donde vivimos cuatro

gatos, y todos nos conocemos, los unos a los otros.

De todas maneras, si el trabajo que realizaron los señores Ponciano y Recinos en su viaje a Quezaltenango, llega a un término de verdad, habrá que felicitarlos. Que no es cosa de andar con cabezas rotas y costillas de menos, después de los consabidos veintidós años de tiranía, y en los momentos en que se puede consolidar la cultura, que el pueblo guatemalteco ha puesto de manifiesto.

SEÑOR DON

MANUEL VALLADARES

SEÑOR DON MANUEL VALLADARES

Manuel Valladares se ha conquistado un alto prestigio, en fuerza de una labor literaria abundosa y selecta. *El Doctor Fences Redisch* es un nombre que ha corrido por los periódicos como garantía de escritos brillantes y es uno de los pocos escritores que pueden imponer su jactancia en la puridad de su obra que no tiene máculas de léxico, ni desviaciones morales. Allá se vaya él con sus ideas en materia de religión, a donde yo no lo seguiría; pero es digno de consignarse que, a pesar de haber desarrollado el grueso de su tarea de publicista durante el lapso calamitoso de Cabrera, no se encuentra en sus producciones una sola frase que huela a servilismo, o tenga tintes de adulación.

Y sobre su calidad de polígrafo castizo, tiene el mérito saliente de ser hombre de estudio en achaques de historia centroamericana y así, ha sacudido el polvo de viejos infolios y se ha metido, bibliotecas adentro, en un husmeo de reconstrucciones históricas.

Ultimamente le vino en suerte ser unidad en la falange del unionismo que preparó la caída del sátrapa; y en los días vacilantes de la segunda semana de abril, formó parte de la terna—los licenciados García Salas y Zelaya son los otros dos componentes—que llevó la gestión parlamentaria y diplomática y que podría traducirse por la cruz y calavera del infamante régimen caído.

Y a este líder me he dirigido para enterarme de las apreciaciones que el Partido Unionista tiene en el presente sobre la reconstrucción del viejo solar. A su casa he llegado, preguntas en ristre, a saber de cosillas que pueda trasmitir a los lectores del "Diario" y haya una orientación sobre el concepto actual del problema magno.

—Vamos a hablar de la reconstrucción de la patria—le digo.

Y el avisado doctor, se sonríe irónicamente, mientras me responde:

—A mal palo se arrima; usted viene a hablarme de la reconstrucción de la patria, cuando no he podido ni reconstruir mi casa...

Manuel Valladares tiene el prurito de fabricar retruécanos y de retorcer las frases. Siempre lleva en la punta de la lengua el dicho ingenioso y salado. De este modo se ha labrado una reputación de gran conver-

sador y sus oraciones tienen el privilegio de ser flexibles, con sus puntos de ironía.

Yo sé que a él se le ha hecho filiación de conservador. Así se lo digo a la pata la llana, en tanto que me responde:

—¿Conservador?... No, señor; oscurantista, oscurantista de los más impenitentes.

Insinúa su sonrisa nerviosa y agrega:

—Soy tan oscurantista que mi madre se llamó Luz y mi hija mayor también se llama Luz; ya ve usted mi oscuridad, en medio de dos luces...

Pongo el gesto agrio, casi doctoral, para entrar de lleno en mi oficio—¡maldito oficio! —y desencadeno la primera pregunta de mi entrevista:

—Diga, doctor ¿cuáles fueron las tendencias capitales al formarse el Partido Unionista?

—Las que expresa—me responde— el acta de organización de 25 de diciembre de 1919. Es decir, procurar vida de Libertad y de Derecho en Guatemala y trabajar por la unión de las Repúblicas de Centro América.

Y ampliando el concepto de doctrina con la relación de hecho, el doctor me refiere la génesis del Partido. Me cuenta lo mismo que me contara Tácito Molina; me confiesa lealmente sus desmayos ante la imposibilidad de realizar algo depurador, en un me-

dio maleado por la pestilencia tiránica y tiene elogios vehementes para Manuel Cobos.

—Desde que vino Cobos de Europa—me refiere—no descansó un solo momento de buscar los medios para derribar a Cabrera. En todos nosotros encontró, en un principio, marcado despego; pero este hombre que tiene en el alma el más alto concepto de la patria, no perdió un solo instante la fe.

Me refiero en seguida a las desmembraciones que ha sufrido el Partido, después de la caída del tirano y le hago observar:

—Pasada la lucha del momento, por razones de candidaturas presidenciales ¿considera usted, doctor, que podría volver el Partido Unionista a ser el Partido nacional, con las proporciones que tuvo en los tres primeros meses del presente año?

—La alteza—contesta—de las aspiraciones del Partido, aseguran su vida, pues los intereses momentáneos acerca de candidaturas, tienen secundaria importancia ante las primordiales de las libertades y garantías interiores y de la unidad nacional. Y aún conseguidos todos esos anhelos, habrá que velar por conservarlos incólumes y por asegurar el progreso de la patria reconstruída. No habrá, naturalmente, el mismo entusiasmo e igual vigor que en los cien días primeros de este año, pues en la lucha pa-

sada todos anhelaban el triunfo inmediato, derrocando el gobierno tiránico de Cabrera, como un instinto colectivo; en tanto que, en la labor centroamericanista, se marcha con más lentitud hacia una esperanza, acariciada de antaño, como un deseo reflexivo. Daño que urgía extirpar, era el cacicazgo anterior; provecho que conviene alcanzar, es la Unión; y para los pueblos, como para los hombres, es más fácil sacudirse un mal que les tortura de continuo, que hacer esfuerzos para alcanzar un bien que columbran a distancia. Nuestro pueblo, latino y tropical, tiene más bríos para una acción heroica y rápida, que paciencia para una conducta de perseverancia, propia de los flemáticos sajones del Norte. Con todo, el Partido Unionista, que supo disciplinar al pueblo para la lucha de sus libertades, sabrá dirigirlo a la meta de sus aspiraciones y mantener vivo en él y eficaz, el sentimiento de la Unión; y en ese sentido, y por tener que operar en más vasto campo, será sin duda un partido nacional de proporciones políticas tan grandes, como las alcanzadas en los tres primeros meses de este año. Esa es la marcha natural y lógica del Partido Unionista; y será tarea antipatriótica y de grave responsabilidad histórica, estorbar movimiento tan hermoso, disgregar el partido, sembrar en su seno

odios y desconfianzas, y anteponer intereses personales o de antiguas banderías a los más grandes de la Nación.

Estas frases que yo recojo con atención y delicadeza, marcan un criterio razonador y ecuánime. Tal vez lo que en el presente se moteje de disolvencia, no sea sino una enseñanza para la destrucción de las intransigencias y de las egolatrías sistemáticas. Yo creo lealmente que las segregaciones del Partido Unionista, han tenido origen capital en la imposición de ciertos elementos teocráticos y absorbentes. Se trató, a la caída del déspota, del arreglo de intereses parciales, y así se sobrevino la división del famoso conglomerado. Pero las duras pruebas pasadas, darán el alerta en la consecución de los futuros destinos nacionales y vendrá de nuevo la cohesión, en un alcance evolutivo, para llegar a conseguir un beneficio, general a todas las familias centroamericanas.

—¿Cree usted, doctor, que sean muy profundas las divisiones históricas entre los pueblos centroamericanos, para llegar a un entendido?

Rotundo, responde:

—Sangrientas las contiendas armadas anteriores, dolorosas las intrigas de continuo empleadas y acres las mutuas recriminacio-

nes de los gobiernos centroamericanos, no han podido aproximarse los pueblos como lo exigen sus antecedentes históricos, su homogeneidad, posición geográfica y conveniencia común; pero tales divisiones no son tan profundas como para impedir un entendido inmediato y cordial. Mayores y más hondas divisiones había en Italia y, sin embargo, la unión se realizó; infranqueables parecían las barreras entre la infinidad de soberanías del Vístula al Rhin y, con todo, surgió el Imperio germánico; mayor diversidad hay entre cantón y cantón en Suiza que entre las republiquitas del Istmo, y no se concibe la disgregación de ellas; más hondas diferencias étnicas e históricas se notan en las regiones de la Madre-Patria y, a pesar de ello, cuatro siglos corridos responden de la obra de los Reyes Católicos.

Mi entrevistado manifiesta firmeza en lo que dice. Hay un trasunto de esperanza realizable fácilmente en el tono de su voz. Y, como si quisiera apuntalar lo dicho, continúa:

—Así como en ocasión memorable todos los Estados se reunieron para redimir a una hermana y librarse del peligro común, hoy, ante los riesgos que se ciernen sobre los países débiles o desacreditados, el sentimiento instintivo de las naciones centroamerica-

nas, tiende a la unificación, como apremiante necesidad de vida. El obstáculo mayor ha desaparecido. Ya no existe el huraño egoísmo de Cabrera, bien avenido en su apartado cacicazgo, aislado de propósito del movimiento universal y refractario a toda alta idea que contrariara su localismo menguado; y la actitud digna y viril del pueblo de Guatemala, que despertó honda admiración en los otros Estados, les ha atraído hacia sí con avasalladora simpatía. El momento es precioso; las antiguas querellas se olvidan, como las rencillas entre hermanos se borran al tocar el resorte de los afectos de familia; y en esta época, en que al universal trastorno sucede un período de reconstrucciones étnicas, no parece sino que sonara el momento histórico de la Unión de Centro América.

Es cierto. El Siglo XX señala los definitivos derroteros de mejoramiento. El doctor que matiza sus peroraciones con citas atinadas y ejemplos pertinentes, hace referencia especial a Costa Rica, que siempre se mantuvo en distanciamiento con el resto parcelario de Centro América. Recuerda mi interrogado el hecho que los ticos decían a menudo: "¿Qué noticias hay de Centro América?" como si ellos se juzgaran en un continente diverso. A pesar de este alarde

separatista, su actitud ha cambiado de cuajo en los últimos tiempos y hoy se manifiestan interesados en el porvenir de las cinco repúblicas, con anhelos de propias vinculaciones.

Queriendo hacer un poco de historia, insinúo esta pregunta:

—¿A quién achacaría usted el rompimiento del pacto federal?

—Para la cabal explicación de este punto, habría que hacer largas consideraciones históricas, que no cuadran al carácter que se da a las entrevistas en el periodismo de nuestros días. Además, haría pesada la contestación y aún alguien la tildaría de pedantesca o difusa en demasía; pero baste insinuar que, nacida la América Central única en su territorio y sujetas las provincias al centro de la Capitanía General de Guatemala, como reino dependiente de la corona de España, fué un error trasplantar a suelo no preparado, el federalismo de los Estados del Norte. Se invirtió la divisa *E Pluribus Unum* y, de un todo, se erigieron sin necesidad estados diferentes. En aquel ambiente social de las provincias, la constitución federal en su esencia y en su forma, fué el origen de la disolución. La intransigencia de los partidos militantes, los odios de los políticos de los dos bandos y la am-

bición de los caudillos, ahondaron la división en términos de llegar al rompimiento inevitable. Liberales y conservadores, todos tienen su parte de culpa y, no es menor por cierto, la del bando que más ha increpado a su contrario, como tampoco fué Guatemala quien iniciara el movimiento separatista, ni quien se opusiera a todo intento de reorganización.

Las palabras de Manuel Valladares, me hacen recordar un discurso del doctor Montúfar, pronunciado en la Asamblea Constituyente, al ser discutida la nacionalidad de los centroamericanos. También el egregio tribuno enrostró a los liberales de la Constituyente del año 23 la responsabilidad de haber contribuído al quebrantamiento del pacto federal, sin que les asistiera más excusa que el halagar los exclusivismos lugareños y los intereses de comarca. Aquellos próceres no tuvieron la penetración de adivinar el desastre próximo y la segregación nacional se vino como un alud en la primera oportunidad que se presentó.

—¿Qué medios factibles y racionales considera, usted, doctor, que habría, para llegar pronto a la Unión de Centro América?

—Creo que uno de los medios más eficaces y primeros para llegar a la Unión, sería la unificación de los intereses internacionales, en

un sentido hábilmente desenvuelto; lo mismo que las conferencias de los pueblos, por medio de las delegaciones de los partidos unionistas, de las agrupaciones obreras, de los gremios estudiantiles y de las cámaras de comercio; de propaganda por el libro y por la tribuna de los oradores y, más que todo, por el periodismo inspirado en el verdadero amor patrio; las labores de unificación de las leyes, pactos de libre cambio y reciprocidad; comunicaciones fáciles en todos sentidos y política franca y sincera. Hay una corriente de aproximación de los pueblos; y éstos deben laborar, por medio de sus políticos y sociedades, sin que los gobiernos, como antes, y como hasta hace poco lo pretendía el autócrata guatemalteco, tengan la exclusiva en tales trabajos; sino que, nacidos de la opinión y respetuosos a la voluntad de los pueblos, para cuyo bien se instituyen, sean fieles intérpretes de la voluntad nacional.

La conversación ha rodado sobre el mismo tema, en un tiempo prolongado. Sesgo la entrevista hacia tópicos del momento, meramente guatemaltecos, y le pregunto:

—¿Considera usted a don Carlos Herrera capaz de desarrollar el programa unionista, en lo que se refiere a la unión de Centro América?

—El Partido Unionista, al proclamar la candidatura de don Carlos Herrera para Presidente, en el período constitucional, como antes le había propuesto como Presidente en esta transición, lo conceptúo capaz de desarrollar el programa unionista; y el candidato en su manifiesto promete cuanto puede esperarse de un patriota. Los antecedentes del señor Herrera, de probidad y hombría de bien, así como su conducta en los puestos públicos que antes desempeñara con tanto acierto como poco alarde, prenda son que aseguran que en el poder sabrá cumplir con su palabra y tendrá el tino de rodearse de dignos colaboradores.

—¿Cómo ve usted la situación política actual?

—La política actual reviste caracteres de la mayor importancia, no solo por lo que a la vida doméstica se refiere, sino por lo que trasciende a las relaciones con los estados de la América Central y por lo que nos tocara en los problemas internacionales que habrán de plantearse cuando se reorganice la vida en Europa y pase la contienda electoral en los Estados Unidos.

—Y la campaña electoral nuestra ¿cómo la califica usted?

—El negocio que más nos preocupa en la política interior, es el de la campaña de elec-

ciones para Presidente de la República; y es de esperarse que los candidatos guíen discretamente los trabajos políticos a su favor y que los electores usen de sus derechos, con toda la corrección de un pueblo culto, que si llevó a término feliz una revolución admirable, sabrá después colocarse a la altura de su dignidad. La mejor prueba que pueden dar los candidatos de las minorías, será la de conformarse con lo que la mayoría del país resuelva, acatando en esa forma con verdadera virtud republicana la voluntad de la Nación y evitando todo trastorno que el despecho pudiera acarrear a Guatemala. Si el ejercicio del voto diese ocasión a revueltas, perderíamos el crédito que, ante la civilización conquistamos y pondríamos en peligro las libertades públicas que supimos reivindicar.

—¿Adivina usted peligros en la actual contienda?

—La época es crítica y el gobierno actual es de transición y de reparación; y las obligaciones cívicas de los guatemaltecos nos ponen, por ende, en el caso de dar de lado a las pasiones políticas, porque el odio es infecundo y destructor, y de obrar con serenidad y desinterés por el bien de la Patria, así lo pide.

Para dar remate a mis preguntas, termino:

—¿Qué programa político será factible y provechoso en estos momentos?

—La política mejor para conjurar los males que pudieran sobrevenir, será la propuesta por el Partido Unionista: amplias libertades públicas, en términos de que, cualquier desmán sea reprimido moralmente por la opinión, antes que por la ley penal; administración de probidad y de progreso; sinceridad en todo y anhelo de trabajar con fe y perseverancia en el lugar en que los acontecimientos y las aptitudes personales coloquen a cada uno; es decir, que el verdadero patriota cumpla con sus deberes y dé ejemplo y haga con él, buenos ciudadanos a los demás.

Amén. Este es un programa que, de llevarse a término, levantaríamos el nombre de Guatemala, a situaciones no soñadas. Dejo en paz a mi entrevistado, con quien he pasado largos minutos en una conversación sabrosa y edificante. Y mientras pasamos por los corredores de la destruída casa que el buen deseo de su dueño no ha bastado para reedificarla del todo, hago ver una enorme zanja que separa la casa de Valladares con el solar vecino.

—Vea, usted, lo que son los símbolos—me dice el doctor.—Esa casa vecina es de mi

amigo y compañero don H. Abraham. Juntos estuvimos en el club de profesionales y después nos separamos, o, mejor dicho, se separó él para entrar con los *demócratas*. Y como si la separación la quisiese materializar, ha abierto esa zanja, que aprisionará los cimientos de una pared que nunca se yergue. Y lo más duro para mí, es que cada día veo más honda la zanja separadora...

SEÑOR DON

ISAAC ARCHILA

SEÑOR DON ISAAC ARCHILA

No hubo líder entrevistable; fracasé ante los *republicanos*. Así como suena. Después de andar por los terrenos de los unionistas y de los demócratas, en donde los liders crecen frondosos y dan sus frutos, sin necesidad de varearlos, me vino la tentación de meterme en predios de los *republicanos,* y mejor me metiera en un zarzal. Y usted, lector paciente, que ha tenido la originalidad de tragarse mis anteriores entrevistas, vendrá a caer en la cuenta de lo que digo, cuando le refiera lo que adelante verá, escrito en frase desmañada, pero verídica.

El jefe nato de los *republicanos* es don Isaac Archila, como presidente de la Junta Directiva. A este señor Archila, siempre le he tenido por un hombre honrado y trabajador; tan honrado que, a pesar de los largos años que le conozco detrás de los mostradores, no ha pasado de hortera; y tan trabajador que, desde mis más tiernos años —y conste que esos años ya están bien sazones—le he visto despachando azadones y

piochas, con una constancia y una solicitud, merecedoras de toda loa.

Tengo por él un alto aprecio, aunque no me lo agradezca: de su casa a su trabajo y de su trabajo a su casa, ha desenvuelto su vida, silenciosa y apartada. De súbito le encuentro metido hasta el cuello en el torrente castillista, jefe de la junta directiva del partido central de los *republicanos,* y proclamado de hecho, y de la noche a la mañana, líder de un partido que postula como candidato a la presidencia de la República, al bizarro y aguerrido general don José León Castillo, honra y prez de Tocoy.

¡Aquí, que no peco!—me dije y, en la primera ocasión, que fué una mañanita de estas soleadas y alegres, me colé en la tienda en donde el señor Archila desenvuelve sus actividades entre el tratar de clientes y el arramblar de fierros. Después del saludo matinal y obligado, le enfilé mi súplica:

—Quisiera, don Isaac, que me señalara un día, una hora y un lugar, para que celebremos una entrevista.

¡Dios de mis abuelos! Mejor le soltara una andanada, que aquella petición dulzona, pronunciada con la voz más argentina que tengo en mis registros vocales. A mi hombre le temblaron los labios lívidos; le centellearon los ojos, con chispas de iracundia y,

blandiendo un manojo de aldabas, prorrumpió con acento temblón:

—Yo no me entrevisto con nadie y menos con usted. Después de lo que hizo el "Diario" con don José León, de sacarle hasta lo de la nariz colorada, yo no me dejo entrevistar: no estoy para servir de hazmereir de las gentes. Vaya usted y busque a sus papos...

Me quedé como quien vé visiones. Jamás, en mi largo decurso de andarían periodista, me topara con un hombre más encolerizado, por una cuestión tan nimia. Pero como los reporteros tenemos, contra nuestros innumerables vicios, la virtud de la perseverancia, volví a la carga, aprontando todos los argumentos que pude asir por los cabellos.

—Cálmese, don Isaac; no lo tome por la tremenda. Es un asunto inocente. Usted se ha convertido en hombre público, y usted tiene, por consecuencia natural, que rendir cuenta de sus actos a todos sus conciudadanos. Si usted se concretara a vender clavos y serruchos, líbreme Dios de meterme con usted. Pero usted ya mangonea, por fas o por nefas, y usted ha adquirido compromisos con el público...

—¡No tengo compromisos con nadie!—me interrumpió, blandiendo de nuevo el manojo de aldabas, que ya lo sentía estrellado en mi

cabeza.—No he contraído compromisos más que...

—Como no, don Isaac—argumenté melífluamente.—Usted está en la obligación de decirme lo que piensa y lo que siente en materia política, para referirlo yo a mi vez, a los lectores del "Diario." Usted es director de un partido político; usted trabaja porque llegue al más alto puesto de la República un ciudadano, cuyas capacidades son muy discutidas y, si ustedes triunfan, los destinos de la patria, la suerte mía, la de mis familiares y la de mis amigos, quedará en sus manos... Tengo derecho a pedir de usted algunas confesiones, a que me externe sus ideas—si es que las tiene—y a que me diga sus propósitos.

¡Malhaya! El hombre no entraba en prudencia. A cada segunda frase mía, me escupía sus razonamientos con violencia arrolladora, levantando los brazos, como si fuera a soltar las aldabas contra mi fresca persona. Yo invocaba los manes de Job y sacaba recursos de donde los encontraba. En fuerza de mi terquedad fuí ganando algunos palmos y, al fin, el cielo me iluminó tocar la tecla de la presunción.

—Oigame, don Isaac: ustedes triunfarán. Don José León—¡Ave María Purísima, con el talento de don José León!—va a vencer

en las luchas eleccionarias. Usted será su Ministro de Hacienda y es bueno ir preparando el terreno. No tema que yo explote el ridículo a costa suya; lo estimo lo suficiente para cometer tal desacato. Ya oirá usted lo que le pregunte y no hallará malicia de ninguna especie. ¿Hace?...

Mi entrevistado se fué aplacando, visiblemente: yo seguí por el mismo tenor. Al cabo de mucho ir y venir, el líder me dijo:

—Bueno; voy a convocar a la junta directiva y que ella resuelva si se debe verificar la entrevista.

Tras aquella promesa, salí de la ferretería, como muchacho con traje nuevo. Algo me dolía el corazón al considerar la calidad de nuestros *políticos,* de todo un presidente de un club central, recurriendo a juntas directivas para resolver si le era dable hablar o no con un periodista, con un periodista que, dicho sea de paso, es más manso que un buey...

Pero algo había avanzado en el terreno. Está por demás, lector, que le indique como pasé las horas que siguieron adelante; las contaba con la misma fruición con que, en mis verdes años, conté el lapso que interpuso la novia, para darme el *sí.*

A la siguiente mañana—mañanita aromada y luminosa—volví con el ánimo pre-

ñado de un inocente optimismo. —"Con seguridad que ahora consiente"—me dije y abordé resuelto.

Mejor le pusiera un sinapismo. Su irascibilidad había subido de color y sus negativas iban acompañadas de frases provocativas. El hombre se me presentó con una intransigencia odiosa y repulsiva. Había en su tono un alarde de despotismo menguado, que me hizo subir la mostaza a las narices. Perdí la paciencia, no pude contenerme y chillé:

—¡Esto es espantoso! ¿En qué miseria quieren ustedes sumir a la patria? ¿Qué política es esa que no tiene la franqueza de exteriorizarse? ¿Qué está usted creyendo que es un hombre público? ¿Qué noción tiene usted de la política, para estar danzando en un baile que no entiende? Con esa actitud, me prueban que ustedes son peores que Cabrera multiplicado... ¡Esto es abrumador! Si la labor política de ustedes se ciñera al decoro y a la decencia, no andarían con tapujos y reservas que, en último resultado, al tratar de ridiculizar yo lo serio, los lectores que tienen su sindéresis, me verían con desprecio y sufriría el obligado castigo. Yo abomino de esa conducta sospechosa, de esa conducta imponente que pretende desarrollar su voluntad sin barreras ni valladares, en conciliábulos aislados, con miedo mani-

fiesto a lo que yo pueda desentrañar en fuerza de mi dialéctica. ¡Esto es espantoso! ¡Es horrible! ¡Ay, de nosotros, si cayésemos en sus manos!

Sólo Dios sabe lo que seguí vomitando. La indignación me había hecho su presa y en aquellos momentos sentí la pesadilla de quedar bajo el gobierno de unos hombres que, sin atención a lo que significa el derecho de los demás, pretenden encastillarse en sus criterios y hacer de los guatemaltecos una manada de parias.

Dos amigos que, mudamente presenciaban la escena, sintieron también el desencanto ante *el hombre político*. Y lo que me mordía el alma, era considerar que aquel personaje, politiquea bajo la bandera liberal. ¡Ah, los liberales! Y a que mal traer han venido a parar. Yo me jacto de decir muy alto que soy liberal. Recuerdo con delectación las enseñanzas de aquel eminente maestro que se llamó Manuel Valle—cuyo hogar me prestó su abrigo—y hay un frescor en mi espíritu con la rememoranza de sus doctrinas y de sus ejemplos.

Para poner casos de actualidad, concibo el hombre liberal con la contextura moral de don Carlos Herrera. Porque don Carlos es liberal, aunque sus adversarios digan lo contrario. Los actos ponen de manifiesto la

condición política de los hombres. Yo considero que los papeles están trocados. Mientras unos hombres gritan que son liberales y practican sus tendencias conservadoras, a otros, que son por sus hechos, genuinamente liberales, son tildados de conservadores.

Abra bien los ojos, lector, y vea este estado de vice-versas en que nos encontramos. He traído el nombre de don Carlos Herrera, y no quiero dejar pasar la oportunidad para hacer constar un detalle. Al señor Herrera se le tilda de seguir las huellas del conservatismo y de hacer migas con los conservadores. ¡Donosa ocurrencia que solo se puede tomar en cuenta como arma de desprestigio sistemático! Don Carlos, por abolengo, es liberal; por temperamento, es liberal; por prácticas, es liberal. Precisamente porque los programas de los partidos unionista y democrático están respaldados por los principios liberales, don Carlos los aceptó. Si en uno de ellos se hubiese adivinado inclinaciones contrarias, lo rechazara de plano.

El nombre de liberal causa espanto, porque algún malvado ha gobernado con la camisa roja—roja por la sangre de los asesinatos—y ha enarbolado por toda bandera, el palo. Luego, el liberalismo entre nosotros no ha querido evolucionar y venimos manteniéndonos con los principios del 71 que,

en el Siglo XX resultan anacrónicos. Pero ha llegado el momento de los renuevos y el horizonte se espacía para poder encajarnos en la época en que vivimos.

La amargura que pusiera en mi ánimo la actitud remisa del señor Archila, se entibió algo al considerar que podría entrevistar al candidato de los *republicanos,* al señor Castillo. Me repuse del pasado achuchón y ayer por la mañana, enfilé mis pasos hacia la mansión del ídolo de los bravos tocoyanos. Toqué la puerta. Un jovencito estudiante del Instituto, que me conoce como si yo fuese su profesor de Matemáticas, me salió al recibo. Pregunté por don José León y mi interrogado, con frase incierta de *deadentro* desconfiada, me respondió:

—Voy a ver si está.

Al cabo de mucho esperar, me salió muy cargado de razones y con la embajada de que don José León no estaba; pero en las narices me dió que no decía la verdad. Luego surgió la garrida figura del Dr. Lemus y me informó que el señor Castillo se encontraba ausente y que le encontraría después del almuerzo.

En todo aquel juego comprendí que era inútil mi presencia y, arrellanado en un cabriolet, me volví a mis oficinas. Desistí por el momento de la entrevista, por más que

yo deseaba preguntar al candidato, ciertas cosillas que mucho hubieran aclarado su situación política, con sus propias confesiones. Vea usted, lector, algo de lo que pensaba preguntarle:

—¿Es cierto, como lo afirma la gente, que la propaganda castillista se hace con dineros de Cabrera? ¿Es cierto que se ha ofrecido, para el caso de triunfo de esa candidatura, que don Manuel será puesto en libertad y restituido en sus riquezas? ¿Es cierto que los señores Schwartz bailan en el asunto castillista? ¿Es ciero que piensa apelar a la revuelta en el caso de una derrota? ¿Es cierto que, a pesar de haberse mostrado el señor Castillo agradecido y reconocido y obligado al Partido Unionista, por su labor libertadora y de haber ofrecido no aceptar la propaganda de su candidatura, había resuelto a última hora lanzarse a la aventura de una hazaña personal?

Esto, y otras cuestiones, pensaba interrogar al candidato; debo advertir que no es resultante de mi ingenio el interrogatorio, sino supuestos que corren de boca en boca y que bien hubiera venido, el que los autorizara o destruyera el propio interesado. Desgraciadamente no le ví, pero me reservo para mejor día el abordarle.

Así, mis sanas intenciones se estrellaron.

Y mientras caminaba el coche por la sexta avenida Norte, unas cuantas musarañas bailoteaban en mi cerebro, mientras decía para mis adentros:

—¡Qué crueles estimulantes son las ambiciones!... Cómo un antojo desatentado, lleva a la ruina y al desprestigio... Don Rafael Ponciano a última hora se zafa de la candidatura... ¿Cuántos años tendrá don Francisco Fuentes?... ¿Estarán en sus cabales los que postulan a don José León?... ¿En dónde se hallarán los liberales?... ¿Y los conservadores?... ¡Diablo! ¿si seré yo conservador?...

SEÑOR DON

CARLOS O. ZACHRISSON

SEÑOR DON CARLOS O. ZACHRISSON

—Ante todo, hay que decir la verdad—me dijo Zachrisson, mirándome a la cara y poniendo el gesto de limón pasado, que caracteriza la parte elevada y descubierta de su persona.—Yo creo— continuó—que en estas declaraciones por la prensa, en que uno da sus pensares y sentimientos al pasto público, debe obrarse con sinceridad y franqueza, por más que, en las apreciaciones que se viertan, se lastimen ajenos intereses.

Y con esta premisa, entré de lleno en la conversación con el líder democrático, confiado y satisfecho.

Zachrisson es un abogado joven, *pero* honrado. Es hombre de estudio y muy metido en lecturas de tratadistas modernos. Desempeña una cátedra en la Universidad y, en los exámenes anuales, pone a los muchachos en conflictos y rompecabezas.

Tuvo un gran maestro: el licenciado don J. Francisco Azurdia, que resulta su pariente y mentor. Azurdia fué un apóstol del liberalismo de verdad; no de ese liberalismo

de pega y como de última hora con que la *fiera* y otros majagranzas han encubierto sus villanías y vandalismos. Azurdia fué un hombre puro y, a la fecha, no se le ha hecho justicia. Su nombre apenas le conservamos unos cuantos de sus alumnos y sus trabajos por la causa liberal, casi están olvidados. ¡Censurable indiferencia para nuestras mentalidades definidas!

Lo cierto del caso es que, esta mañana, gris y templada, me colé en la oficina de Carlos e hicimos un rato de palique sobre los partidos políticos y el momento presente. Rodando, rodando la conversación, venimos a parar en los motivos obligados.

—Hombre—le digo, campechanamente—¿tú crees en la existencia actual de los partidos históricos, el conservador y el liberal?

—No. Los partidos liberal y conservador, tales como fueron en el momento histórico que les dió vida e importancia, no existen, porque la Evolución los ha transformado. Los conservadores de hoy, no están perfectamente delineados en los retrógrados de hace cincuenta años. Las ideas implantadas el 71, fatalmente produjeron efecto en toda la Nación. Los actuales liberales no pueden crear la reforma; eso ya lo hicieron sus antepasados; su misión es completarla y hacerla más práctica.

Carlos habla así, sin muchas retóricas y, como queriendo meter en cada frase, un mundo de hechos y pensamientos. Pero yo no veo claro el asunto, sino es como una salida, para la impotencia de los representativos liberales en el mando de la República, después del 71. Indudablemente la obra de la Reforma se ha quedado insinuada y no proseguida. Los primeros golpes contra el régimen *de los 30 años* y el impulso de avance hacia la reconstrucción social, fueron magistrales; pero después vinieron los días de caudillaje o de explosión de ambiciones y la cosa no se deslinda a las cabales, ni hay una determinación de obra positiva. Para ajuste de penas, vino el dichoso don Manuel...

Sin duda por estas consideraciones, Zachrisson hace una apostilla a lo vertido y agrega a sus palabras:

—Lo dicho no supone que haya sido tan completo el triunfo de la Revolución del 71, que ya no existan conservadores. Hay que hacer esta salvedad: los conservadores existen, pero no formando un partido político, congruente y definido.

La explicación es obvia. Los conservadores no están organizados en partido, porque don Manuel los hubiera deshuesado. En los días del general Reyna Barrios, el par-

tido conservador estaba compacto. En los días de Barillas, también. Las libertades garantizadas por esos dos gobernantes, estimularon la asociación, y así los conservadores tuvieron campo para compactarse. Pero arribó Cabrera, que era peor que la peste, y acabó con todo: acabó con los conservadores y con los masones.

Yo creo firmemente que, al cabo de un año, tendremos un partido conservador, hecho y derecho. Desde ahora le doy la bienvenida, por más que no le envidie las ganancias. Y ahora diré una cosa, que hace días me escuece y que, si no la suelto, me ahoga.

Considero que, entre liberales y conservadores, en sus componentes individuales, hay mejor evolución en éstos que en aquellos. El conservador no ha evolucionado solamente por andar encaramado en un automóvil, como dijo el otro. Ha evolucionado en un sentido progresivo que a poco que continúe estacionado el liberal, lo pasa. Yo soy liberal; de ello me jacto y lo digo ahora y lo repetiré siempre; pero me duele que mis correligionarios se remansen de tal modo, que se dejan ganar la delantera. El liberalismo nacional ya tiene ribetes de conservador y, como no reaccione en este período de libertades y de encauzamiento, ya pueden don Rufino Barrios y don Francisco Mora-

zán vestirse el capisayo de los hijos de San Bruno.

Sigo con mi entrevistado. Ahondando la cuestión de los partidos, pregunto a Carlos:

—¿En dónde crees tú que están los conservadores y en dónde los liberales?

—Los conservadores—me responde—que actualmente se ocupan en política, están, indudablemente, en el Partido Unionista. Tú los conoces, los conoce todo el mundo y ellos mismos se muestran satisfechos de no haber figurado nunca en el Partido Liberal. No reconocen los méritos de la Reforma y se empeñan en agrandar los defectos de sus hombres. En el propio Partido Unionista hay también elementos liberales. Todo el resto de liberales está diseminado en los partidos Democrático, Republicano y Federalista: aquí no hay un solo conservador.

La heterogeneidad del Partido Unionista, subsiste según mi amigo. No es un partido histórico, sino un partido nacional y ocasional. A pesar de esto, tal es la fuerza impresa a sus actos, que pregunto a mi entrevistado:

—¿Podrá mantenerse el Partido Unionista a través de los años, con la fuerza de su origen?

—Lo creo muy difícil—me contesta.—Creo muy difícil, repito, que pueda mantenerse

el partido con su fuerza inicial. Nació con el objeto manifiesto de procurar la unión de la América Central; pero para llegar a esa finalidad, necesitaba previamente, destruir la tiranía de Cabrera. Este trabajo de antelación, hizo afluir rápidamente a todos los ciudadanos que deseaban el bien de Guatemala. Derribado ese obstáculo y logrado que sea la unión de Centro América, no tendrá razón de ser el Partido Unionista y deberán sus elementos ir a engrosar las filas de los diferentes partidos políticos a que pertenecen.

La razón dada, no me parece que aguante dos sacudidas. El Partido Unionista puede subsistir, como partido opositor y, consumadas las tareas primordiales, entrar en el desarrollo de otros programas avanzados, que concuerden con las doctrinas sustentadas con prelación. Pero en vista de lo expuesto por Carlos, le pregunto:

—¿Perteneciste al Partido Unionista en los días de Cabrera?

—Sí.

—¿Por qué te separaste del partido?

—Por las razones generales que te acabo de dar y porque si era necesario y conveniente estar unidos para atacar la tiranía, no creo lo mismo, cuando se trabaja por la unión del Istmo. Por el contrario, el deseo común de

la unión, en diferentes partidos políticos, será prueba evidente de la voluntad nacional. Por otra parte, la existencia de partidos políticos diferentes y bien definidos, es conveniente al progreso de las instituciones y a la depuración y perfeccionamiento de las mismas entidades políticas.

¡Muy bien! Y aquí es a donde debe llegar la penetración de la política nacional. Las unificaciones liberales realizadas, primero por Cabrera, e intentadas depués por don Rafael Montúfar, han sido dos trastadas. Y esta es la razón de porqué, lo que se ha dado en llamar Partido Liberal, es algo viciado y defectuoso. El partido castillista que se apoda en teoría republicano, tiene sus vistas al liberalismo. Más, yo creo honradamente, que el único punto de mira de ese partido, es la rubicunda nariz de don José León...

—Ahora dime, Carlos ¿cómo es posible que los liberales os parapetéis tras las doctrinas del 71, que a mí me resultan rancias y anacrónicas, en este vivir del Siglo XX?

—No creo que los liberales se parapeten tras las doctrinas del 71, ni que éstas resulten anacrónicas en el Siglo XX. Guiados por aquellos principios procuran su progreso y la reforma de las leyes que, si fueron buenas para una época que no es la actual,

hoy necesitan reforma, no solo por defectos originales, sino por la retrogradación que sufrieron en administraciones pasadas, que más tuvieron de retrógradas que de liberales.

No me resulta la cosa. Nosotros vivimos bajo las leyes del 71; nos gobernamos con la Constitución nacida por el movimiento del 71; reformamos nuestra sociedad con la obra del 71 y hasta sostuvimos a don Manuel, por...el 71. ¿Qué hemos hecho los liberales? Francamente, cuando me da la chifladura por los conservadores y los liberales, la cabeza se me vuelve tarumba. Y figúrese usted, lector, cómo andaría la cosa, que aquel Fernando Aragón Dardón, más cachureco que Torquemada y más malo que Gestas, resultaba en los tiempos de don Manuel como liberal, al lado de don Antonio Batres Jáuregui, que es otro que bien baila...

¡Y cómo anda este enredijo de liberales y conservadores! Vuelvo a la pregunta: después del 71 ¿qué hemos hecho los liberales? Mantener el recuerdo de las glorias conquistadas y dormir sobre los laureles de la Reforma. Yo tengo fe en un porvenir inmediato. La presencia de don Carlos Herrera, que es liberal en el concepto nato y neto de la palabra, podrá reparar tanta desidia pasada. Solo así considero la resurrección de los principios liberales y el triunfo

del partido liberal, moderno, evolucionado y que sirva como un avance a las luchas de la política.

—Quiero que me digas, Carlos ¿qué diferencia sustancial encuentras entre los dos partidos iniciales del actual momento, el Democrático y el Unionista?

—La diferencia sustancial está en que el Partido Unionista está formado por elementos de todos los credos políticos, y el Democrático, nó.

—Y en sus procedimientos ¿hallas las diferencias?

—También. Tal vez por los trabajos que el Unionista ejecutó como partido de oposición, se acostumbró al ataque, en el cual se muestra intransigente, y el Democrático no. A veces imagino que creen que no se puede procurar el bien de la patria, sino por las personas adheridas al Partido Unionista. La revolución del 71 implantó los principios liberales y democráticos; pero no podía limitarse a eso; tomó en consideración la sociedad en que se implantaban y para que pudieran fructificar, se vió en la necesidad de herir intereses creados, secularizó instituciones, etcétera, y dictó leyes indispensables para la vida y progreso de esta República y de los principios proclamados. La existencia actual de alguna de esas circuns-

tancias, es a lo que no le dá debida atención o importancia el Partido Unionista y el Democrático sí.

—Bien; y ¿qué parecer podrías darme de los otros dos partidos, el castillista y el fuentista, que se cobijan con mantas de doctrina, con las denominaciones de "constitucionalistas," "republicanos," "civilistas" y qué se yo qué más?

—Esos dos partidos citados, representan la oposición.

—Sí, como las ánimas del Purgatorio...

—No creo que sean puramente personalistas, ni regionales. Tal vez estiman con vehemencia ciertos principios y no les basta a sus adeptos los motivos que aducen los otros partidos, como razones para no poner en práctica principios cuya bondad está fuera de toda duda.

—Para dar mate a esto de los partidos, dime ¿no crees pertinente la formación de un nuevo partido, un partido ecléctico, con jefatura única?

—La pregunta me trae a la memoria, hechos muy recientes. Momentos después de verificarse la junta para que citó el licenciado don José Beteta, un respetable amigo mío, hacía ver la conveniencia de formar una "Liga Nacional contra la Tiranía," sin color político, ni candidato a la presidencia

de la República, cuyos directores deberían ser de reconocida honorabilidad; no podrían desempeñar puestos públicos, salvo el de diputados. El objeto de la Liga sería el de defenderse de la tiranía, en cualquier forma que se presente, empleando la prensa, los tribunales de justicia y, a ser necesario, la petición en masa de los miembros de la Liga y sus adeptos departamentales. También se habló de establecer un seguro mutuo para auxiliar a los miembros de la Liga que fueran víctimas de algún acto tiránico. La idea la comunicamos a varias personas y les pareció buena y aceptable, pero algunas no estimaron propicio el momento para fundarla. En esa o parecida forma creo factible la formación de un partido ecléctico.

Y resultaría miel sobre hojuelas. Pero vaya usted, lector, a buscar entre mis paisanos, hoy por hoy, al que quiera colarse en las cuestiones políticas y no tenga sus aspiraciones a ser, *por lo menos,* Presidente de la República. La Liga de que me habla Carlos, es una Liga teórica, que va corriendo parejas con la República de Platón. Sin embargo, no hay que desesperar; quien sabe si, con el fugar de los tiempos y el recuento de los palos llevados, podremos encajarnos en la cabeza la conveniencia de sentar una agrupación de tal linaje y podamos llegar

a la fundación de un país que resucite las tradiciones de Jauja.

Ya para concluir la entrevista, termino:

—¿Qué opinión personal te merece don Carlos Herrera? ¿Crees que tenga filiación de liberal?

—Los antecedentes políticos de la familia del señor Herrera y de él mismo, la tolerancia que manifiesta y sus actos expresos, hacen inútil la respuesta.

Hay que hacer notar que, los demócratas en conjunto, han trabajado en los últimos días, con verdadero tesón y altas miras, en la propaganda del señor Herrera. No está por de más en estas líneas, hacer resaltar esa actitud decorosa, sobre todo, en las tentaciones provocadas por los castillistas, que pretendían hacer una merienda de negros la cuestión de las candidaturas. La cordura de los demócratas en esos instantes les ha provocado una profunda simpatía y así hay que decirlo muy alto.

—Dime, Carlos, para terminar ¿juzgas tú que nuestro pueblo se dé cabal cuenta de la actuación política?

—El pueblo, hoy más que nunca, se interesa por la cosa pública; pero no basta la buena intención y deseo, para poderse dar cuenta exacta del alcance que tenga en el futuro la actual situación política.

Esto, en buen romance, quiere decir, lo que se ha dicho tantas veces. Es necesario un período de preparación para que los asuntos se encaminen por el buen sendero. La tarea primordial está en la divulgación de los deberes y de los derechos ciudadanos. Antes que estos conocimientos se inculquen y se penetren debidamente en el alma de nuestro pueblo, los palos de ciego serán la comidilla de todos los días.

SEÑOR DON

JOSÉ ERNESTO ZELAYA

SEÑOR DON
JOSE ERNESTO ZELAYA

La espectación pública exige luz en este medio caótico, provocado por los intentos de reacción, por los desvíos del sectarismo, por las intransigencias y las ambiciones incontenidas, por la ceguera de partido, y por toda una procesión extraña de malas pasiones y de yerros lamentables. Pasado el período de las elecciones presidenciales, hubo en el optimismo nacional una certidumbre de que las energías volverían al trabajo, y los hombres serenos y ecuánimes pondrían su concurso racional al ensanche del bienestar común, al respeto de las instituciones y al mantenimiento glorioso de la libertad.

¡Qué más quisiéramos! Los propósitos anhelados se han traducido en una efervescencia continuada, y el ciudadano sano de espíritu se pregunta en este aquelarre de sentimientos encontrados:

—¿Qué pueblo es éste y hacia dónde vamos?

Y hay, derivativamente, una responsabilidad histórica para nuestros hombres pensantes que no oponen su acción decisiva y salvadora, a la corriente que nos anega. Nuestros periódicos, con salvedades reducidas, se han empeñado en luchas que más han ido al personalismo disociador, que al choque de las ideas redentoras. Sigan las entrevistas con nuestras personalidades salientes, y que el pueblo, ese pueblo que lee y piensa, y cultiva el patriotismo como una planta sagrada, haga la exégesis de las frases que consignamos, y forme su cartilla con el producto del pensamiento de nuestros hombres públicos.

Hemos acudido al señor licenciado don José Ernesto Zelaya, cuya vida anterior se ha desenvuelto del todo ajena al bullicio de la política, entregado a sus labores de abogado y agricultor; pero que los últimos acontecimientos lo han empujado al ajetreo en que todos nos vemos envueltos, y su dicho tiene que pesar, por su modo de ser y su acción patriótica.

—¿Cómo ve usted la situación política, licenciado?

—La veo confusa y extraña, pero no desesperante. Por crisis terribles ha pasado Guatemala y, al cabo, ha vencido. Lo que importa por el momento, es el concurso sano

de todos los bien intencionados. Preocupémonos de la patria y acorrámosla con todas nuestras fuerzas. Es digna de mejor suerte, y no de la que le tocara esclavizada y entristecida por un despotismo tan ominoso como el pasado. Para sentar la tradición que encarna el patriotismo, no olvidemos que, en la liberación de esa noche tenebrosa del pasado, muchos esclarecidos patriotas pagaron en el cadalso su grandeza heroica; y muchos otros, en todo el tiempo de la tiranía, sufrieron los indecibles martirios del calabozo y del tormento, a que los sujetara la ira salvaje del tirano. Al fin, un día, el más glorioso de nuestra historia, salimos de esa situación terrible. Un insigne sacerdote habló al pueblo con voz solemne, protestando contra tanta ignominia en nombre de la justicia divina y humana, y un puñado de hombres valerosos con la decisión de la justicia e inspirados en el santo amor a la patria, llamaron al corazón del pueblo, levantando muy alto y frente a frente al tirano, el estandarte de la libertad. Ese pueblo respondió al llamamiento de los patriotas y, con solo el respaldo de la Ley y sin violencias sangrientas, operó el movimiento salvador, soberbia epopeya, la más grandiosa que lucirá siempre radiante de gloria, en los anales de nuestra existencia y dejará a

las generaciones futuras, imperecedera enseñanza del más alto civismo.

Don José Ernesto se entusiasma al recuerdo del *unionismo* legítimo, de aquel *unionismo* que será toda una enseñanza para la América y una página de luz en nuestra historia.

Luego, continúa:

—Al tirano se le perdonó la vida, y no hubo para sus secuaces y sicarios, más que generosa benevolencia. Usted comprenderá que se deben fijar estas consideraciones, porque importa marcar bien cómo se realizó aquella evolución y las consecuencias obligadas que debían desprenderse. Violenta fué la transición entre aquel régimen de sombras y la radiante luz de la libertad que iluminó la República: la vida de la Nación se trasformó súbitamente, y el orden se estableció solo con el imperio majestuoso de la ley, de la ley que todos debemos sostener y apoyar para cumplir fielmente con nuestros deberes ciudadanos, y porque solo así, nos alejamos del gravísimo peligro de la anarquía o de tornar a aquellos tiempos luctuosos, cuyo solo recuerdo contrista profundamente el ánimo de todos los que hemos sufrido.

Es cierto. Debemos percatarnos, sobre toda otra consideración, que a poco que nuestra falta de cordura nos empuje al des-

orden, la tiranía o la anarquía se perfilarán, y el terreno conquistado se perderá de la noche a la mañana. Preguntamos a nuestro entrevistado:

—¿Qué norma es, a su juicio, pertinente para el mantenimiento de la libertad?

—Para afianzar la libertad y cimentar un porvenir saludable, lo esencial es pensar con calma y serenidad. Sustraigámonos del vaivén de las pasiones, de los odios y de los rencores y preocupémonos del bien de la patria, objetivo, el más digno, el más alto y el más beneficioso para todos; por eso debemos condenar severamente las ambiciones bastardas y los mezquinos intereses, que son perniciosos y contrarios a la libertad y a la justicia, a las entidades que engendran el trabajo, la paz y la armonía, necesarias para la felicidad común.

Después de una breve reconcentración, continúa:

—Ahora bien; todos contemplamos con solemne espectación y delirante júbilo, el triunfo glorioso de la libertad, y todos también debemos sostenerla, para que se pueda cimentar sólidamente la justicia, el orden y la paz; y, para que en nuestro suelo sagrado, no vuelva jamás a germinar el despotismo. Para lograr ésto, que constituye el ideal supremo de la República, es

indispensable que, en el alma de todos los patriotas, exista firme la resolución de cumplir estrictamente con el deber y luchar contra el detestado cabrerismo y contra todas las intransigencias que solo pueden conducir a la ruina.

Aquí, don José Ernesto, ha puesto dos dedos en dos llagas: la reacción y las intransigencias. En la reacción hacia la tiranía —que se ha dado en llamar cabrerismo—hay un peligro espantoso, no porque pueda volver al solio la fatídica figura de Cabrera, sino porque su doctrina se entronice como norma de gobierno. Las intransigencias religiosas y políticas aparejan otra lacra matadora, y estamos en estos días sufriendo los males de sus asomos funestos.

—¿Qué opinión le merece a usted el cabrerismo, en estos momentos?

—Le diré a usted. Los elementos nefastos del pasado, debieran tener presente, que haciendo olvido de tantas amargas horas de martirio y de tantos crímenes y vilezas, sin justicias severas y sin venganzas y represalias, la revolución los ha amparado generosa, por más culpables que fueran. La revolución, primero, y después el gobierno constituído, cubrieron las culpas de los que vivieron ahogando despiadadamente la revolución; pero se tiene que comprender, y com-

prender muy bien, que existe gran diferencia entre la magnanimidad de perdonar, y la criminal complascencia que existiría si se tolerase que los hombres manchados, volvieran a ser elementos dirigentes en nuestro país. Si después de los inauditos sufrimientos de este pueblo, se calificaran igualmente a los que le han causado martirios y a los que le libraron de ellos, y si ambos elementos gozaran de igual grado de confianza para los importantes puestos de la República, es seguro que los hombres honrados, ya no tendrían que creer ni qué pensar; y esa profunda injusticia provocaría en ellos una ira santa o un desaliento de muerte, como asimismo lo sentirían en grado sumo los patriotas que ardientemente lucharon por obtener la libertad de Guatemala. Y es porque esto equivaldría a borrar toda barrera entre la honradez y el crimen y a nulificar todo concepto de moral y de justicia. Piense usted que el día en que en el mundo se calificaran igualmente al criminal y al honrado, irremisiblemente se llegaría al desquiciamiento y a la ruina espantosa del Universo. Conste que al hablar de esos elementos del cabrerismo, no me refiero a todos los hombres que sirvieron el régimen pasado, sin lucrar y sin causar daño a sus connacionales; me refiero a aquellos instrumentos del tirano que, para

hacer el mal, olvidaron por completo lo que significa el deber y la conciencia.

Esta diferencia sustancial que establece el señor Zelaya, es una diferencia que debía haberse establecido tiempo ha. Cabrerista se ha llamado a todo el que estuvo al servicio del tirano, y esto es una palmaria injusticia. A mí se me alcanzan dos clases de cabreristas: los de intento propio y los obligados. Los primeros azuzaron a las malas obras; esquilmaron las arcas nacionales; atropellaron a destajo; formularon procesos falsos; secundaron activamente los instintos feroces de su amo y señor: los otros, los obligados, sirvieron en la administración con las manos limpias y sobre su conciencia no pesa más delito que la pasividad de estar enrolados en una administración abyecta y ruin.

Ante estas consideraciones, adquiere ribetes enérgicos y grandiosos, la gestación del movimiento libertador que acabó con el sistema tiránico que mejor se ha cimentado en nuestra tierra.

Divagando sobre estas cuestiones, venimos a dar en la división del Partido Unionista y mi preopinante me explana su pensamiento así:

—El Partido Unionista y el Partido Democrático (que se formó con unos cuantos

disidentes del primero) y cuyos programas no se diferencian en nada sustancial, desde los primeros días del triunfo, en vez de discutir ideas y principios, y abarcar los grandes problemas que afectan la vida del país —como el problema económico que es de vital importancia para todos—se han mantenido en abierta hostilidad, mostrando terrible encono, en sus ataques continuados. Y al contemplar esta reyerta estéril, me he preguntado muchas veces: ¿para qué estos odios? ¿para qué esa lucha fratricida? ¿para qué esa ingrata tarea que solo infiltra hiel en los corazones? Y esto, ahora que la patria, más que nunca, necesita del concurso y de la cordura de todos sus hijos, para sostener la tarea de concordia, de regeneración y de grandeza, reclamada vivamente por el patriotismo.

Y exaltado por el tópico ocasional, termina sus consideraciones, diciendo:

—¡Es necesario que cese el encono de la pasión política, que todo lo desquicia y enturbia, y que solo podrá conducirnos al desconcierto, a la anarquía! ¡Comprendámoslo bien: de no reportarnos en nuestros impulsos pasionales, vamos seguramente a un abismo, sin salvación posible!...

—¿Qué criterio le merecen a usted, licenciado, los elementos salientes de los

dos partidos que hoy militan con mayores arrestos?

—Reconozco el patriotismo de los hombres sanos de ambos partidos, y creo lealmente en sus buenas intenciones y en la alteza de sus fines; por esto, pienso que ninguna ocasión como ésta es más reveladora, para que ellos se hagan cargo de los gravísimos peligros que amenazan a la patria y que son debidos al trabajo pérfido e incesante que mantienen todos los que fueron instrumentos siniestros del tirano, y también a los trabajos disociadores de espíritus turbulentos que persiguen ambiciones bastardas. El Partido Unionista que fué un gran conglomerado en su lucha libertadora, para seguir su obra patriótica, debe continuar, oponiéndose a algunos de sus pocos elementos intransigentes y díscolos que, aunque fueron de mucho valer en la lucha, no se han sujetado a la suficiente disciplina, ni a los preceptos de su liberal programa. A mi juicio, este partido debe continuar la norma trazada, para su bien y para el bien del país, que si teme y detesta el cabrerismo, no podrá convivir, por otra parte, con los exclusivismos y las intransigencias de antaño.

Es indudable que esa falta de disciplina a que alude el señor Zelaya y a la práctica de intransigencias y sectarismos medioeva-

les han perjudicado la magnificencia del partido. Si los liders significados van adelante, y acallan complacencias injustificadas ante la salud nacional, los destinos serán muy otros y el equilibrio político se mantendrá beneficioso.

Refiriéndose al Partido Democrático, el señor Zelaya nos dice:

—Pienso también que el Partido Democrático se causará gravísimo daño ante la opinión pública del país admitiendo en su seno, elementos del refinado cabrerismo. Esto causaría descrédito a su nombre y desprestigio a los principios de su programa, ya que esos hombres son justamente temidos por el país entero, como una constante amenaza contra la vida de libertad que felizmente se ha conquistado la República.

—¿Usted cree en la potencialidad de los elementos cabreristas?

—Desde luego. Esos elementos son pudientes, cuentan con los recursos con que se enriquecieron y hoy los emplean en la lucha a favor del pasado que anhelan resurgir. Debo decirlo: esos elementos que explotaron a la Nación y que la revolución generosa trató con tanta benevolencia, sin imponerles castigo y sin exigirles la justa devolución de los inmensos caudales que se incautaron, hoy, en recompensa de esa gen-

tileza y abusando de la amplia libertad de que gozan, desde el prisionero de la segunda sección de policía, hasta el último de sus cómplices, no descansan en sus maquinaciones para llevar al país a la desgraciada situación en que lo mantenían bajo sus plantas. Por eso lo repito: los partidos, hoy más que nunca, deben orientarse al verdadero patriotismo, deben hacer labor práctica y sana, fructífera y salvadora, y comprender bien que, dejando triunfar al enemigo común, tornará irremisiblemente la desgracia, y ellos adquirirán grandes responsabilidades que la historia deducirá, señalando con indeleble estigma a los que, por intereses o pasiones, malamente descuidaron de salvar la libertad y el porvenir de la patria.

Escarceando por los acontecimientos de tribuna y prensa que se han desenvuelto, don José Ernesto me explica:

—Los partidos tienen que pensar firmemente, que no hay rumbos honrados más que los que imponen el deber y el patriotismo; y que una de las principales labores es la de trabajar constantemente en la tribuna y en la prensa por la orientación atinada del pueblo que, hoy por hoy, tiene su suprema significación en el cumplimiento de los deberes cívicos; porque sin el necesario respeto a la ley, no puede crearse ni mantenerse una

verdadera República. Después de aquella sumisión servil al despotismo, al presente, para demostrar el ejercicio de los derechos, se cree que debe burlarse la ley y menospreciarse la autoridad; a lo cual se agrega el que los hombres malsanos que vivían de la abyección y de la miseria moral, usan de la libertad para hacer gala de insolencia opositora, mientras los hombres honrados, con indiferencia censurable, se toman muy poco trabajo en defender el imperio del orden legal que a todos nos ampara y defiende.

Tiene razón: yo sé de estos valores de postrera ocasión. Muchos que ante el tirano, temblequeantes y sumisos, lamían la mano de su señor, hoy se muestran erguidos e insolentes, respaldados por una impunidad que da el respeto a todos los derechos. El señor Zelaya hace observar:

—Por todo esto es que el país entero, tiene que mantenerse alerta contra sus eternos enemigos; porque solo así podrá basar un porvenir amplio y hermoso de paz, trabajo y bienestar; y si queremos que cicatricen las profundas heridas de tantas víctimas causadas por los que hicieran la desgracia de todo un pueblo, no les dejemos comprobar su axioma de que la honradez y el honor, no son más que supercherías que anidan en el alma de los tontos.

La conversación se ha prolongado demasiado; los puntos de mira en que se ha puesto mi entrevistado son claros y terminantes y el lector puede recoger estas declaraciones, como salientes de un programa personal y de alguien que, con verdaderos alientos de patriota, diagnostica males, apunta enmiendas y anhela un hermoso porvenir.

Ojalá que quien haya llegado en su lectura, hasta estas líneas, se despoje de todo prejuicio aislado y juzgue serenamente lo dicho en ellas.

Ya para despedirme, don José Ernesto me apunta, con un dejo de halago:

—A pesar de mi norma de completo retraimiento, he accedido a su invitación y estas opiniones mías, se las deposito con toda sinceridad, pensando en que usted, que luchó valientemente contra la tiranía y que sufrió tanto, no podrá sentirse extraño a tales ideas.

SEÑOR DON

SALVADOR FALLA

SEÑOR DON SALVADOR FALLA

Don Salvador Falla es uno de los valores de más alto y legítimo prestigio que nos queda de las generaciones pasadas. Yo, hace mucho tiempo que le conozco y le trato. En los días oprobiosos de la tiranía siempre encontré en él al optimista de sano espíritu, que tiene el bien como un estado natural y permanente, y que las intromisiones del mal, las considera transitorias, y que sirven de experiencias seguras para una vida futura.

Y hay que reconocer en este hombre un valor moral indiscutible; mientras Cabrera abominaba en silencio de cuantas iniciativas particulares podían surgir en el caos de su desgobierno, don Salvador almacenaba datos, inquiría causas, planteaba problemas y ¡oh, temeridad! publicaba folletos sobre las cuestiones económicas, que eran el escozor del déspota hoy recluído.

Ahora he querido oír de nuevo su palabra autorizada. Una breve conferencia sostenida con él, me ha dado motivo para escribir las presentes cuartillas.

—¿Cómo vé la situación política, don Salvador?

—La situación política—me ha dicho—es consecuencia del modo de ser actual en que ha entrado el país. Por la primera vez, se puede decir, que gozamos de plenas libertades: libertad de la palabra hablada y escrita, libertad de asociación. Pasa, en mi concepto, con este modo de ser nuestro, lo que acontece con todo: no se aprende a hacer las cosas, sino haciéndolas; no se aprende el manejo de las instituciones libres, sino ejercitándolas. Y ¿qué prácticas, qué experiencia ha podido tener el país para ese *self government,* para gobernarse a sí mismo, siguiendo las aspiraciones de la opinión pública, después de tantos años de gobiernos, exclusivamente centralizadores? Bajo los gobiernos pasados no ha habido partidos, ni podía haberlos cuando todo dependía de la voluntad de un hombre, a la que tenían que plegarse todos los ciudadanos. No sé si en este desbarajuste de opiniones tendría razón un diario de la localidad, cuando ante tanta politiquería estéril, preguntaba: "¿No significará ésto incapacidad para otras cosas?..." A los órganos de los partidos que se dicen militantes tocaría contestar a esta pregunta, demostrando que sí hay capacidad para ocuparse de los grandes problemas que

afectan a la Nación, y que, en mi modo de pensar, son estos: el problema del trabajo y el problema financiero.

Así discurre un hombre de claro cerebro; pero los que se dicen directores de la política, piensan de muy otra suerte. Lo que importa a ellos es un desenvolver pertinaz de las pasiones, un prurito creciente de descrédito, un afán de mangoneo, un escarbar de cosas viejas y, en tanto, los magnos problemas permanecen irresolubles, remansando la vida nacional en una situación pantanosa y repulsiva.

Me explico claramente, porqué don Salvador a insistentes preguntas mías sobre la apreciación determinada de los partidos, ha rehuído el dar una respuesta explícita. Hombre ducho y observador, debe considerar el desvío lamentable a que vamos; pero su optimismo le hará considerar también que la ley de la evolución impondrá al cabo su servicio reparador.

A la insinuación de los problemas apuntados por él, acudo en demanda de su criterio:

—¿Cómo considera usted, señor, el problema del trabajo?

—El trabajo es hoy completamente libre con las reformas constitucionales. ¿Cómo hacer para que los mozos acostumbrados a la presión de la fuerza, sigan el trabajo que,

hoy más que nunca, necesita la producción agrícola? Este problema trae preocupados, por una parte, a los propietarios de las fincas y, por otra, a muchos jornaleros. Habrá que entrar en una conciliación.

—¿Y esa conciliación?

—La libertad de trabajo, no significa la libertad de vagancia. Yo estoy por la libertad de trabajo; pero no estaré jamás por soliviantar el ánimo de los pueblos. Esto nos conduciría al desastre de nuestra agricultura. Los jornaleros, con la libertad, podrán ser mejor remunerados y el trabajo podrá ser también más eficaz. Pero, repito, la vagancia no puede excusarse tras el parapeto de las libertades nuevas.

—¿Opta usted por el sistema de colonización de mozos?

—Completamente. Creo que es de nuestro interés agrícola atraer a los mozos a colonizar en las fincas. Esto es de alta importancia, porque los patrones conocen a sus jornaleros y pueden ocuparlos, según las aptitudes que en ellos noten. A uno se le emplea en el arado; al otro en el manejo de una maquinaria; a aquel en una máquina de aserrar, etc., etc. Esto no acontece con mozos advenedizos, que no se encariñan con el patrón, ni tampoco con la finca.

Después de una breve reflexión, termina nuestro entrevistado:

—Todos estos asuntos, tan graves para la agricultura, habrán de discutirse ampliamente en la próxima junta general de agricultores de la República, que se reunirá el martes próximo en esta ciudad, y también en el Ministerio del ramo.

—¿Y el problema financiero?

—El segundo problema que he indicado, capital y saliente, es el financiero y, para resolverlo, hay que comenzar por el problema monetario, que aquí está confundido con el problema bancario, ya que la moneda circulante es el billete de banco. La situación ha venido empeorando constantemente. El año pasado se pidió a la Asamblea que fijase el cambio en un veinticinco por uno, y esa fué la opinión general; pero la ley de la Asamblea mandó que todos los pagos de derechos de exportación e importación, se hiciesen en green-backs, o *moneda de banco americano.* De esta manera, la situación quedó peor que antes, porque bajo el régimen anterior se aceptaba el billete bancario en un 50 %, mientras que, en el régimen nuevo, el billete quedó depreciado y, por consiguiente, tuvo que valer menos. Al mismo resultado condujo la autorización para emitir sesenta millones de papel moneda,

siquiera esta medida fuera excusable por las circunstancias. Pero el resultado ha sido funesto: el billete bancario valía hace un año, cuatro centavos oro, y hoy vale, digamos así, dos y medio centavos oro; lo que equivale a un treinta y siete y medio por ciento de pérdida en el capital circulante. Y así ha tenido que ir todo.

El señor Falla requiere unos papeles y, respaldado por ellos, continúa en su explicación:

—El 31 de diciembre de 1919, la emisión de los bancos ascendió a $ 246.239,528.00 moneda nacional; los que equivalían, al 25 por uno, a $ 9.849,585.00 oro americano. El 31 de diciembre de 1920 la emisión bancaria ascendió a $ 325.766,111.00, que al 40 por uno dan $ 8.144,152.77. Esto acusa una pérdida, en efectivo circulante de $ 1.705,428.37 oro americano, lo cual ha contribuído a la elevación de los cambios.

Estas millonadas y estas pérdidas, las veo yo más claras que el agua. Mi entrevistado sigue así:

—Observe, pues, que no se puede continuar sobre ese pie.

—Desde luego; pero tengo entendido que hay una comisión nombrada por la Asamblea para que estudie el negocio y también

tengo entendido que usted, señor, forma parte de esa comisión.

—Así es. Varias bases se han discutido y creo que deberá llegarse a una solución, porque en mi concepto, le repito a usted, no es posible continuar así. Por esta razón los esfuerzos del gobierno para sanear la administración pública van resultando estériles. Fíjese: en 1920, las rentas fiscales ascendieron a $ 168.482,213.00 y en 1919 fueron de $ 127.249,489.00 o sea un alza en papel de $ 41.232,723.00; pero debido a la baja de la moneda, en 1919, el producto fué de..... $ 5.089,979.00 oro, al 25 por uno, y en 1920, el producto fué de $ 4.212,055.00 al 40 por uno, habiendo una baja positiva de..... $ 875.924,00 dólares.

Al cabo de tantos números, el señor Falla, hace sus conclusiones:

—Claro está que esta situación no puede satisfacer a nadie. Para llegar a su solución, diré lo que un escritor americano dice, refiriéndose al Ministro de Hacienda de México: "Sabe él que no se necesitan programas revolucionarios, para hacer un buen balance de cuentas." Ha pasado con estos asuntos, que no se han querido resolver, y hoy, en mi sentir, ya hay voluntad de resolverlos. Si bien la balanza económica influye poderosamente, el alza repentina obedece más bien

a la abundancia de papel. Después del Sábado de Gloria, cuando hubo algunos disturbios, el cambio subió 400 o 500 y más puntos, sin que hubiese más papel emitido, ni que dispusiésemos de menos oro efectivo en nuestros haberes.

Después de esta excursión por los números, de una elocuencia aplastante, entramos por el negocio de la moneda. Mi entrevistado me dice:

—Para llegar al problema monetario, no podemos pensar ya en la plata; tampoco podemos pensar en el talón de oro. He creído que el comercio nos ha dado una lección llena de sabiduría. Todo el oro que producen nuestras cosechas, no viene a nosotros. Lo movilizamos por medio de giros y de ese modo está fuera del atesoramiento interno y de otras inseguridades que no es del caso recordar aquí. ¿Por qué el Estado no debe aceptar para sí, lo que el comercio ha introducido en nuestras costumbres? En el seno de la comisión de la Asamblea a que usted se refería hace un momento, he propuesto que el Gobierno responda de toda la emisión bancaria, compensándose de esta responsabilidad hasta la cantidad concurrente con la que el mismo gobierno adeuda a los bancos. Opino por lo que los ingleses llaman *gold exchange Standar.*

—¿Y la cuestión de los bancos?

—Esa cuestión pienso que debe resolverse de una manera equitativa, porque la administración pasada, en su mayor parte, es responsable del desequilibrio de los bancos. Una junta directiva había podido librarse de un mal negocio que se le propusiera; pero ¿cómo iba a librarse de la presión gubernativa? El gobierno al responder de toda la emisión, no perderá, no regalará nada a los bancos y éstos podrán seguir cada uno sus inspiraciones propias. Todos los billetes están hoy igualmente depreciados, porque el banco emisor, al depreciar los suyos, deprecia también los billetes de los demás. Creo que también es conveniente cortar esa solidaridad en que los bancos se encuentran, en beneficio y mejora de las instituciones, por una parte; y por otra, fusionar los bancos, lo cual será una verdadera economía para los accionistas. Una ley debería responder a este objetivo.

La existencia de don Salvador ha consagrado largos años a los estudios económicos, con tan fructuosos resultados, que podemos gloriarnos los centroamericanos de un hombre de tan vasto saber. No es posible, dentro de las lindes de una entrevista fugaz, como fugaces son las impresiones del diarismo, desenvolver todo un programa. Los apuntes

relatados, sí pueden dar motivo para que los lectores formen criterio y sean estas líneas, iniciales de detenidos estudios.

Volviendo a la carga del momento político, hago notar a mi entrevistado mis sospechas pesimistas y él, reposadamente, con la fe del observador acucioso, pronuncia estas palabras:

—Si el gobierno continúa garantizando las libertades, y sobre todo, haciendo mantener el orden, no creo que se llegue al caos social que su nerviosidad me insinúa. Tenga usted por seguro que los agitadores se verán desairados por una población ocupada en sus faenas. Caminos, carreteras, facilidades al trabajo y a la agricultura, todo esto irá creando, de una manera, aunque sea lenta, la riqueza, y suprimiendo la desnivelación económica que sufre el país. El bienestar económico de la generalidad, traerá como consecuencia, la tranquilidad de los ánimos.

Y, persuasivamente, suelta estos conceptos:

—Si el patriotismo inspira a la prensa, los periódicos se ocuparán en dar *ideas,* de las cuales la administración pública podrá aprovecharse. ¿Qué auxilio puede traer la crítica acerba y despiadada de todo acto administrativo? Ideas, que ilustren, es lo que

el patriotismo aconseja, y no de pasiones que no escuchan. Los mismos insultos que a diario se dicen al gobernante, de una manera impune, están indicando la libertad de que goza la prensa. ¿Qué habría sucedido a estos periodistas hace cinco años, o hace cuarenta años? ¿Por qué entonces no realizar esa labor de patriotismo, cuando nadie la impide?

¡Ah, si pudiésemos meter en la cabeza de los guatemaltecos esta verdad profunda! Y en esa tarea de desprestigio perseguida con tanto tesón, se nota que los resultados son contraproducentes a las miras tenidas en cuenta por los difamadores. Otro concepto de don Salvador, nos hace ver más claro:

—La prensa procaz—me dice el distinguido ciudadano—está haciendo la apología del gobernante.

Requiere de su escritorio una carta y connúa:

—Aquí tiene usted una carta en la que se apunta: "Cada día se consolida más en el exterior, el prestigio de Herrera. En Centro América se aprecia claro que un hombre que resiste tal avalancha de procacidades y dicterios, como lo hace el gobernante guatemalteco, mantiene la libertad y crea un porvenir seguro a la democracia." Por eso

decía a usted que la prensa impulsiva, está haciendo la apología del señor Herrera...

Yo creo con don Salvador, que esa crítica sistemática, acusa falta de seguridad en su misma tendencia. El odio no es fuente creadora; puede llegar la aberración a que ese odio derribe un poder constituído; pero desde luego debe afirmarse que no construirá nada.

Apoyando lo que he dicho más arriba, mi entrevistado manifiesta:

—Los asuntos que nos preocupan son muy graves y no se pueden ventilar en una simple conversación. Es preciso meditar, exponer un estudio paciente y acaso deba desarrollarse en una serie de artículos, sin tener el goce de dar una explicación que a todos satisfaga. El mundo todo, se encuentra en dificultades económicas, exacerbado por la última guerra y, si pueden encontrarse paliativos a la situación, no logran tener una solución concluyente. Si el Estado debe garantizar los *derechos* individuales, en los conflictos de los intereses particulares y los intereses de la Nación, se debe estar siempre por los *intereses nacionales.*

Para poner remate a esta entrevista, arranco una última confesión al señor Falla:

—Debo decirle, con relación a nuestra lucha política interna, que no le doy grave

importancia. Todo puede reducirse, en último resultado, a nuestra mala situación económica, que hace mantener el espíritu popular, en continua agitación.

Y ya para despedirme, don Salvador, me suelta el concepto final:

—Otra cosa que conducirá a la paz social es el respeto a las libertades religiosas, como acontece en los Estados Unidos: allí, a nadie se le pregunta qué cree, ni menos se le agravia por sus creencias.

Siento estas frases finales, como una indirecta del padre Cobos; requiero mi sombrero y me escapo por la puerta, más corriendo que andando.

SEÑOR DON

FAUSTINO PADILLA

SEÑOR DON FAUSTINO PADILLA

Una olla de grillos resulta desvaída comparación con nuestros partidos políticos. Nadie sabe a qué atenerse, así es la mezcolanza que se ha fabricado en credos, doctrinas, principios y personalidades. Los demócratas se llaman a sí mismos liberales, con un tantico de miedo porque los confundan con los sectarios de Cabrera. Ellos a su vez, llaman a los unionistas conservadores, de aquellos conservadores que se identifican con los clericales. Y en tono de zumba los demócratas apodan a sus adversarios *inmaculados,* y éstos llaman a los otros, *panteristas*...

Si un ánimo sereno viniese a nuestras tierras y se diera cuenta de lo que pasa con los partidos, a fe de buen chapín que nos tuviera por la gente más alocada y sin tornillos que habita la costra terrestre. Y si todo estuviese y terminase en ese remoquetear y tildar, la cosa no valdría la pena de tomarse en cuenta. Pero es el caso que, las multitudes semibárbaras, inconscientes o crédulas que for-

man mayorías en todo país, pueden decidir estados anárquicos, y nosotros estamos a punto de no entendernos, ni de lograr hacernos entender.

He querido establecer, por boca de los interesados, el deslinde que existe entre los partidos reinantes y el concepto de los partidos históricos. Acudí, en primer término, al licenciado don Faustino Padilla, hombre de positivos merecimientos, de corazón sano, de costumbres puritanas y que, a pesar de ser abogado, ha buscado en el campo un refugio saludable y edificante. En los días de la tiranía hizo la campaña patriótica, y más de una docena de artículos suyos, doctrinarios y orientadores, leí en aquella época. Por estas consideraciones, le entré de lleno en la cuestión:

—Faustino ¿eres tú liberal de los verdaderos?

—Soy liberal—me respondió, mirándome por encima de los aros dorados de sus gafas. Soy liberal y a mucho honor lo tengo.

—¿Liberal de los verdaderos?—torné a preguntar.

—De los verdaderos; no de los que se cuelgan nombres y fechas como fetiches, y roban la infalibilidad al Santo Padre para atribuírsela ellos mismos.

—¿Crees tú que García Granados y Barrios hayan formulado un plan completo para la creación del partido liberal en Guatemala?

—No; ni García Granados, ni Barrios formaron, que yo sepa, un plan o verdadero programa de partido político. El primero formuló y el segundo ejecutó durante su gobierno las más atrevidas reformas para su época: la separación de la Iglesia y del Estado; la instrucción laica; la secularización de cementerios; la supresión de instituciones monásticas; el culto en el interior de los templos; el matrimonio civil; el divorcio y muchos otros actos de la vida política, prueban lo dicho. Los efectos son distintos según el medio en que se opere. Para estudiar a Barrios, hay que tener en cuenta el tiempo, la raza y el estado moral e intelectual de su pueblo. Nadie ha edificado palacios sobre escombros y ruinas, y para limpiar el terreno, más de una vez han de emplearse medidas violentas. Aunque parezca un contrasentido, de la tiranía de Barrios nacieron nuestras libertades...

Al oír a mi amigo, sentí un golpe en el estómago: parece que se insinuara el concepto de la tiranía ilustrada, o se practicara el principio de que la letra con sangre entra...

Mi entrevistado interrumpe mis incipientes reflexiones, agregando:

—Todas las reformas implantadas por el General Barrios, deben formar el alma del partido liberal; pero éste no debe encastillarse, sino adoptar los principios que la filosofía y el derecho moderno, van marcando.

Santo y bueno. Y aquí está, en mi sentir, el grave daño mantenido por el partido liberal: se han encastillado sus turiferarios; se ha remansado el criterio; el estanque es definitivo, y causa risa y tristeza, a la vez, observar a nuestros neoliberales, parapetados aún con los principios del 71, dando pruebas de un conservatismo lastimoso e injustificable.

El partido liberal no ha evolucionado; a través de medio siglo mantiene en sus manos la misma bandera y, así, resulta la pobre con los colores desteñidos y los bordes hechos hilacha... Barillas liberal... Reyna liberal... Cabrera liberal... y el poder que ha mantenido al partido liberal en el solio, lo ha obligado a crearse un ten con ten, sin entrar a vivir el siglo, desenvolviendo la actividad evolutiva que la época exige.

En fuerza de estas observaciones, formulo esta pregunta a Padilla:

—¿Qué calidad de reformas implantarías tú para redondear la obra del partido liberal y que se adapte a los tiempos que corren?

—Debemos recibir con los brazos abiertos el capital extranjero y la inmigración; sanear nuestra moneda; establecer el trabajo obligatorio; reglamentar las huelgas, reconociendo el derecho a ellas; conceder el voto a la mujer y darla libertad para que disponga de sus bienes cuando contraiga matrimonio; establecer la libertad condicional y la suspensión de la pena, para el que delinque por primera vez; asegurar la representación a las minorías; establecer el referendum para decretar; reformar o derogar ciertas leyes; establecer el impuesto sobre la renta, etc., etc. Estas cuestiones y otras que, por no pecar de prolijo no enumero, debe aceptar y practicar el partido liberal.

Se vé, por lo dicho, que el partido liberal, no está muy en su sitio. Y no está por la falta de prácticas. Yo sé que hay una legislación formulada en los tiempos de Cabrera, legislación civil y penal avanzada y en la que tuvieron parte los licenciados don Salvador Escobar, don Manuel Valle, don J. Francisco Azurdia, don Víctor M. Estévez y otras gentes de indiscutible valer y de filiaciones netamente liberales.

Pasando al comentario del bando contrario, pregunto a Faustino:

—¿Y el partido conservador ¿también está desorganizado?

—No; el partido conservador, que es el partido clerical, siempre ha estado organizado, porque tiene su jefe único en Roma, y porque en la más apartada de nuestras aldeas, opera el cura, gran líder del partido, y la congregación religiosa del pueblo vecino.

Según lo dicho por mi amigo, mala pécora es el partido conservador y hueso duro de roer. No se explica cómo con tan vasto campo de acción, el árbol del liberalismo ha crecido durante cincuenta años. Mi amigo me dice:

—El caudillismo y la ambición, han impedido que el partido liberal se organice sobre bases sólidas. La actitud en toda la República, de la juventud, los obreros y los intelectuales, hacen prever, para muy pronto, una nueva organización del partido liberal, tal vez ya sobre bases firmes.

¡Ojalá y fuera cierto el vaticinio de Padilla! Pero por el camino que han elegido los liberales de ogaño, no creo en el *muy pronto* que anima a mi compañero sea una realidad. Hay una desorbitación, penosa; una carencia de patriotismo; una ausencia de sindéresis; una viudez de buena fe...

Claro está que el estudiante, y el obrero consciente, y el intelectual selecto, se van por los derroteros del partido liberal; pero con la desorganización presente, y con las jefaturas torpes y malévolas, todo buen deseo, escolla. Cuando veo algunas ediciones de "El Demócrata" como vocero del partido liberal, siento que la amargura muerde duro en mi corazón..

—¿Consideras tú, Faustino, a don Manuel (ya sabes qué Manuel) como liberal?

—Esa es una herejía; Estrada Cabrera no perteneció a ningún partido: no es liberal, ni conservador; es *manuelista.*

—¿Qué concepto te merece el partido unionista?

—Te diré. Es una ley que, para realizar el ideal o para defenderse del peligro común, los hombres se unan. La necesidad de derrocar la tiranía y el vehemente deseo de consumar la unión de Centro América, conglomeró a todo el pueblo de Guatemala. Logrado el principal móvil, cesó el partido en su misión. No creo que, en rigor, el primitivo partido unionista, pueda llamarse partido político.

—Entre los componentes del actual partido unionista ¿consideras tú que todos sean conservadores, como afirman en globo los del partido contrario?

—De ninguna manera. Entre los actuales miembros del partido unionista hay quienes pueden ir del brazo con el más avanzado liberal y que a nadie ceden el puesto en honorabilidad y patriotismo.

—Y dime, ¿en el partido democrático, todos son liberales?

Mi amigo se soba la moruna barba y, batiendo las alas de las narices, me responde:

—En el partido democrático, al igual que en el unionista, hay mucha broza...

Y luego agrega:

—Ya se irá separando el trigo de la cizaña...

Y, entre tanto, pienso yo: los males se sienten con fuerza y en carácter irreparable. El descrédito del partido heredado por Cabrera, cunde asoladoramente. Los enemigos de los avances aprovechan todos los recursos y si no hay una alma compasiva que levante al partido a donde le toca, tendremos que lamentar más tarde, reveses funestos y dolorosos.

Los conceptos se tuercen; hay una falsa apreciación de los hechos; la prensa llamada liberal, en uno de sus órganos, está rematando una obra lamentable. En "El Demócrata" de anoche, hemos leído un mensaje de Esquipulas, en el que unos buenos señores, que deben de ser muy buenos, para ser tan

cándidos e ignorantes, se adhieren al partido federalista, con las mismas frases con que se adherían a don Manuel y protestan contra los *desmanes del gabinete.* Los conterráneos del Cristo famoso oyeron campanas, pero no las de su iglesia...

—¿Conocías tú, Faustino, con anterioridad, a don Carlos Herrera?

—Sí, hace muchos años; en el "Sport Club," durante la administración del General Reyna Barrios, siendo yo muchacho, conocí a don Carlos Herrera. Por las referencias que obtuve, desde entonces, le tengo en gran estima.

—¿Lo juzgas tú un político?

—No; lo considero un patriota. Bien sabes tú que la política, como ciencia, se hermana y completa con muchas ramas del saber humano y con las cuales, no creo que don Carlos haya hecho muchas migas...Del maquiavelismo, tan en boga y de tanto uso entre los gobernantes de la América Latina, no creo que conozca una palabra.

—En lo particular ¿qué opinas de él?

—Como honrado a las cabales; como patriota de buena cepa; como hábil administrador y de gran práctica, se merece los mejores dictados. Mi anhelo es que franca y decididamente encauce su política por un rumbo fijo, convencido de que él es el Pre-

sidente de la República y que debe, durante su período, dejar sentadas las bases de la prosperidad y de la grandeza de Guatemala.

Quiero terminar estas confesiones que me da un hombre leal y sano; por contera, pregunto:

—Si te tocara clasificar la figura de don Carlos Herrera entre los liberales o los conservadores ¿en qué casilla lo colocarías?

—Sin vacilación—me responde Faustino enérgicamente,—sin vacilación, a él personalmente, lo colocaría entre los liberales.

—¡Cabal!—dije yo para mis adentros.

SEÑOR DON

LEON APARICIO

SEÑOR DON LEON APARICIO

Tuvo don León Aparicio, en sus años mozos, los perfiles de Malatesta y, aunque no es un sectario furibundo, es uno de esos hombres que se ha pasado la vida soltando verdades como puños, exponiendo su criterio sin ambages y llamando a cada cosa por su nombre, según su leal saber y entender.

Una posición económica desahogada, le ha permitido esa franqueza, terreno vedado para los que luchan por la vida y tienen que amoldarse a los antojos ajenos y el pliegue de su voluntad, a la voluntad de los demás: o comerse los codos...

Vivió don León muchos años en los Estados Unidos; allí hizo sus estudios y saturó su espíritu con las ideas avanzadas de la enorme democracia. Yo sabía, por referencias, su filiación liberal, y ahora que ando en este deslinde de credos políticos, he creído que podía venir de perlas el celebrar con él una entrevista.

Y como lo pensé, lo hice. Enfrenteme con nuestro hombre, no sin llevar el temor

cillo de que, a lo mejor, me saliera con una frescura de este linaje:

—¿Y a usted quién lo mete en donde no cabe?

Pero, no señor: don León se prestó mansamente a mi interrogatorio y allá va el resultado de la entrevista.

—Quiero que usted me dé sus confesiones políticas, señor don León. ¿Querría usted responderme?

—Desde luego; pero pregunte claro y sin muchas solfas, porque soy hombre que gusta de la llaneza, sin retóricas, ni recovecos.

—¿A qué partido pertenece usted?

—Al Partido Liberal.

—¿Es usted liberal, en el sentido histórico que entraña este vocablo?

—Sí, señor. Profeso las ideas democráticas y republicanas que imperan en Norte-América, cuyos principios fueron implantados entre nosotros por los caudillos de la Revolución del 71.

Ya apareció *aquello,* dije para mi capote; y para no enzarzar mucho la cuestión, continué con mis preguntas:

—¿Qué concepto filosófico y político le merecen a usted los principios de liberal y conservador?

Los concibo—respondió—como manifestación de la eterna lucha entre los que anhelan

ensanchar el poder del pueblo y los que quisieran restringirlo; entre los que quieren libertad e igualdad, y los que claman por el privilegio; éste es heredero directo del régimen colonial y aquél hijo legítimo de las ideas igualitarias modernas. Sus respectivos principios, buenos o malos, según cada criterio particular, no implican falta de honradez, ni de patriotismo, cuando se profesan con sinceridad.

¡Esta es la madre del cordero! En política, como en religión, la sinceridad del profeso, obliga al respeto de los demás. Podemos practicar un error; pero si la base es de honradez, cabe el trabajo de persuación y nunca el reproche o la censura. Por desgracia, esa base indicada, casi siempre se falsea. Se pertenece a determinado bando militante, por razones de conveniencia, por empujes de especulación y por estímulo de ambiciones desbordantes...

Los casos se repiten a porrillo en nuestra volatinesca política. Nuestro colega "El Demócrata," por los senderos adoptados a última hora, está dando una prueba de lo dicho. Lo que ayer le pareciera blanco, con albura pascual, hoy lo aprecia con fondos obscuros y tenebrosos...

Pero sigamos con el señor Aparicio.

—¿Considera, usted, don León, que están organizados a la fecha los dos partidos, liberal y conservador?

—Por lo que toca al Partido Liberal, a cuya directiva tengo la honra de pertenecer, puede decirse que está perfectamente organizado y potente, como nunca en su historia; advirtiendo que los principios que profesa son los de casi toda la Nación. Ignoro por completo si el Partido Conservador está organizado o no; pero es difícil creer que pueda existir una organización eficiente en un partido que se ve obligado a ocultar sus principios y propósitos verdaderos.

Faustino Padilla, tan liberal como el señor Aparicio, dijo todo lo contrario. ¿En qué consiste esta discrepancia de apreciación? Y lo que me pone caviloso es que se refiere el asunto a algo de primordial trascendencia. Algo que es nervio, y es médula, y es fuerza. Que la mayoría de la República profese el credo liberal, sí es observación que juzgo atinada y justa. Pero esa disimilitud de conceptos sobre las organizaciones, en dos prohombres del partido, es cosa con la que no acierto. Y medítese sobre esta disparidad de opiniones:

—¿Qué nuevas ideas—he preguntado a don León— no practicadas en nuestra vida política podrían insinuarse al gobierno, para

que las pusiese en vigor y se diera a su tarea un cariz eminentemente liberal?

—Ninguna—me ha respondido el señor Aparicio.

Mi amigo Padilla, al interrogarle en este sentido, me soltó una ristra de innovaciones...

El señor Aparicio respalda su negativa, con estas frases:

—Ninguna nueva idea. Con las viejas bastan, si se ponen en práctica. Impongamos el respeto absoluto a la Ley; que el derecho del sufragio, base única de la verdadera Democracia, sea sagrado y así, las Asambleas representen la voluntad del pueblo y no la del gobierno, o lo que es peor aún, la de ésta o aquella agrupación política. Solo en un régimen de igualdad absoluta, en el cual se cumplen las voluntades de la mayoría, puede haber tranquilidad. Para eso se necesita que el gobierno no interprete torcidamente las necesidades del país; que se inspire en el bien común; que preste constante atención a los cambios que, en la conciencia nacional, se revelan, procurando inspirarse en ella, para no divorciarse jamás de la opinión.

Esto me ha parecido una indirecta del padre Cobos. Y la indirecta se ha trocado

en un flechazo, cuando le he hecho la siguiente pregunta:

—¿Juzga usted necesario que el actual gobierno haga política?

—Desde luego, hombre, desde luego. El gobierno tiene necesidad de hacer mucha política; política económica, política agrícola, política administrativa, etc., etc. Que desista en lo absoluto de la política de partido que ha venido haciendo hasta hoy, que es impropio de un gobierno serio y fecunda en desprestigio. Sobre todo, que se inspire en el bien común, como dije antes, para no divorciarse nunca de la opinión de la mayoría.

Aquí le cogió el dedo la puerta a don León. El desprestigio atribuído al gobierno radica precisamente en que no ha hecho política de partido. El proceso seguido en un año de nueva administración, lo dice a gritos. El señor Herrera llegó al poder por la voluntad de los partidos más numerosos de la República. Formó su gabinete con elementos de todos los colores. Dió las jefaturas departamentales a personas de diversos matices políticos, apuntalado en su criterio de delegar las funciones administrativas a las *capacidades* y no a los hombres de determinado bando político. Y así se oyó la zalagarda que armaron los unionistas por-

que se ocupaban hombres del credo democrático y ahora los demócratas se emberrinchan, porque dicen que los unionistas privan en el poder. ¿Quién se salva de este mare magnum?

Por esto, he preguntado al señor Aparicio:

—¿Considera usted conservadores a todos los miembros del Partido Unionista y liberales a todos los del Partido Democrático?

Don León hace un bonito juego, y me responde:

—Todos los del Partido Democrático son liberales y, de los otros, se puede afirmar, que si no todos los unionistas son conservadores, todos los conservadores sí son unionistas.

¿Qué cree usted, lector, que hay de cierto en todo esto? La respuesta tiene miga y acusa el espíritu observador del señor Aparicio. Voy dando mate a mi trabajo.

—¿Ha sido político usted alguna vez?

—Jamás. El año pasado, por el deseo de tomar parte, aunque mínima, en la salvación de los principios liberales que creí amenazados, me afilié al Partido Democrático.

—Y al presente ¿qué idea tiene usted de la política?

Don León se sonríe, con un dengue de doloroso rictus, y dice:

—Con esta política de intransigencias, exclusivismos y odios feroces, sin ningún fin práctico, menos aún patriótico, no se puede tener ninguna idea.

Y yo siento también el desconsuelo de mi entrevistado. Magalomanías, ambiciones, rencores, odios, rencillas lugareñas, animadversiones de aldehuela, todo un sistema de pasiones bastardas y de sentimientos descalabrados, informa la política militante, en la mayoría de los mangoneadores. Y, en tanto, una minoría cuerda y serena se pasa las manos por los ojos, como si quisiese apartar una alucinación y se pregunta:

—¿Quiénes son éstos que hoy manumitidos de la tiranía más odiosa, se revuelven airados contra un sistema que mantiene como égida la Libertad?

Francamente, como dice don León: no se puede tener ninguna idea de la política, con voceros como los que a la fecha nos asedian....

SEÑOR DON

JOSE A. BETETA

SEÑOR DON JOSE A. BETETA

Don José A. Beteta es de cuerpo menudo; pero al hablar con él, se siente la corpulencia de su talento. Y como habla apretado, cual si fuera clavando las palabras, da también la sensación de un carácter tenaz. Yo le conozco—y conmigo, todos mis paisanos—desde que tuve concepto de las cosas y de las personas, porque aparte de la actuación que ha mantenido en nuestra vida política, ya hace rato que el eminente hombre ve llover...

Y su tarea saliente ha sido ofrecida a la unión de Centro América. Ahora que las luchas lugareñas toman carices asaz desagradables, busqué saludables impresiones en el alma de este hombre, tocando los tópicos del magno propósito nacional.

En el año de 1884—víspera gloriosa—fundó don José un periódico que se llamó "La Unión de Centro América." Eran los días candentes en que el general Barrios movía las opiniones hacia el acariciado ideal.

—¡Qué tiempos aquellos!—exclamamos al unísono.

Y don José me cuenta:

—El patriotismo había encendido nuestra sangre. Y el libro, el folleto, y la tribuna, y la cátedra, eran medios propicios para expandir los sentimientos. En compañía de Francisco Azurdia y de Mariano Chéves y Romero, fundé un periódico, dirigido a la propaganda unionista. Otros estudiantes de Derecho coadyuvaban con nosotros. La sociedad de artesanos que presidía entonces don Francisco Quesada, costeaba los gastos del periódico y llevamos a la colaboración grandes mentalidades de la época como don Francisco Lainfiesta, el licenciado don Mariano Micheo, don José B. Ubico y don José María Marroquín. Para ellos tendrá la historia, páginas de cariño...

Yo sabía, por referencias familiares, que don José se había alistado en las huestes reconstructoras, cuando Barrios, el 85, lanzó la proclama de unión. Hago alusión y mi entrevistado me refiere:

—Es cierto; marché en la división que comandaba don Felipe Cruz, general de altos prestigios. Asistí a la batalla de Chalchuapa y ha quedado en mi corazón la pesadumbre del desastre. Con ese mismo jefe regresé a la capital, convencido que, si aquel intento

había fracasado, tenía que llegar al cabo, la hora de la redención.

—¿Continuó usted su labor propagandista?

—Sí. Dos años más tarde, salí electo diputado y en el congreso luché con la misma fe que siempre me alentara. Intervine en cuantos trabajos o iniciativas me salieron al paso, siempre alrededor de la unión, y recuerdo con el más puro afecto a los compañeros Ramón Uriarte, Ramón A. Salazar, Manuel Valle, Rosendo Santa Cruz, José León Castillo, Fabián A. Pérez, que era un muchacho de grandes esperanzas y a los Montúfar.

Muchos de estos nombres—¡ah, las santas evocaciones!—llenan mi memoria. Son los paladines de la nacional cruzada. Don José continúa:

—Aprobado el pacto de unión celebrado entre los gobiernos de Centro América, el año de 1888, se reunió en San José de Costa Rica, una Dieta centroamericana, con el fin de desarrollar las bases y allá fuí como primer Secretario de Legación, que presidía don José Farfán. Un año antes había publicado un libro que intitulé "Morazán y la Federación," encaminado a la propaganda unionista, libro que tuvo la buena suerte de ser reproducido dentro y fuera de Centro

América y que hace poco fué inserto en el periódico "Las tres Américas," que se edita en San Francisco California.

—¿Tiene usted otros trabajos dirigidos al mismo fin?

—Tengo. Presenté una conferencia al Congreso centroamericano de periodistas, reunido en Guatemala, en 1911, y desarrollé el punto siguiente: "Medios de que debe valerse la prensa para contribuir a que la unión de Centro América sea un hecho el 15 de septiembre de 1921." También con ocasión del centenario de la Independencia de Chile y a instancias del Ministerio de Relaciones Exteriores, escribí la "Evolución histórica de Guatemala" trabajo que se publicó en el libro de Poirier "Chile en 1910." Allí defendí, lleno de ardor y entusiasmo, la conveniencia de la unión, bajo el sistema federalista, el único posible a mi juicio y en las actuales circunstancias.

Al recuerdo de sus labores, don José refiere los hechos sin concordancia de fechas. Así, de momento, se interrumpe y me cuenta:

—En 1900 fuí acreditado como Ministro Plenipotenciario ante la Dieta Centroamericana, que residía en Managua y mi empeño se encaminó a que se cimentase la unión sobre bases convenientes y estables, amplias y de igualdad, a fin de que Guatemala pu-

diera adherirse a la República Mayor. Todo hubo de fracasar por la caída del general Gutiérrez, presidente de El Salvador, en aquellos días.

Por último, salta a la época gloriosa y me dice:

—La presentación del Decreto de 1.° de marzo de 1920, sobre el tema magno, fué idea mía y por ella luché en el ánimo de varios diputados, hasta lograr que se presentara la iniciativa que redacté con Vidaurre, y que fué firmada también por algunos diputados que la apoyaron.

Rueda la conversación sobre puntos de inmediatas consideraciones. Don José se encastilla ante el revuelto mar de las pasiones, como si quisiese reconcentrar todas sus ideas y sus aspiraciones a la finalidad única del centroamericanismo: la unión.

Tocó su reciente marcha a Costa Rica.

—No se me ocultaban—dice—las contrariedades que serían fruto de mi ausencia. Sin embargo, estaba convencido de que redundaría solo en mengua de mis personales intereses y encariñado como he vivido con la idea de la unión, dispuesto a sacrificar por ella toda idea de partido y todo interés personalista, presté desde luego mi aquiescencia para dejar transitoriamente mi alto puesto que ocupaba en la Corte Suprema

de Justicia, e ir a trabajar a Costa Rica por el más noble afan que todo patriota centroamericano apoya y que los partidos militantes han consignado en sus programas, como objetivo principal. La grande idea de la unión tiene tal fulgor, que apaga toda tendencia, toda inclinación hacia cualquier interés partidario. Así fué como marché empujado por las más risueñas esperanzas a Costa Rica. Buenos colaboradores llevaba a mi lado y siempre citaré con afecto a los secretarios Salazar, Viteri y al agregado militar Rogelio Flores. La eficaz y patriótica colaboración de estos buenos guatemaltecos, fué para mí un constante incentivo.

—¿Qué recibimiento les hicieron los costarricenses?

—Cordial. Alejados por las distancias, el afecto se mantiene, y se comprueba la solidaridad de pueblos nacidos del mismo tronco. Usted ya debe haberse enterado por las publicaciones de allá, de los detalles. Quiero hacerle resaltar mi gratitud por aquel Estado. Es posible que el cargo que llevaba y, como lo decía, el sentimiento de fraternidad, hayan influído a que las manifestaciones de que fuera objeto la Legación, tuviesen una mayor resonancia de la que mi modestia esperaba.

—¿Cómo inició sus trabajos?

—Era indicado en tales casos procurar la relación de las personas más influyentes de la política y del acercamiento centroamericanista. Así lo hice. Fuí favorecido con la amistad franca y leal de muchos prohombres y ayudado inteligentemente por los miembros del Comité Federal de dicho Estado. De este modo conseguí que se desarrollara una propaganda unionista que, día por día, fué posesionándose más y más de aquel noble pueblo y convirtiendo en adeptos a los que antes se mostraban indiferentes. En conversaciones privadas, en mítines, en clubs, en conferencias públicas, en la prensa, en todo lo que significaba publicidad, el aliento fraternal cundía y la conciencia popular se afiliaba a nuestra causa. Puede afirmarse que, a pesar del pesimismo propalado sobre el apartamiento de Costa Rica, en la actualidad, la gran mayoría de los habitantes son netamente unionistas.

—¿Y cómo no pasó el Pacto en el congreso?

—Aberraciones u ofuscamientos. Bastante ha llegado aquí por la prensa y que dá la cabal idea de los móviles que tuvo un grupo de veinte diputados, para contraponer su voluntad antiunionista a diez y nueve diputados que aspiraban por la reconsideración del Pacto, y el otorgamiento del pase.

—¿Considera usted perdida toda esperanza?

—De ningún modo. Esa resolución no puede considerarse como definitiva; y es probable que el asunto sea sometido de nuevo al congreso, después de la renovación de diputados, por mitad, y que debe verificarse en diciembre del presente año.

—De la mentalidad alta costarricense ¿puede esperarse que coadyuve al logro de nuestras aspiraciones?

—Tengo la completa certidumbre. Es un hecho comprobado por los datos que han visto la luz pública, que los costarricenses más prominentes, son unionistas, con raras excepciones, y que aun los separatistas han observado ante la propaganda unionista, una actitud circunspecta y respetuosa. El Comité federal central, que tiene su residencia en San José, no ha descansado en sus labores y continúa con el mayor empeño la obra redentora.

Entramos por las minucias de la política interior de la hermana lejana. Se comprende desde luego que don José se ha hecho cargo cabal del valer de los hombres, de sus tendencias, de sus principios. Pero estos son asuntos de otra índole y hoy me he querido referir solo al asunto de la unión que—dicho sea con toda verdad—nuestros

partidos han puesto de lado, para entrar en zipizapes que tienen a los chapines, crédulos e indiferentes, con un noventa por ciento de zozobra.

¡Ah, si en vez de luchas estériles y de los intereses menguados, claváramos la vista en el beneficio común y aprontáramos las energías a la reconstrucción vital! Pero nada: que estamos empeñados en la obra originalísima, de dar testarazos al muro...

SEÑOR DON

FEDERICO CASTAÑEDA GODOY

SEÑOR DON
FEDERICO CASTAÑEDA GODOY

Si fuera, usted, lector, a formarse concepto de la personalidad del nuevo Presidente de la Corte Suprema de Justicia, por el decir callejero, ya tendría para rato. Los prejuicios políticos y las retiscencias religiosas tiran de su lado, y no se encuentra la carta a que deba uno quedarse. A raíz del nombramiento citado, me dijo uno:

—Hasta que vamos a tener un verdadero Presidente de la Corte Suprema.

Otro, castañeteando los dientes, me apuntó:

—Ya podrían haber habilitado al Obispo de abogado y dádole el sitio.

Más allá se me dijo, con tono piadoso:

—Lástima de hombre; es honrado y competente. Pero, dentro de seis meses, no daré cinco pesos por su reputación.

Y mientras los unionistas se relamían, de puro gusto, los adversarios formulaban profecías, que no me hacían envidiar el presidencial cargo.

Así estamos. El bando político a que se pertenece, decide de la calidad individual. No importan las ejecutorias; no importan los pasados procedimientos, buenos o malos; no importa la contextura moral; no importa el ser pillo o el ser honrado; lo único que se toma en cuenta es el color del partido a que pertenece y, todo lo demás, es jerga, pura jerga.

Reducimos nuestro criterio al cauce de las luchas momentáneas; el discernimiento lo llevamos dentro de los bolsillos del pantalón, y no le sacamos, así nos aspen. Por esto, verá usted, lector, que ando en este trajinar de entrevistas, buscando en las propias fuentes los pareceres individuales. Que cada candidato diga lo que siente y lo que piensa.

Y me parece una manera leal de formar criterio a los que tengan la humorada de leerme; de esta guisa, por confesiones sinceras, ya se sabrá a que atenerse, respecto a cada prohombre que a la fecha, juega un papel en nuestra vida pública.

Hoy le tocó turno a Federico Castañeda Godoy. Yo le conozco de muy atrás; los mismos bancos de la escuela sostuvieron nuestras recias personas. Y ahora que le entrevisto, siento una cándida fruición, al tutear a todo un señor Presidente...

—¿Cómo has encontrado el poder judicial a tu arribo a la presidencia, en lo que atañe a la moralidad de los funcionarios?

—Te he de decir, francamente, que no he podido formarme cabal juicio, por no haber practicado la visita reglamentaria; llevo apenas medio mes de ejercer mi cargo y el cúmulo de atenciones de los últimos días, ha sido enorme. El cambio de personal en un despacho de la entidad del mío, trae como presente, mayor trabajo que en su curso ordinario. A poco que pasen unas semanas, te contestaré categóricamente.

—Por tus observaciones de abogado ¿cuáles consideras tú como vicios sustanciales en la administración de justicia?

—Considero que son tres los vicios mayores: la inmoralidad, la ignorancia y la falta de actividad. Contra ellos he de emprender una campaña sistemática y tenaz. Creo que contaré, para redondear mi tarea, con la cooperación de mis compañeros de tribunal, de los señores abogados y con el valiosísimo concurso del Procurador General de la República.

Es un hermoso programa para empezar. La justicia estaba, en años cercanos, a la altura de la infamia.

—¿Qué plan tienes para esa campaña?

—Llevar a las judicaturas elementos cuyos antecedentes personales y de familia, infundan completa confianza en cuanto a honradez.

—¿Qué más?

—Trasladar a los departamentos a los jueces que, habiendo prestado servicio en la capital, se encuentren aptos para atender debidamente la pruralidad de asuntos que tendrán a su cargo en los órdenes civil, criminal, de guerra y de hacienda.

—¿Qué más?

—Atender con especial cuidado y sin indulgencia alguna los antejuicios, para que el peso de la Ley caiga sobre el funcionario, cualquiera que sea.

—Muy bien ¿qué más?

—Practicar con toda religiosidad las disposiciones reglamentarias relativas a la supresión de abusos y faltas en la administración de justicia, abriendo inmediatamente el antejuicio respectivo, en los casos en que haya lugar.

—Excelente ¿qué más?

—Poner al servicio la biblioteca del Poder Judicial, que ha permanecido cerrada tanto tiempo, con daño para la misma; muchos volúmenes están en mal estado. Y pedir

las mejores obras y estimular el ensanche y positivo servicio de la biblioteca.

—¿Qué más?

—Tener a la vista, mensualmente, los datos estadísticos, e inquirir la causa por la cual no se dicta el número de sentencias, que racionalmente debe dictar cada despacho.

—¿Qué más?

—Mejorar las oficinas, dándoles el espacio y las comodidades que demanda la buena marcha de aquella.

—¿Qué más?

—¡Hombre, para el principio, juzgo que es suficiente!

Es cierto. El lector podrá analizar el salto que dará la marcha administrativa, si cumple al pie de la letra el alto funcionario con sus propósitos.

—Y en cuanto a corruptelas de puro trámite ¿entrarás a su destrucción?

—Sí. Voy a un caso. La reforma de la Ley Constitutiva interpretada erróneamente por algunos funcionarios, tanto de la capital como de los departamentos, sentó la jurisprudencia de exigir firma de abogado en los escritos de los que litigan en asunto propio. Considerado el caso, en el Tribunal Supremo, y en atención a que, el que litiga en asunto propio no ejerce la abogacía, sino el derecho de defensa, se dirigió telegrama

circular a todos los tribunales para abolir esa práctica viciosa.

Mi preopinante hace una pausa y sigue:

—Otro caso. Con violación de ley expresa, se abría el recurso de casación pidiendo los antecedentes, antes de que se hiciese el depósito, previo a los trámites del recurso. Esa violación clara de la ley, se sostenía alegando la necesidad de conocer las actuaciones para determinar el monto de la suma que había de depositarse. La ley señala de cincuenta a quinientos pesos para entablar la casación y queda al prudente arbitrio del tribunal fijar la suma, lo cual hará en vista de lo que alegue el recurrente, al introducir el recurso; y si el escrito respectivo fuere escaso de datos, el Tribunal hará la designación que crea conveniente, ya que no existe regla alguna al respecto; pero no violar una disposición clara y terminante que no da lugar a duda alguna. Propuesta la nueva práctica de señalar antes el depósito y después pedir los antecedentes como lo manda la ley, mis ilustrados compañeros aceptaron inmediatamente, sin objeción alguna.

—¿Qué me dices de las leyes procesivas, retardadoras en la mayoría de los casos?

—Otro punto de mucha importancia. Se hace ya indispensable una reforma radical en las leyes procesivas; resultan, al cabo,

una verdadera moratoria y un camino muy tortuoso en materia de justicia. Nuestros procedimientos civiles, lejos de aclarar las cuestiones, facilitan el embrollo, dan lugar a multitud de excepciones, artículos e incidencias que, los litigantes sin escrúpulos, aprovechan para eternizarlo todo. El procedimiento actual dificulta la averiguación de la verdad y peca de exigente, en cuanto a cierto formulismo que carece de razón de ser. Las notificaciones fuera del tribunal, son una arma peligrosa que se presta a falsedades, a la pérdida de tiempo y a muchos abusos. Son la parálisis de los juicios y la desesperación de los litigantes. La ley procesiva, en materia civil, debe de ser más práctica, más fácil, y más de acuerdo con la razón, para el pronto fallo de los asuntos.

Esta retardación maliciosa se apunta en la generalidad de los casos. Lo dicho por Castañeda Godoy, es un evangelio; y así termina su concepto, con estas frases:

—Encontrar la verdad para apreciarla en la sentencia, con arreglo a la ley, es el fin del procedimiento. Y el nuestro, en la práctica, oscurece la verdad y demora la resolución cuando no hace ésta imposible. Sé de muchos asuntos que llevan muchos años de litigio y en los que se han gastado pilas de papel, que no podría cargar un solo hom-

bre, como que hubo de apelarse a una carreta, cuando fueron pasados los autos de un tribunal a otro... Y aún no se ha dictado la sentencia final, ni se dictará jamás, por que en la mente del abogado temerario que dirige la cuestión hay muchas revocatorias, apelaciones, revisiones, ocursos, nulidades, recusaciones, excepciones y todo un cortejo de obstáculos. Así, se cierra el paso a la resolución definitiva y, lo penoso, es que esos retardos, son respetados por los funcionarios, religiosamente, como prácticas sagradas del Derecho. Tú debes saber que hay abogados que se jactan de demorar un juicio indefinidamente; y en esa habilidad desvergonzada hacen consistir su mérito profesional... Para remate, se encuentran ellos con funcionarios que rinden culto a la moratoria, y así la administración de justicia se hace intolerable.

—Y ¿cómo contrarrestar ese avance inmoral?

—Con la constante inspección de la conducta judicial. Además, la aplicación inmediata del correctivo indicado al caso y la separación pronta de los reincidentes. Por otra parte, citar a los contendientes a juntas conciliatorias en los juicios ordinarios, práctica caída en desuso, desde hace largo tiempo.

Insisto en un punto que me parece de importancia y pregunto a mi entrevistado:

—¿No es desesperante el estado de los funcionarios, por razón de las malas prácticas?

—Muchos funcionarios judiciales se han connaturalizado con algunas prácticas viciosas, que hacen aún más tardío el procedimiento. Entre esas malas prácticas pueden contarse el conceder recursos en los casos no indicados por la ley, cuando se trata de materias especialmente legisladas y en las que, como en las posiciones, la segunda instancia se reserva para el auto que las termina, y no para la providencia en que se cita con apercibimiento. Esa prodigalidad de ocursos y de recursos, sobre todo en el efecto suspensivo, acaba con la paciencia de cualquier resignado litigante, que concluye por abandonar el pleito, desesperado con tanta pérdida de tiempo.

—Dime otra cosa ¿qué lapso mayor consideras necesario para llegar a un equilibrio y que la máquina judicial mueva sus engranajes, sin alteraciones, retardos, ni rompimientos?

Con entera fe me responde:

—Hechas las reformas urgentes e indispensables a las leyes procesivas y remunerado justa y debidamente el trabajo de los fun-

cionarios y empleados, creo que, en un año, se llegará al fin que me indicas.

Un suspiro de satisfacción me sale, como si arrojara un peso. ¡Ah, si dentro de un año, nuestros jueces tuviesen la tiesura de los magistrados ingleses! Pero todavía quiero rematar el concepto e interrogo:

—¿Cómo sería posible abolir el prevaricato en jueces y litigantes? ¿Y el cohecho?

—Con penas severas y la inhabilitación absoluta para el ejercicio de la profesión. Y antes que eso, moralizando y dignificando la abogacía, así como estableciendo la carrera judicial.

Castañeda Godoy se expresa con absoluta firmeza; el que habla en ese tono, da la sensación de que es capaz de ejecutar lo que apunta. Aprovecho esa serenidad de juicio para interrogarle:

—¿Cuáles son tus visiones a lo porvenir, siendo la justicia y la libertad, bases únicas de la democracia y de la vida nacional?

Me observa fijamente y dice con reposo:

—Cuando el calor de las pasiones políticas entre en su natural enfriamiento, y la fuerza de los intereses creados durante el régimen caído se nulifique, y lleguen los *políticos damnificados* a la era de resignación y conformidad que se les desea, y más que todo, cuando se convenzan de que mayor bien

puede hacerse a la patria en el trabajo particular y honrado, que desde los puestos públicos, entonces todo será más fácil y la administración de justicia participará también de esa bonanza necesaria a la República.

En esta apreciación que encierra en tesis general, una visión sana, noto un dejo de influencia política. La oportunidad la tomo por los cabellos y me cuelo por los vericuetos de los partidos. Pregunto:

—¿Cómo resultaste en el partido unionista?

—Para ingresar en el partido unionista, fuí invitado por los señores don Emilio Escamilla y don Eduardo Camacho, pocos días antes que se firmara el acta de 25 de diciembre. Después de leer dicha acta, sin entrar en detalles de ninguna especie, la firmé y dije estas palabras: "Firmo, porque si no somos nosotros los que derrocamos la tiranía ¡ay, de nuestros hijos! Comprendí al momento que Estrada Cabrera se opondría a la unión y nos haría la guerra, con todos sus recursos. Para prevenirme de las acechanzas y del infortunio que caería sobre mi hogar, me aseguré la vida en la Compañía que representa el señor Laroque y me ocupé tesoneramente en los negocios de la política

que se me encomendaron y que, para fortuna mía, logré cumplir a satisfacción.

Yo me recuerdo que, desde la cárcel, me enteré de la labor patriótica proseguida por Castañeda Godoy; aprecié en todo su valor la empresa y llegó hasta mi atribulado espíritu, un rayo de esperanza. Federico continúa en su información:

—Separado de la secretaría del partido unionista, ascendí a director y establecí una oficina de abogacía y notaría para hacer frente a las exigencias de la vida material.

Me parece llegado el momento de tocar una tecla, que en la mayoría de los casos me ha desentonado y digo:

—Dime Federico, de tí para mí ¿es cierto que eres conservador?

—Por ser católico—me responde con la mayor sinceridad—se me ha clasificado entre los conservadores: allí se me ha clasificado, y allí me quedo. Jamás he de llegar a comer curas, ni a reconocer como jefe de mi partido al Doctor don Manuel Estrada Cabrera.

¡Aleluya, aleluya! Aquí está un hombre franco. En presencia de la alegría que sale a mi redonda cara, mi entrevistado agrega:

—No creo que los hombres sean lo que ellos se llaman, sino lo que resulta del cóm-

puto y apreciación de sus hechos. Yo practico el "obra son amores"....

Y puesto en la senda del ingenio, termina:

—Tengo la idea de que, en mi patria, que desgraciadamente no sabe leer porque cuenta el noventa y tres por ciento de analfabetos, no han existido partidos políticos, sino personalismos odiosos. Y como me decía un amigo, demócrata para más señas, en Guatemala, hasta antes de la evolución actual, el único partido era el pueblo, que siempre ha estado partido por el eje... A lo que agregó otro: "Sí, partido por el Eje... cutivo."

Tiene gracia ¿no es cierto?

—Nuestro pasado político,—finaliza— es, a mi ver, una cesta de ropa sucia que debemos quemar; no vale la pena de que se lave. Pidamos nuevos trajes por decencia, por decoro y, sobre todo, por profilaxia. Hagámoslo por bien de Guatemala.

La figura retórica de mi amigo, me resulta muy lavanderil y no hay necesidad de llegar ni al agua, ni al fuego, ni a la mugre. El hecho concreto es que estamos desorbitados, así como suena, desorbitados. Hay al presente, conservadores que son liberales, ateos que alternan con clericales, santeros metidos a panteristas y no se encuentra medio de aclarar el asunto.

El disimulo ha fundado escuela; la conveniencia es acicate; la intolerancia se yergue como árbitra y señora; la ambición bastarda culebrea entre las opiniones y las voluntades. Así, el caso de Castañeda Godoy me causa una sensación especial, porque encuentro al hombre franco. Me repetía él con insistencia:

—No te extrañe que diga muy alto que soy conservador; no tengo miedo a manifestarlo: si los otros son liberales, que respeten mis ideas. Y así como ellos creen que Guatemala es liberal, yo considero que la República, es un país de católicos vergonzantes...

¡Y los dos tienen razón!

SEÑOR DON

JOSÉ MATOS

SEÑOR DON JOSE MATOS

En los tiempos de don Manuel no se hizo política militante; la *fiera* lo urdía todo y era una especie de Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como... Pero después, la política se ha hecho como se hace música, y se hace adobes, y se hace disparates: que todo va revuelto, desatinado y heterogéneo.

El doctor Matos ni antes ni después ha hecho política. Encastillado en su cátedra de Derecho Internacional, ha departido amigablemente con los liders de todos los partidos, sin dejarse arrastrar por la corriente más o menos impetuosa del parecer partidario. Y así, cuando le eligieron para sentarse en la curul de Tegucigalpa, me llamó la atención y me dí a sospechar si aceptaba o no.

—Verá usted,—me decía el doctor, mientras tocaba esta cuestión.—Cuando se me manifestó la designación que recayera en mi persona, tuve una lucha de sentimientos encontrados. Por una parte, mi deseo de no declinar un honor que tengo en tan alta

valía; por otro, sin falsas modestias, la consideración de las graves responsabilidades por razones de competencia o fracaso de la empresa que se acometía. Luego, la actitud de Nicaragua y la que yo esperaba que tomara Costa Rica, con barruntos de positivo desastre... Más deseaba continuar con mis lecciones de la Facultad, que enrolarme en el vaivén de la política. Sin embargo, agitó mi ánimo la santa fe en la causa de la unión, como el único remedio contra los males que perturban nuestros países, y me resolví aceptar la designación y trasladarme a Tegucigalpa, con la seguridad de que, cualquiera que fuese el resultado, podía cada uno dejar constancia de su conducta y actuación.

¡Es claro! Los trabajos encaminados al reintegro del viejo solar, no deben conocer escrúpulos ni esfuerzos; todos, todos en la medida de nuestros poderes, estamos en el deber de aprontar nuestra actuación para el logro del ideal tantas veces planteado. El doctor Matos ha obrado ceñido a una conciencia recta, al dejar su hogar y lanzarse a la cruzada generosa.

—Diga, doctor: ¿qué instrucciones especiales recibió de nuestro gobierno para obrar en la Asamblea magna?

—Ninguna. Se nos dejó que laborásemos al impulso de nuestro criterio y en la medida de nuestro patriotismo. La única entrevista que tuvimos con el Ministro de Relaciones Exteriores, se concretó a un cambio de impresiones de orden general y a preparar nuestro viaje. Al señor presidente Herrera no tuvimos el honor de ver; fué en los días en que estaba guardando cama.

—A su paso por los puertos salvadoreños ¿se les hizo algún recibimiento?

—Y muy cordial. El presidente Meléndez tuvo la gentileza de llegar hasta La Libertad, acompañado de todo el personal del Ministerio de Relaciones Exteriores y presentó su saludo a nuestra delegación. Las declaraciones que, a campo abierto nos hizo, fueron francas en favor de la común nacionalidad y, sin duda alguna, esas declaraciones significaron para nosotros un nuevo estímulo para los propósitos que nos encaminaba para Honduras.

—Entonces ¿califica usted el sentimiento oficial de El Salvador como eminentemente unionista?

—Sí. Las declaraciones públicas a que aludo, hechas por el señor Meléndez y otras que recogimos de altos personajes, me mueven a sentar una afirmación.

—En Honduras ¿cómo fueron recibidos?

—Del modo más cordial y fraternal. El presidente López Gutiérrez es un gobernante honrado, patriota y unionista de los fervientes. Muchas veces escuché de sus labios, que cualesquiera que fuesen los esfuerzos y sacrificios que se viera conminado a realizar el pueblo hondureño en favor de la unión, los haría gustoso, con tal que la reconstrucción llegue a su final y una sola bandera cobije nuestros pueblos. El hondureño, por tradición y sano convencimiento, es unionista; sobre las luchas lugareñas que siempre tienen sus ribetes de bastardeo, priva el anhelo de la unión y la fraternidad se muestra decidida y vehemente.

El unionismo hondureño se ha consolidado con la figura de Morazán; como si el espíritu del caudillo se mantuviera en todas las conciencias de los de la tierra de Hibueras. Así no es de extrañarse lo que manifestara al doctor Matos, el señor López Gutiérrez.

—Cuando me anunció que estaban dispuestos al sacrificio—me refería mi entrevistado, al viejo general le temblaba la voz y cuando se designó Tegucigalpa como capital de la federación, se le anublaron los ojos. Que al fin y al cabo resulta cosa dura abandonar los viejos sitios, para ir a la busca de terrenos en dónde plantar de nuevo la tienda.

—¿Puede referirme, doctor, los preliminares de los trabajos congresiles?

—Instalada la Asamblea con su personal directivo, aprobado su reglamento interno y llenadas las formalidades usuales, se preparó el método de trabajo, formulándose un esquema de lo que debía ser la Constitución, teniéndose presente la del año 23, la del 98 y las que pueden ponerse como modelo en esta clase de asuntos. Se nombraron tantas comisiones como materias se señalaron, compuestas siempre con elementos de los tres Estados; y una comisión general, que tendría por objeto revisar los trabajos de las comisiones, armonizarlos y formular con ellos un todo armónico que desenvolviese un plan uniforme. Una vez que las distintas comisiones dieron cuenta con sus trabajos, se leyeron en la Asamblea y, de allí, pasaron a la Comisión general, la que desde entonces comenzó a celebrar dos sesiones diarias, hasta preparar un proyecto que se imprimió para distribuirlo entre los diputados y facilitar así su estudio y discusión. El proyecto fué modificado y ampliado en las discusiones, hasta quedar en la forma en que hoy se publica.

Recordando los telegramas que la prensa trasmitiera, interrogo:

—¿Qué incidentes puede referirme?

—Como incidentes de alguna significación están: la visita que prominentes miembros del pueblo nicaragüense hicieron a la Asamblea, para testimoniar su amor a la causa de la unión; la del obispo Dueñas que llevó la representación de los obispos y clero centroamericano; la de los señores Sequeira, que presentaron un memorial cubierto por numerosas firmas, solicitando se decretara la ley seca; la solicitud de muchos clubs femeninos, abogando por el voto femenino, y otros de menos cuantía.

—¿Cree usted factible la unión estable de los tres Estados que ingresaron en el Pacto?

—Sí, la creo. Dentro del molde jurídico del Pacto de San José de Costa Rica, la Constitución responde a las actuales condiciones de vida de los pueblos centroamericanos y a las aspiraciones democráticas de los tiempos. Los idealismos exagerados hubo que dejarlos aparte, para hacer obra de verdad. Para consolidar la unión hay que ir evolucionando, a fin de destruir los intereses creados por tantos años de separatismo y tener fe en los grandes destinos de estos pueblos, tan favorablemente dotados por la naturaleza.

—Entrando en la parte inconclusa del asunto ¿considera usted posible el ingreso de Nicaragua y de Costa Rica en la unión?

—Creo que, por razones lógicas, tanto Nicaragua como Costa Rica, ingresarán en la unión. A ello contribuirá poderosamente el reconocimiento que haga el gobierno americano de la nueva entidad internacional, tan pronto como se organice el nuevo gobierno. Los trabajos que lleva a cabo el gobierno federal en Washington, serán los que consoliden y afiancen la unión de Centro América. Tal es mi modo de pensar a este respecto. Es también obra de oportunidad.

—Y diga, doctor, para llevar al ánimo de los guatemaltecos, la exacta situación política de Centro América ¿considera usted que la unión efectiva es obra inmediata o deberá correr un lapso de tiempo para llegar a la estabilidad de la nacionalidad centroamericana?

—La unión realizada en Tegucigalpa es un hecho; pero su consolidación y consecuencias serán resultado de la confianza de los pueblos y gobiernos, a medida que unos y otros se convenzan de que la obra realizada es conveniente, bien intencionada, sin perjuicio para nada ni para nadie. Que se trata de la vida y grandeza de la patria an-

cestral, en estos momentos febriles e inciertos para toda la humanidad y en que todos los pueblos, por diversidad de causas, se ven compelidos a resolver problemas de vitalidad en el movimiento internacional.

—Por lo que usted conoce personalmente del presidente, señor Herrera, y por las últimas entrevistas que con él ha tenido ¿cómo califica los sentimientos de dicho funcionario, en lo atañedero a la unión?

—Lo considero unionista sincero y leal. Las dos últimas veces que le he visto se ha mantenido franca y categóricamente por la unión; creo que cumplirá con buena fe y entusiasmo lo que estipula la Constitución federal.

—Ampliando sus consideraciones ¿qué presume usted que piensan nuestros vecinos y amigos, lo mexicanos y los yankis, con esta tendencia de unión efectiva?

—Presumo que juzgan conveniente y ventajosa la tarea realizada. Los naturales vínculos que tenemos con unos y con otros, deben influir para que ellos vean con satisfacción, todo lo que tienda a consolidar la paz, el orden y el trabajo, en estos países, en cuyo bienestar y engrandecimiento, están interesados. He oído de labios de personas prominentes de los Estados Unidos las frases más encomiásticas en pro de la unión

y las ventajas recíprocas que de ella se obtendrán.

—¿Qué apreciación le merecen sus colegas de Asamblea, de Honduras y de El Salvador?

—La actitud de las diputaciones de Honduras, El Salvador y Guatemala, fué algo que llamó poderosamente la atención a los que observaron con detenimiento los trabajos de la Constituyente. El más amplio espíritu de confraternidad, de cooperación y de sinceridad, fué la característica de las relaciones entre ellas. Puede decirse, sin vacilaciones, que todos los diputados, absolutamente todos, colocaron muy alto el nombre de su país, por su patriotismo y cultura, y por su anhelo, libre de toda mácula, de reconstruir de verdad, la patria centroamericana.

—¿Cuáles son, doctor, sus visiones al porvenir de Centro América unida?

—Centro América unida, está llamada a grandes destinos. Su situación geográfica, en el actual momento histórico, en que comienzan a discutirse los problemas del Pacífico, es de una importancia suma. La obra del canal de Nicaragua, como complemento necesario del canal de Panamá, concurre entre otras cosas a que, nuestra patria gloriosa tenga que entrar en una nueva vida, más intensa, más *vivida*. Pero precisamen-

te por ello, es que necesitamos acabar de una vez con nuestras rencillas y pequeñeces aldeanas, ver más amplio, enfrentar serenamente al porvenir, y pensemos hondamente en la patria de nuestros hijos, para mantener siempre incólumes los atributos de nuestra soberanía.

Y mientras el doctor habla, ya se ha hecho noche en la habitación; una penumbra nos envuelve y a mí se me antoja que el año de 2,021, al reconstruirse los hechos de la Independencia y de su primer Centenario, tomarán credencial de Próceres los autores de la nueva Constitución federal y la figura del doctor, vivirá por los siglos de los siglos. Amén.

ÍNDICE

Pág.

Un Marginal a las entrevistas..... 3
Señor don Carlos Herrera, Presidente de la República 9
Señor don Julio Bianchi 19
Señor don Rafael D. Ponciano..... 35
Señor don Tácito Molina Izquierdo... 49
Señor don José Azmitia 69
Señor don Adrián Recinos 83
Señor don Manuel Valladares 97
Señor don Isaac Archila 115
Señor don Carlos O. Zachrisson..... 129
Señor don José Ernesto Zelaya..... 145
Señor don Salvador Falla 161
Señor don Faustino Padilla..... 177
Señor don León Aparicio..... 189
Señor don José A. Beteta..... 199
Señor don Federico Castañeda Godoy. 211
Señor don José Matos 227

COLOFÓN

Este libro se formó en los talleres
'Sánchez & de Guise'' de Guatemala y su tiro se terminó
el 15 de septiembre de 1922.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 040246545